

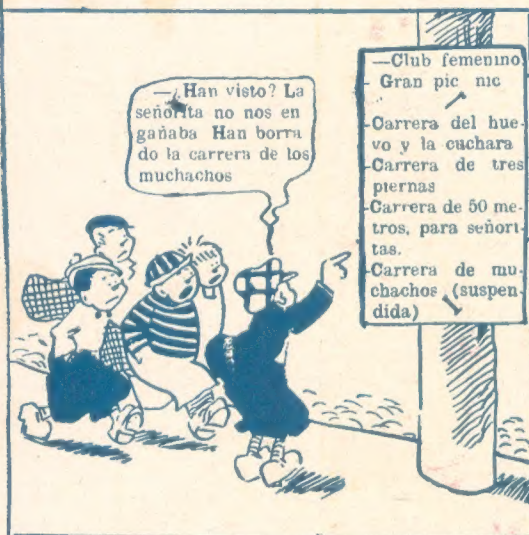
Z/ 13135: 15,757 (1926)

FRAY MOCHO



"CAPERUCITA"

N.º 757



FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 26 de octubre de 1926

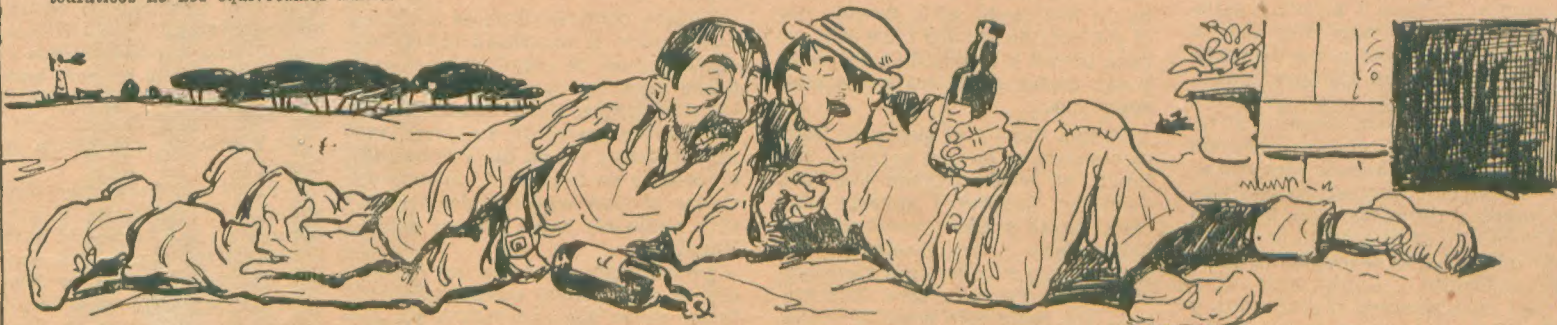
N.º 757

DE TODO UN POCO, por Rojas



—El triunfo de "Quemao" en el Gran Premio Nacional, era sabido.
—Pero no decía usted que "Rubens" ganaría por lógica.
—Sí, señor; pero después de lo de "Quemao", digo otra cosa. Los catráticos no nos equivocamos nunca.

—Los excursionistas brasileños que nos han visitado estos días, van encantados de la delicadeza de los argentinos. Dicen que cuando iban a entrar en alguna parte los criollos les decían: "Ustedes delante".



—De las cuatro mujeres del ex sultán de Turquía, que salieron de Constantinopla, tres han pedido volver, menos una que se ha quedado en París, gozando de los placeres terrenales.
—[Esa turca es de las nuestras!]



—A la tonadillera Raquel Meller le ha dado Primo de Rivera una carta para que haga propaganda del régimen dictatorial en los Estados Unidos.
—Seguramente, la cantará con la música de "El Relicario".



—La reina de Rumania y su séquito gastará en todo el tiempo que esté en los Estados Unidos, cinco dólares en tren.
—Menos gasta un diputado nuestro.



LA SOLTERONA

Por L. Malicet

El féretro, llevado por cuatro robustos mocetones, pasaba por entre dos filas de paisanos indiferentes, en dirección al cementerio, sin flores, sin lágrimas; iba hacia el olvido. La campana misma, por más que hiciera para que sus tañidos fuesen fúnebres, parecía reírse a hurtadillas, hipócritamente, ante la esplendidez del día primaveral, que aquel cortejo venía a echar a perder como una nota fuera de tono.

—¿De qué enfermedad murió la señorita Ermont? — preguntó el notario al médico de la aldea.

El facultativo, encogióse de hombros y contestó:

—De mal de corazón.

—Pero usted que vive aquí, desde hace tantos años, debería saber por qué nunca se ha casado. De joven debió ser hermosa y buena; y como era rica, no han debido faltarle pretendientes.

—Es una dolorosa historia — contestó el médico. Se interrumpió un instante; luego preguntó al notario:

—¿Conoce usted a la familia Cosme?

—No — contestó el interlocutor.

— Cuando yo vine a establecerme en este pueblo ya lo habían abandonado. Pero supe que habitaban el viejo castillo que después de su partida ha sido vendido.

—Precisamente; habían sido, pues, vecinos y colindantes con los Ermont y solían verse y visitarse. Blanca, hija única de los esposos Ermont, era en aquella época una niña hermosa como un ángel y vivía como un diablillo. Con su camarera solía correr por los campos recogiendo flores que luego regalaba a los niños que hallaba a su paso...

Iba con ella también, casi siempre, el pequeño Renato Cosme, que era de la misma edad; pero tan callado y triste como ella era alegre y vivaracha.

El pobre Renato estaba enfermo del pecho.

Los dos eran inseparables; él necesitaba siempre estar al lado de su amiguita, quien para no disgustarlo se mostraba con él deferente y atenta, cariñosa y pronta a satisfacer todos sus deseos. Los padres, para no contrariar a las dos criaturas, las dejaban siempre juntas. Ya la compañía de su amiguita era una necesidad para Renato: si tenía que tomar un remedio, solamente lo hacía si ella se lo alcanzaba; en un período que estuvo obligado a guardar cama, la niña hubo de permanecer en el castillo para quedar largas horas al lado de la cama del enfermito.

Los años pasaron rápidamente y los niños se hicieron grandecitos; entonces los padres resolvieron separarlos y se procedió a hacerlo con cautela. Sin embargo, Renato no por eso sufrió menos, pasaba días enteros y hasta semanas, taciturno, ensimismado, triste, pensando tan solo en el día en que vería a Blanca; para él no existía otra diversión, otra alegría y cuando la veía, quedábase horas enteras a su lado, llorando silenciosamente sin comprender por qué los separaron: tachaba de malos y crueles a los padres; únicamente a Blanca érale permitido el reprocharle y ridiculizar su debilidad, sólo ella alcanzaba a aliviar su inmenso dolor con buenas y cariñosas palabras.

Transcurrió más tiempo y Blanca, considerada como madrecita del enfermo, hablábale tomado un gran cariño, mezcla de ternura y de piedad; Renato la amaba con toda su alma, todos sus pensamientos,

todos sus latidos eran para ella, a tal extremo que convirtiéndose en un celoso feroz. Cuando algún joven dirigía a Blanca una mirada, él sentíase desfallecer, su corazón parecía herido como por una puñalada, y comprendía que en caso de perderla él se hubiera muerto.

Un día la señora Cosme anunció la vuelta de su hijo mayor, Gastón, que había efectuado durante varios años a lejanos países en desempeño de una misión científica. Renato no cabía en sí de alegría y hablaba a Blanca con entusiasmo de su hermano; de sus viajes, de los peligros que había afrontado. La joven escuchaba con actitud soñadora;

y serenos... el ideal que ella había forjado.

No tardaron en gustarse mutuamente y se enamoraron. Ambos no se preocuparon de ocultar sus castos amores, no pensaron en imponer vallas a sus ojos y a sus bocas; pero Renato, pálido, de una palidez cadavérica, escrutaba y espiaba todos sus ademanes, sus miradas, sus palabras, sin que ellos pudieran tener, ni por asomo, una idea de las angustias, de las atroces torturas de aquel desdichado; no se le ocurrió pensar que era devorado por los celos, que esos celos le hacían odiar a su hermano hasta considerarlo como el más indigno de los

LA ENREDADERAS

Se levantan hermosas, extendiendo sus ramas como si fueran dulces brazos implorativos, y al encontrar los finos alambres predispuestos se abrazan fuertemente, como a la madre el niño.

Allí siguen y siguen prolongando su abrazo que alienta y da más fuerzas el calor del Estío.

Luego llega el invierno, y su mano inclemente va secando sus brazos; y en los alambres finos muere la enredadera como una desposada en abrazo de amor con su elegido.

ALFREDO R. BUFANO.

dora; pensaba en esas regiones lejanas, tentadoras, llenas de peligros y admiraba a aquel joven que había desafiado tantos peligros... Se lo imaginaba alto, tostado por el sol, curtido por los fríos, con mirada serena y altiva, de porte recto y con gestos enérgicos y resueltos ademanes.

Gastón llegó y el sueño de Blanca convirtiéndose en una hermosa realidad: el recién llegado era realmente un hermoso y apuesto manco, fuerte y osado como ella soñaba. Verlo y reconocerlo al momento como si lo hubiera visto mucho antes, fué una cosa instantánea; era realmente como se lo había figurado, fuerte y serio, con semblante agradable, ojos francos

ladrones por robarle a su pobre existencia enfermiza los únicos momentos de felicidad que le era dable gozar.

Renato confesó entonces a Blanca su amor, le manifestó todos sus sufrimientos, le contó el martirio de su vida, los sueños del pasado, las desilusiones del presente y sus temores del porvenir. La joven vino entonces a mí un día y tratando de ocultar su inquietud, quiso averiguar si una emoción demasiado viva podía ser fatal para el pobre Renato.

Le contesté, como era mi deber, que el desgraciado estaba más enfermo de lo que aparentaba y que la menor emoción podía concluir con su vida.

ANÉCDOTA

En una tertulia de literatos, don Jacinto Benavente se puso a elogiar el último libro de Valle - Inclán.

Se le hacían, por varios tertulios, todo género de objeciones, que Benavente se apresuraba a contestar, defendiendo al ilustre manco.

—Valle - Inclán, — decía, — es un poeta notable, único.

—Pues le advierto, don Jacinto — dijo uno de los oyentes, — que don Ramón afirma que usted es un mal escritor.

Benavente se detuvo un instante, y luego, con su sonrisa suave, contestó:

—Puede... ¡puede que él y yo estemos equivocados...!

La doncella inclinó su frente; su sacrificio estaba resuelto: renunciaría a Gastón y obligaría a éste a hacer otro tanto: ambos eran fuertes, podían, pues, someterse a la dura prueba, podían sufrir... Lo importante era salvar la vida del enfermo.

¿Qué dijo la joven a Renato? ¿Qué promesas le hizo? Nadie lo supo; pero el resultado fué que él tornóse tranquilo, que vivió sin sufrir ya.

Pero Blanca no había cumplido más que una parte de su sacrificio: quedaba la otra, la más improba y difícil: convencer a Gastón de que debía renunciar a ella por siempre. La infeliz, no sintiéndose con suficientes fuerzas para tener con él una explicación, empezó a esquivarlo, aplazando el momento en que debería darle la explicación que derrumbaría su felicidad. La fatalidad se encargó de precipitar ese momento.

Desde su llegada, Gastón iba diariamente a cazar; este ejercicio era para él una de las distracciones preferidas. Les había enseñado, a Renato y Blanca, el manejo de la escopeta, y solían ir juntos.

Una mañana salieron los tres muy temprano para una partida de caza.

¿Qué sucedió? Blanca, con toda probabilidad, declararía a Gastón que ya no podían amarse y que era necesario truncar sus entrevistas; el joven quiso explicaciones que ella rehusó a pesar de las insistencias de aquél. Renato estaba allí cerca, vio a Blanca cubriéndose la cara anegada en llanto, vio a Gastón pedirle de rodillas... El dolor que debió experimentar ante aquella escena, lo enloqueció; lanzó un grito de rabia salvaje y antes de que Gastón pudiese darse cuenta, disparó su escopeta contra la joven; luego volvió el arma contra sí.

El terrible drama fué explicado y encubierto como un accidente de caza.

Cuando la señorita de Ermont estuvo restablecida de la herida, la familia de Cosme ya había abandonado el pueblo, y el castillo había sido vendido. Poco tiempo después Blanca quedó huérfana y sola.

El médico y el notario quedaron unos momentos silenciosos, hasta que éste preguntó:

—¿Y ella no vió nunca más a Gastón?

—Sí, lo vió hace ocho días. Yo había ido a visitarla, ella estaba sentada en una butaca al fondo del jardín. Quizá supiera ya que Gastón, que hacía tiempo se había casado, había vuelto para hacerle conocer a su hija su pueblo natal. De repente oímos unos pasos. Ella, aunque débil, se puso de pie. Gastón acercábase lentamente, apoyado al brazo de su hija, una graciosa niña. Ambos se miraron con una mirada intensa y al ver a la hija de aquel a quien en otros tiempos amara tanto, los ojos de la pobre Blanca adquirieron una tierna expresión.

—¿Quién es esa señora que me ha mirado con tanta dulzura? — preguntó la niña.

La señorita de Ermont, en actitud de escuchar, contuvo la respiración, para oír la contestación de Gastón que decía:

—No la conozco.

Entonces, cayó sobre la butaca, llevándose ambas manos al pecho y vió dos gruesas lágrimas resbalar a lo largo de sus mejillas, y la dolorosa conmoción sufrida por su alma sedienta de amor es la que hoy la lleva a la sepultura.



SINTÉTICAS

PUNTO ACLARADO

En nuestras esferas comerciales e industriales se vienen padeciendo las consecuencias de la crisis que actualmente afecta a todos los negocios. Hasta ahora, nadie había podido explicarse, de modo satisfactorio, las causas a las cuales pudiera obedecer este perjudicial estado de cosas; pero como la dirección general de Estadística de la Nación acaba de hacernos saber que el valor de las exportaciones, realizadas en los primeros nueve meses de 1926, comparado con el de las habidas en igual período del año anterior, ha disminuído en pesos oro 74.707.262, cantidad que, por consiguiente, ha dejado de entrar en el país, creemos que, después de esta revelación,

Huelgan las explicaciones,
Pues, en el presente caso,
Setenta y cuatro millones
Son otras tantas razones
Que explican nuestro fracaso.

EMIGRACION AL OTRO MUNDO

Según los datos que arrojan las estadísticas oficiales, recientemente publicadas en Moscou, se registraban en Rusia 106 suicidios por cada millón de habitantes, en época anterior al estallido de la revolución comunista. Desde entonces, esta cifra ha ido aumentando paulatinamente hasta alcanzar, en el año 1922, a 134 suicidios; en 1923, a 230; en 1924, a 337; en 1925 a 400; y en lo que va de 1926, la proporción sube de 400, por cada millón.

Con tal motivo, el gobierno bolchevique ha dispuesto que se efectúen investigaciones y se estudien las causas de esta alarmante eliminación voluntaria.

Todavía no se saben los resultados de las mencionadas averiguaciones; pero es muy probable que los técnicos encargados de realizarlas, se expidan afirmando que el fenómeno se debe a la existencia de cianuro en el régimen imperante.

SISTEMA INFALIBLE

La alarmante frecuencia con que vienen produciéndose, en los Estados Unidos, los robos de correspondencia, ha obligado a las autoridades a destacar fuerzas del ejército en las estaciones ferroviarias, en los vagones postales, en los camiones del correo y en todo vehículo destinado al transporte de valores. Además se proyecta establecer la pena de muerte para los asaltantes a mano armada, que cultivan dicha especialidad profesional.

Como es muy posible que, a pesar de todas estas prevenciones, las fechorías de los bandoleros sigan teniendo éxito, nos permitimos sugerir a las autoridades estadounidenses, el siguiente eficaz procedimiento:

Se puede el robo evitar
De un modo particular,
Que se destaca entre mil,
Y consiste en encerrar
En cada carta un fusil.

PUEBLO FELIZ

La gran baja de alquileres que actualmente reina en Copenhague, ha movido a los señores propietarios de casas a fundar una compañía, con un capital de un millón de coronas, a fin de asegurar los inmuebles contra la baja en los arrendamientos de las propiedades urbanas.

No podemos menos de confesar que nos invade un sentimiento de envidia hacia los buenos dinamarqueses, no tanto porque vivir como ellos viven, es habitar un verdadero paraíso terrenal, sino porque se nos han adelantado en gustar el ansiado placer de la revancha, que es la única gloria mundana a que aspira el inquilino.

Cómodamente recostado en una hamaca de mimbre, viendo a lo lejos la maravilla de la sierra violácea, el cielo azul y las manchas verdosas de los bosques, Adolfo sentíase en aquella mañana de enero, alegre y vigoroso como nunca. Hacía ya varias horas que estaba allí, sentado en la pequeña terraza del hotel, y a ratos entornaba los ojos y todo su cuerpo joven se adormecía placidamente a la caricia suave, tibia, casi humana, del sol. De vez en cuando incorporábase un poco y tomando el libro abandonado sobre las rodillas esforzabase por encontrar el último párrafo leído, pero a los pocos segundos las hojas se cerraban de nuevo y los ojos voluptuosos se gozaban en la hermosura del paisaje. No había, ciertamente, en el frecuentado pueblo de Los Cocos, una casa mejor ubicada que aquélla. Era un hotelito de estilo holandés levantado sobre una pequeña colina, junto a una arboleda rumorosa de pájaros. Desde las galerías, altas y completamente descubiertas, podían verse todos los contornos, en la profusión de montes y de casas, y a lo lejos, como un dromedario gigantesco, la mole amarillenta del Uritorco, sobre cuya cima solían evolucionar las águilas.

Aquella mañana Adolfo volvía a ver las cosas familiares con la emoción ingenua de la primera vez. Y su espíritu se impregnaba de todo con una avidez golosa y sensual. Era que en la transparencia vibrátil del aire, en el alocado gorjear de los pájaros, que alborotaban la casa, en la música del agua de la acequia y en el sol tonificante, él sentía un efluvio misterioso que lo hacía optimista y lo reconciliaba con la vida. A veces era sacado de sus abstracciones por la voz dulzona de algún vendedor ambulante. Eran serranos que venían andando leguas al paso cansino de las mulas para ofrecer las pocas uvas de sus viñas, o quesos, o tarros de arrope, o pequeños cabritos baladores que asomaban el húmedo hocico por las alforjas deslucidas.

Poco a poco la nebulosa urdimbre de su ensueño fué tomando formas más precisas, evocando entonces su vagar incierto de peregrino y las tristezas de su vida, siempre novelesca e inadaptada. Y entre la sucesión fragmentaria de cosas vistas y sentidas, entre el desfile de los rostros amados y el vago recordar de las promesas frágiles, una imagen de mujer, más viva y más imborrable que todas, iba perfilándose ante sus ojos, casi cerrados a la luminosa claridad del día. Muchas veces habíase propuesto, exasperado por las inquietudes y las zozobras, romper definitivamente con Raquel y olvidarse de un amor que parecía vivir siempre de torturas. Muchas veces, también, había querido vengarse de aquella especie de fascinación que lo tenía atado a la bella dominadora, y en la aventura fácil trató de buscar nuevas pasiones que lo distrajeran. Pero todo había sido inútil, que siempre, arrependido y lleno de amargura, volvía aún más enamorado, a buscar en los hermosos ojos de ella un poco de ese amor grande y único que él había esperado siempre con tanta ansiedad.

II

Se habían conocido durante un concierto. La pequeña sala Madariga del Museo de Pintura hallábase

Demasiado tarde... (1)

Por Fermín Estrella Gutiérrez

repleta de público, y en medio de un religioso silencio, sólo interrumpido de tarde en tarde por alguna tosecilla senil, la música palpitaba como un pájaro enorme que agitase sus alas en la sombra. A veces era un suave murmullo apenas perceptible, evocación de mansos arroyos crepusculares o inocentes palabras de amor; otras eran aleteos voluptuosos, apremiantes, casi voces humanas que llamaban a alguien; otras veces eran trágicos delirios

píritu por la música de la célebre pianista. Adolfo buscaba un gratísimo calor de simpatía en los ojos hermosos, que parecían tener, cuando se encontraban fugazmente con los suyos, un resplandor de afecto.

¿Quién sería la bella desconocida? ¿En qué país, bajo qué cielo remoto se habían encontrado otra vez? Adolfo no recordaba haberla visto nunca. Y, sin embargo...

De súbito, una voz dulce y cálida, lo despertó de su ensueño. Era

A un enamorado

Amante abandonado por una infiel amada
¿por qué los puños alzas torvo y airado al cielo?
¿Por qué la frente inclinas con hondo desconsuelo
y como loco vives y no ambicionas nada?

¿Por qué te desesperas? ¿Por qué? Porque admirada
pasa: porque es hermosa; porque tu ardiente anhelo
fué su amor y ahuyentaban tus sombras y tu duelo
los besos de su boca, la luz de su mirada.

Al recordar su rostro tiembles y palideces,
y al juzgar que a otro ame, de celos te estremeces,
porque embriagan tu mente sus hechizos fatales.

Me das lástima ¡oh mártir de un amor sin ventura!
La vida pasa pronto, fugaz es la hermosura...
¡Piensa en las calaveras, que todas son iguales!

FRANCISCO COPPEE.

de muerte que dejaban el corazón como oprimido y se iban a alejar, como quejas, por los oscuros corredores del Museo.

¿Qué música sería aquélla que tantos panoramas de dolor hizo desfilar ante los sentidos excitados de Adolfo? El no se acordaba ya, pero de lo que sí estaba seguro era de que fué entonces cuando, al darse vuelta en el asiento, vió, clavados en él, dos ojos negros, hondos como dos abismos, que le hicieron perder por un momento la noción de cuanto lo rodeaba.

Y muchas veces, en aquella noche inolvidable, embriagado el es-

que cantaban al piano unos versos de Maeterlinck, que parecían, en el ambiente perfumado de la sala, otros tantos suspiros de amor que iban a perderse en el silencio.

"...Et si l'amour s'égare
aux sentiers d'ici bas
ses larmes me retrouvent
et ne s'égarent pas..."

Luego Adolfo se veía en la calle, con el cuello del abrigo levantado y temblándole las piernas de frío, siguiendo, por las sonoras veredas de la plaza Retiro, a la amada platónica. Iba acompañada de dos jóvenes más, al parecer hermanas su-

yas, y de un muchacho alto y elegante, que enfundaba a cada momento las manos en los bolsillos de su sobretodo gris.

¿Aventura fugaz? ¿Capricho pasajero que ilusiona y se esfuma? ¿O, acaso, el amor soñado, tantas veces entrevisto, nunca sentido de veras? Deliciosas inquietudes del corazón, que abren, en unos segundos, paisajes insospechados en la monotonía de la vida...

Pero, bruscamente, al atravesar la plaza, desierta y semiensombrecida a esa hora, Adolfo se detuvo, lleno de tristeza. El grupo se dirigía hacia la estación del ferrocarril. Consultó su reloj: eran más de las doce. Los trenes que debían correr a esa hora, serían, sin duda, los últimos. Un tumulto de emociones contradictorias lo asaltó de pronto. ¿La dejaría ir, como una ilusión más, o continuaría siguiéndola? Fueron unos momentos de vacilación y de impaciencia, pero al fin decidió renunciar a ella y allí quedó, parado junto a la Torre de los Ingleses, hasta que se perdieron de vista.

Durante muchos días, el recuerdo de aquella mujer lo había acompañado siempre, y en todas las caras quería verla a ella, y en todos los ojos quería encontrar aquel delicioso resplandor de cariño. Pero el tiempo iba pasando y Adolfo sentía que la breve romanza de amor, recién iniciada, habría de quedar así, interrumpida bruscamente por el destino.

Pero la Providencia suele ser un hada bondadosa que se complace, algunas veces, en alegrar el corazón de los tristes. Y ocurrió que una tarde, encontrándose enfermo, amodorrado en la cama por la fiebre y la debilidad, llamaron al teléfono. Y mientras su hermana atendía a la comunicación, sin saber por qué, púsose a pensar en la hermosa desconocida del concierto, y en aquella casi confesión de amor bajo la dulce complicidad de la música.

La que hablaba quiso guardar el incógnito, y manifestó deseos de saludar a Adolfo. Interesada por su enfermedad, siguió preguntando por él, hasta que al fin, restablecido el muchacho, pudieron ponerse al habla. Fué una conversación larga y cordial, de desconocido a desconocido, en que el ingenio y la delicadeza de ambos los hizo simpatizar mucho. ¿Si sería "Ella"? empezó a preguntarse Adolfo; pero a las primeras indirectas suyas la joven contestó que no sabía de qué se trataba, y la ilusión de haberla encontrado fuese desvaneciendo con tristeza.

Sin embargo, al mes de iniciada aquella inocente amistad, Adolfo terminó por saber lo que en un principio había adivinado su corazón. La muchacha que conociera en el Museo y la del teléfono, eran una misma persona. Ella acabó por desmascararse y le confesó cómo, habiéndolo reconocido aquella noche por las fotografías aparecidas en las revistas, ¡ah, las ventajas de la popularidad! le había sido fácil descubrir sus señas.

Y después... después vinieron varios meses de escaramuzas amorosas, de citas precipitadas y de encuentros deliciosos en que, a pesar de los frecuentes disgustos, los

(1) Del libro de cuentos que, bajo el título de "Desamparados", acaba de publicar la Cooperativa Editorial "Buenos Aires".

Francisco I y su bufón

Un día de 1536, cuando Francisco I abrió de par en par las puertas de su reino a Carlos V., permitiendo al emperador, a la sazón en España, ir a castigar el alzamiento de los ganteses, vió el rey a su bufón escribir en lo que él llamaba su Diario de locos el nombre de Carlos, y le preguntó qué era lo que hacía.

—Escribo — contestó Triboulet — escribo aquí el nombre del emperador, por su locura de pasar por Francia.

—¿Y qué diréis cuando le deje pasar libremente?

—Borraré su nombre y escribiré el tuyo.

dos corazones iban acercándose con vínculos cada vez más estrechos. El era bondadoso y comprensivo, pero exigente en materia de amor; y ella, caprichosa, desconfiada, mas de un corazón tiernísimo. Ambos vivían enamorados uno del otro, pero observándose siempre, como a la expectativa de un descubrimiento decisivo.

Adolfo la evocaba en todos sus detalles y en todos sus momentos, y tenía la plena conciencia de que, a pesar de todo, por encima de los enojos y por encima de todos los rozamientos, un amor grande íbase apoderando de los dos. El no vivía sino pensando en ella; la veía en el trabajo; la sentía cerca en los momentos de dolor y ni en el sueño dejaba de verla, hermosa e irresistible siempre.

Y como no podía saberla lejos, había decidido trasladarse a Córdoba, donde veñeaba ella con su familia. Su viaje fué precipitado, pues no pensaba hacerlo, pero al despedirse de Raquel se sintió tan solo y tan sin aliento, viendo alejarse, en la oscuridad de la noche, el tren que la llevaba, que a los pocos días preparaba sus valijas y salía a su encuentro.

Y pensando en estas cosas, dulcemente acariciado por los recuerdos y por el aire perfumado del monte, no se dió cuenta de que, parado en el camino, un muchacho esperaba su permiso para trasponer la puerta. Le gritó que pasara, y con gran alegría tomó de sus rústicas manos un pequeño sobre de color, cuya procedencia reconoció en seguida. Y nerviosamente, leyó:

"Adolfo: No se imagina usted lo que sufro al no poder verlo con más frecuencia como es mi deseo. Bien sabe lo vigilada que me tienen y lo difícil que me resulta cualquier escapatoria. Para esta tarde, las chicas del hotel han preparado una excursión y yo voy a ser de la partida. Si quiere acompañarnos, puede venir a las tres. El paseo es a caballo. — Raquel".

III

Dispersa y bulliciosa, la cabalgata seguía al galope corto por el camino zigzagante. Doce eran en total los jinetes, entre muchachas y jóvenes, y la policromía de los trajes de verano, los semblantes alegres, iluminados con una sonrisa de satisfacción, y las voces cantarinas, encontraban en las lejanas perspectivas verdes un fondo de poética y deleitosa dulzura.

Delante de todos iban Adolfo y Raquel, apareados los nerviosos caballos, zaino y macizo el de él; ligeramente rosillo y muy inquieto el de la muchacha.

—Me parece que su caballo quiere hacer travesuras, Raquel. Tiene una manera de mirar muy rara.

—Oh, caprichosito no más ha de ser. Ya al subirlo, casi me voltea de una espantada.

—¿Quiere que cambiemos?

—¡No faltaba más! Me gustan los animales ariscos.

Y siguieron hablando así, entrecortadas a veces las palabras por el movimiento acompasado del galope, mientras a lo lejos iban distinguiéndose más los contornos de "El Cuadrado", adonde tenían que llegar. Pero Adolfo no veía la sucesión de sierras, pardas a esa hora, y cubiertas literalmente de grandes piedras, derechas y verticales como soldados en formación; ni la belleza del cielo de un celeste pálido; ni la culebra jaspeante del arroyo, que allá, en el fondo circu-

lar del valle, corría entre grises paredones de granito. Sólo tenía ojos para admirar a su compañera, más bonita y más deliciosa que nunca, un poco excitada por la carrera continua del caballo. Cuántas veces Adolfo se había quedado delante de ella, en mudo éxtasis. Cuántas veces en el óvalo purísimo del rostro; en las cejas, recortadas y negras; en los labios frescos, que parecían hechos con todas las rosas del mundo; en el color mate de su piel, sedosa hasta lo inverosímil, habíase recreado de gozo como ante un ser hecho por la mano milagrosa de Dios. Cuántas veces, abismándose en el misterio aterciopelado de sus ojos, que esa tarde tenían como lumbraradas nuevas, se había preguntado si todo aquello sería alguna vez suyo, completamente suyo. Alta y esbelta, el saco azul que llevaba puesto ceñíale el busto con elegancia. La melenita, que asomaba traviesa bajo el sombrero

volviera la fe al corazón de su amiga, aquellos tesoros de dulzura y de cariño, que entreveía, de vez en cuando, en el fondo de sus pupilas, no serían nunca para él. ¿Cómo hacerle comprender que todas sus sospechas eran infundadas? ¿Cómo persuadirla de que sus antiguos amores estaban muertos, bien muertos, en la penumbra del pasado? ¿Cómo hacerle ver a aquella deliciosa criatura sin experiencia, que sólo a ella quería, que era ella, solamente ella, la que lo inspiraba en la vida, la que lo alentaba sin saberlo, la que no se apartaba nunca de su lado, siguiéndolo siempre como una sombra amiga?

Sería preciso demostrarle eso, abrirle los ojos a la realidad y decirle: "Ves, tú has vivido engañándote y haciéndome sufrir. Mira mi corazón, es sólo tuyo". Sí. Sería necesario hacerle ver que era capaz de todos los sacrificios y que era tanto su amor que no titubearía en

una esperanza ingenua le iluminó los horizontes, y supo cómo podía saborearse la felicidad en el misterio contradictorio de su amor.

Su vida... Si ya no era suya, si ya no le pertenecía en nada, que toda ella no era sino un reflejo y una consecuencia de otra vida.

Si ella le faltase... ¿Podría ella faltarle alguna vez? ¿Pero acaso le había pertenecido nunca? No. Ella dudaba de su amor, no le tenía ninguna fe, y la leyenda de su juventud donjuanesca era una valla que se interponía, infranqueable, entre los dos.

Su vida... Cuántas veces había pensado en la exaltación de su tristeza, acabar con ella de una vez, ofrendándola como un sacrificio, ante los ojos desfavoridos de su amor. "¿De qué me servirá vivir si nunca he de conocer la dicha?", se decía muchas veces, con amargura. Y el pájaro negro de los presentimientos aleteaba delante de sus ojos.

V

Y mientras iban diciéndose cosas, entre agrias y tiernas, Adolfo la sentía dentro de sí como algo muy suyo. Y pensaba que ella era la mujer que había esperado siempre, la que soñara en los largos y dolorosos años de su juventud, cuando su imperiosa necesidad de amar íbase robusteciendo en cada nuevo engaño y en cada nueva desilusión.

Cuando menos se lo esperaban, distraídos como iban, el caballo de Raquel, nervioso y arisco durante toda la tarde, pegó una espantada atroz saliéndose del camino. Era que en el momento de pasar por un recodo, flanqueado a lado y lado de árboles, una mula fugitiva saltó el alambrado yendo a caer, precisamente, a dos pasos de los jóvenes. Fué cosa de un relámpago. La pobre muchacha, empalidecida de angustia, apenas tuvo tiempo de asegurarse en la silla y recoger las riendas, pero el animal, inyectados los ojos de sangre, babeantes y temblorosos los bellos, había salido ya en desenfundada carrera por el camino adelante, levantando tras de sí negras nubes de polvo.

Y en el silencio de la tarde oyóse el acompasado martilleo del galope, y Adolfo, que iba detrás castigando furiosamente a su caballo, lo sentía en su cerebro como un repique lúgubre. El sombrero se le había caído y completamente inclinado sobre el animal, de pie en los estribos, anhelante y lívido, azuzaba al caballo con tanto ardor, que la noble bestia apenas ponía los cascos en el suelo, destrozándose en una carrera de vértigo.

Y la nube de polvo seguía interponiéndose entre ambos, pero los ojos de Adolfo la veían cada vez más cerca, y el ruido del otro caballo sentíalo también que se aproximando por momentos. Al fin pudo distinguir, como a través de una débil niebla, a Raquel, que echando el cuerpo para atrás, trataba en vano de contener con las riendas el caballo desbocado.

—¡Raquel! ¡Raquel! No tengas miedo. ¡Tira fuerte! ¡Más fuerte!

Y seguía excitando a su caballo, ya casi al lado del de la muchacha, sintiendo silbar en sus oídos el viento y viendo cómo retrocedían a derecha e izquierda, con rapidez inusitada, los árboles y los postes del telégrafo.

Adolfo, en un segundo, tuvo conciencia de sus propias fuerzas, y

Vieja hilandera

Las horas forman un círculo en torno mío, y giran, pasan, huyen con un ritmo espantosamente igual. Sus rostros son idénticos, sus vestes y sus cantos unánimes, y al deslizarse alzan un rumor hondo y melancólico como un gran río caminando hacia el mar.

—Decidme, hermanas tristes y gemelas: ¿habéis visto a la esperada de mi corazón? Su cuerpo es blanco y perfumado como la flor de la acacia, y sus ojos radiantes como una apoteosis.

A lo lejos, el camino hollado es una monótona cinta polvorienta, sin flores y sin fuentes, abrasada por un sol implacable, extenuador como una inmensa fiebre.

¡El cansancio... el hastío... la miseria! El corazón ha llamado a todas las puertas, ha preguntado a los astros y a los lirios por ese gran inaccesible que nunca llega, estrella por lo que tiene de ideal y lejana, divina mentira por lo que tiene de felicidad, y mi alma, como un surtidor todo música, ha cantado su nombre por el mundo.

Hay una extraña viejecita tejiendo al borde del camino; canta una balada milenaria y monótona como un rumor de las olas que van y vienen.

—¿Qué tejés, inquietante viejecita, sentada sobre el borde del camino? Tu rostro parece de marfil antiguo y el ruido de tu rueca es sombrío como una alegría.

Alzó la cabeza. Las cuencas horribles fosforecían como un temblor de luna en el fondo de un pozo, y me mostró una gran tela gris, implacablemente gris, era mi vida.

EMILIO CARRERE.

de paja, y los breeches oscuros, y las botas de charol negro, contribuían a hacer aún más fina su silueta.

—No acerque tanto su caballo, Adolfo, decíale ella, llena de inquietud.

Pero el muchacho no hacía caso y con el brazo derecho atraía hacia sí el busto de la joven mientras trataba de besarla en la nuca.

—Estése quieto, por Dios, nunca va a aprender a portarse bien. Si acaso me quisiera de verdad... Pero yo bien sé que todo es un sueño, un sueño que pronto habrá de esfumarse...

—¡Raquel!

Ah, aquella eterna desconfianza, la duda que había leído siempre en sus ojos, y que nada, ni ruegos, ni juramentos, ni pruebas evidentes habían podido desvanecer. Era su tortura y su pena constante, porque bien sabía él que mientras esos temores no se disparan, mientras no

ofrendarle, si fuera preciso, su propia vida en holocausto.

IV

Su vida... Adolfo solía complacerse en la triste evocación de su vida, y sólo percibía la sensación desoladora del fracaso. Si en algunos sentidos estaba satisfecho de ella, en el mundo reservado y complejo de su espíritu, densos varíos de desaliento lo precipitaban fatalmente hacia el pesimismo.

Cuántas noches había salido de su casa, solo en el silencio de las calles desiertas, sintiendo en lo más hondo de su alma el dolor lacerante de la soledad. ¿Por qué había nacido así, en un ambiente chato, hostil, que hacía de él un ser inadaptable?

Había amado mucho. También lo habían querido de veras. Pero nunca la mutua comprensión había sido absoluta, completa, como él esperaba. Cuando conoció a Raquel,



dando un supremo empuje a su caballo logró aparearse con el otro. Fué un instante de ansiedad terrible. Con movimientos calculados, hizo que los animales se pecharan, y tomándose fuertemente de la cintura de Raquel, brincó a su caballo, quedando en la grupa, las piernas como una tenaza sobre el vientre de la bestia.

—¡Quieta, querida!, balbuceó al oído, y tomando de sus manos las riendas, empezó a frenar tan rudamente al animal, que la muchacha sentía junto a su pecho la contracción hercúlea de los bíceps. Y, juntando los bellos al cuello, arqueando la cabeza sudorosa, el animal empezó a acortar la marcha, dando botes desesperados.

—¡No te muevas, Raquel! — tartamudeaba el muchacho, sintiéndose congestionado por la sangre que le fluía a la cabeza.

Por fin el caballo se clavó de golpe; pero en la nerviosidad de sus flancos y en la rigidez amenazante del cuello, Adolfo comprendía que aquello no era sino una tregua y que bien pronto empezaría una lucha aun más desesperada. Entonces, dándose cuenta del peligro, hizo para atrás, mientras

dejando libre a Raquel, gritó:

—¡Tírate por la derecha y salta lejos!

La muchacha dudó un segundo, pero luego, afianzándose en la montura, dió un salto y fué a caer al lado del camino, sobre unos matorrales. Adolfo la vió incorporarse

cojeando un poco de un pie, y fué a hablarla, cuando un repentino bote del caballo casi lo saca en el aire.

Y empezó una lucha silenciosa y sin tregua, mientras Raquel, con los ojos agrandados, quedábase allí, como clavada en la tierra, esperan-

do ver un milagro que salvara a Adolfo de la muerte. ¡Y estaba el muchacho sublime y grandioso en el desorden de la pelea! Cómo se arrepentía de todos los dolores que le había causado. Cómo veía ahora lo que nunca había sido capaz de ver. Qué gran cariño estremeciale el cuerpo de ansiedad, y qué estrujamiento convulsivo sentía en esos momentos en su corazón, al pensar que podría perderlo para siempre...

Del lado de Los Cocos percibiése como un clamoreo de voces y el galope de varios caballos. Raquel se dió vuelta para mirar. Eran los excursionistas que llegaban y que habían visto desde lejos la escena.

Pero no duró mucho el combate. El caballo estaba ya enardecido y quería a toda costa desprenderse de aquellos garfios que le apretaban las entrañas, y dando un salto formidable, quedóse en dos patas, completamente vertical, y manoteando en el aire fué a caer de espaldas, un poco ladeado, sobre la dura piedra del camino. Y al mismo tiempo que se sintió el ruido sordo, apagado, del hombre y la bestia que se desplomaban, un grito horrible desgarró el silencio de la tarde.

LAS NEBULOSAS

¿A quién hablas tú, copo lejano y pasajero? Apenas oímos tu voz en los espacios; te distinguimos como un nimbo oscuro en el rincón más oculto del más negro abismo. Dejados brillar en paz vosotros, mundos espectros, nacidos en los caos fúnebres, a nosotras, que blanqueamos las tinieblas; a nosotras, que no teniendo ni polo austral ni boreal, somos las realidades que viven en lo ideal, los universos que dan lugar al inmenso enjambre de las hipótesis, dispersos por el éter, ese océano sin orillas en el que la ola no ha llegado jamás a besar la playa: somos las creaciones; islas de lo desconocido.

VICTOR HUGO.

DIEZ AÑOS DESPUES

Por Luis León Martín

En el vestíbulo del hotel, Jorge miraba a la linda dama perfumada que le sonreía. Venía de la playa y tenía aún en la mano su cubo y su pala. La linda señora se inclinó y le preguntó:

—¿Has hecho muchos castillos en la arena? ¿Has jugado mucho?

Jorge, tan sereno de ordinario, se sintió intimidado. Afirmó con la cabeza y dijo bruscamente:

—Sí, señora.

Luego enrojeció hasta las orejas. La joven le miraba con admiración y enternecimiento.

—¿Estás aquí con tu papá y tu mamá? — prosiguió.

—Sí, señora.

—¿Cómo te llamas?

No le dió tiempo a responder. Su padre apareció por la puerta giratoria. Jorge corrió hacia él, como si tuviese necesidad de su padre para ocultar su confusión.

—Buenos días, papá.

—¿Qué hacías?

—Hablabas con esa señora tan guapa.

Le tocó a su vez estremecerse al desconocido. El cual se acercó tranquilamente a la joven.

—¿Es usted, Magdalena?

Ella sonrió.

—¿Es usted, Pedro?

Y prosiguió:

—Le agradezco haberme reconocido.

El contestó:

—¡Oh! No ha cambiado usted.

Ella respondió:

—No es por eso por lo que le doy las gracias. Es por el daño que le causé en otro tiempo.

El hizo un gesto.

—No hablemos ya de eso.

Pero el pasado estaba entre ellos... Un pasado vulgar; pero las aventuras vulgares no son las menos dolorosas. Pedro amaba a Magdalena, y ella parecía no ser indiferente a aquel sentimiento; pero en el momento de decidirse, un

partido magnífico, como se dice, se presentó a la joven; un quincuagenario noble y muy rico, cuya riqueza y distinción hacían olvidar su edad ya madura. Pedro sufrió. A Magdalena le causó pena su sufrimiento; pero muy débil, sin fuerzas para resistir la seducción del lujo, que siempre le había tentado, pasó sobre el dolor de Pedro.

Había que romper el silencio. Magdalena habló la primera. Señaló al niño, que jugaba un poco más lejos.

ló al niño, que jugaba un poco más lejos.

—¿Es su hijo ese niño tan precioso?

—Sí, Magdalena.

Ella sonrió con una sonrisa irónica.

—¡Ah!

Pedro lo advirtió y dijo sencillamente:

—Sé lo que piensa usted: que las penas no son eternas, ¿verdad? Es

cierto. He sufrido; pero pude llegar al término de mi sufrimiento. La pena se agota como las demás cosas. ¿Quién sabe? Tal vez estuviéramos nosotros ahora en las postrimerías de nuestro amor.

Esta vez fué Magdalena quien recibió el golpe.

—¡Oh, Pedro!

El se apresuró a responder:

—No lo he dicho para herirla. Sé que no puedo alcanzarla.

Ella preguntó:

—¿Es usted dichoso?

—Lo soy — respondió con seguridad. — Mi mujer es una compañera dulce y fiel, y le debo tres hijos hermosos. Ese es el mayor.

—Me alegro por usted, Pedro.

Nuevo silencio. Pedro estuvo tentado de preguntar a su vez:

—Y usted, ¿es dichosa?

Pero las preguntas que había hecho y, sobre todo, la manera de hacerlas, habían respondido de antemano. Tuvo lástima de ella. Y cambiando el tono de la conversación, dijo:

—¿Estará usted mucho tiempo aquí?

—No. Almorzaremos y nos iremos en seguida.

—Pues, feliz viaje.

—Gracias, Pedro.

Había sonado la campana llamando al almuerzo; el comedor los reunía de nuevo. Magdalena miraba a Pedro y a su mujer rodeados de tres criaturas encantadoras, cuya bulliciosa alegría esparcía una felicidad sin límites. Ella, silenciosa, comía frente a su marido, un viejo retocado, cubierto de pomada, terriblemente artificial. Comparó su matrimonio con un hombre gastado a la felicidad que se leía en los ojos de la mujer de Pedro, y suspiró.

—Mira — decía a Pedro su mujer — a esa hermosa joven que está en esa mesa. ¿Qué aburrida parece que está!

UNA MUJER DE CONCIENCIA



—¡Sería terrible que, a última hora, me enamorase de mi marido!... ¿Qué sería del pobre Carlos?





Daisy Chalmers había nacido en el Barrio Chino, a espaldas de esa carretera donde la sórdida fealdad de las adyacentes de los muelles empalma con el Oriente sutilmente romántico, donde perfumes asiáticos y olores de alimentos exóticos se mezclan con el olor del pescado frito y de la cerveza agria, y los marineros reciamen- te ingleses se codean con individuos de ojos almendrados de muchos puertos del remoto Oriente.

Su padre trabajó en los muelles de la West India hasta la época en que Daisy cumplió los diez y seis años. Un largo período de falta de trabajo, al que se asoció el intolerable mal humor de su mujer, le impulsó a arrojar- se al agua, desde el muelle de Blackwall, una brumosa noche de diciembre.

Los vecinos se cotizaron para comprar a la viuda un vestido negro y varias botellas de whisky ordinario.

El hermano del muerto y su primo segundo fueron multados en 40 chelines por hallarse borrachos a más no poder el día siguiente del entierro y todo el mundo convino en que el funeral había resultado excelente. La señora de Chalmers lloró quince días, es decir, mientras duró el whisky. Luego empeñó el vestido negro para comprar más. Agotada la nueva provisión de whisky, se escapó con el primo segundo ya mencionado. Daisy vióse, pues, obligada a afrontar la tarea de ganarse su vida y la de una hermanita de ocho años.

Trabajó durante un tiempo en un lavadero, donde sus mejillas perdieron sus rosas y su cuerpo la fina gracia lánguida. Pero quince chelines por semana no son gran cosa para alimentar dos bocas hambrientas, de manera que Daisy no tardó en hallarse en la necesidad de buscar mercado más lucrativo para vender lo que podía ofrecer. Fué entonces cuando Ah Chong apareció en escena. Ah Chong era rico; es decir, lo que se llama rico en el Barrio Chino. Tenía un restaurant chino en la calle Gill, muy favorecido por los marineros de Oriente, que forman la mayoría de la población de esa parte de la ciudad. Hacía tiempo que Ah Chong admiraba a Daisy desde lejos. Notó con pena que el vapor del lavadero marchitaba la delicada flor de durazno de sus mejillas y que comenzaban a agobiarse los hombros de su busto hasta entonces muy erguido. Esperó un mes, durante el cual la cara de Daisy se hizo cada vez más pálida y su paso cada vez más lento y más lánguido.

Se le aproximó una noche, a la salida del lavadero y la invitó a cenar en su restaurant.

Junto a delicadas tacitas de té y a un suculento guiso de cerdo, le formuló su proposición. Su hogar era un desierto, la declaró en el poético lenguaje de Oriente, que su corazón tenía sed de amor. ¿Sería ella la flor de delicia cuya presencia transformaría en un edén el café de la calle Gill?

Daisy reflexionó. El trabajo era cada vez más pesado. La Junta de Protección de Menores la había amenazado con quitarle a su hermanita y encerrarla en un asilo: verse privada del único ser que amaba era más de lo que podía soportar. Comenzó a negociar. Sí: sería su esposa, su flor deliciosa y todo lo que él quisiera, pero Ah Chong debía hacerse cargo de la hermanita.

La flor del barrio Chino

Por W. Winter

—Será mi hija — declaró Ah Chong.

Y el comercio quedó concertado, y Daisy abandonó su cuartito oscuro para reinar en el restaurant chino de la calle Gill.

Era relativamente feliz. Ah Chong se manifestaba bondadoso con ella y le proveía de vestidos que hasta entonces ni siquiera había soñado poseer.

Las rosas volvieron a sus mejillas, y la gracia ondulante volvió a su cuerpo. De nuevo los hombres la seguían con la mirada cuando pasaba por la calle. No obstante, sabía muy raras veces. Ah Chong era, a este respecto, aún más estricto que el común de los maridos chinos.

Sabía que su mujer no le amaba; que se había casado con él para librarse de la miseria, y vivía en constante temor de perder su tesoro. Ni siquiera le permitía mezclarse con las demás muchachas del barrio que se reunían en el salón de baile, brillantemente iluminado, de la esquina de la calle.

El conocimiento de la vida que

poseía Daisy, era recogido principalmente de los libros que él le compraba en generosas cantidades: lánguidos relatos de amor y de pasión, aventuras románticas en paisajes poéticos... Y en su corazón crecía un vago anhelo que no podía hallar satisfacción en Ah Chong ni en el Barrio Chino.

Ah Chong, nada mezquinaba a Daisy. Deleitábase en cubrir su blanco cuerpo con las más ricas sedas de Oriente; sus vestidos, sus trajes de calle, eran los más finos que podía obtener. Parecida generosidad derramaba en la hermana de Daisy para complacer a ésta. Los recursos del pequeño restaurant no podían seguir soportando este tren y Ah Chong vióse obligado a recurrir a ciertas actividades turbias para aumentar las entradas.

Y comenzaron a concurrir al café hombres de raras e inquietantes cataduras: malayos, láscaros, mestizos chinos, y de vez en cuando un joven inglés, vestido de etiqueta, los cuales no consumían alimentos, pero eran llevados por Ah Chong

a una habitación del piso alto, siempre cerrada de puertas y ventanas, donde buscaban en el opio y el hashish, la felicidad que en la vida real se les escapaba.

Ah Chong nunca fumaba en el cuarto misterioso. Su Daisy, explicaba, era más bella que todas las visiones del opio. Por un tiempo las cosas fueron bien, y el oro volvió a hacer pesados los cofres de Ah Chong. Pero una noche, un grupo de policías fornidos invadieron la casa, violentaron puertas y armarios y desparramaron con manos brutales la fina ropa blanca de Daisy.

Ah Chong no fué apresado. Al aparecer la policía huyó por una puerta secreta, que él sólo conocía, y que comunicaba con la casa contigua. Antes de huir, empujó a Daisy a un pasadizo oscuro, le puso entre las manos un paquete de billetes de Banco y le dijo en un inglés grotesco:

—Dentro de dos o tres meses volveré. Ganaré mucho dinero y llevaré mi lirio blanco a China, a casa de mi padre. Pero si no eres fiel, si te dejas amar por el inglés, Ah Chong te matará. Y profirió un juramento terrible, el juramento que ningún chino deja de cumplir cuando lo ha pronunciado.

Esa noche partió, embarcado como cocinero, en un vapor con rumbo a Shanghai.

La vida se presentó más fácil para Daisy después de la partida de Ah Chong. Parecía que le habían retirado un estorbo.

Y comenzó a buscar un desahogo para su ansia de vida y de goce que hasta entonces tanto había reprimido.

Y el desahogo que eligió fué el baile. En un callejón cercano al muelle de la West India había un salón de baile famoso entre la gente de mar de todo el mundo. En Hamburgo y en Jamaica, en Shanghai y en Melbourne, los marineros sonreían picarescamente cuando el nombre de Barney Bilton les evocaba recuerdos de alegres horas de baile. Todo en el salón habla del mar y de los países remotos. En las paredes cuelgan peces raros del mar Caribe, extraños adornos de los nativos de la India, utensilios de cocina y armas indígenas de las islas del Pacífico.

Suspendido del techo hay un gran cocodrilo embalsamado que con airados ojos mira la alegre multitud que se agita debajo. Era el orgullo del barrio Chino. Su belleza natural se había reconcentrado y afinado en la vida de invierno que llevaba bajo el cuidado de Ah Chong.

Todo el mundo la amaba. La primera noche que apareció en el salón de Barney Bilton, dos jóvenes le propusieron casarse con ella y un negro derramó un jarro de cerveza en la cabeza de un malayo que se permitió pellizcar el brazo de la joven.

En la segunda noche, dos capitanes de barco se pusieron a sus pies junto con su dinero. Al primero dijo: "Es usted demasiado viejo"; y al otro: "Detesto a los hombres barbudos". Y por esto fué que el capitán Hoskins, del remolcador María Ana, perdió la opulenta barba que había sido su orgullo durante más años que los que él confesaba.

Daisy permanecía insensible a todos los afectuosos halagos. Y ya porque recordara la amenaza de Ah Chong o ya porque no hubiese encontrado al hombre de sus ideas

El día que me quieras...

El día que me quieras tendrás más luz que junio;
la noche que me quieras será de plenilunio,
con notas de Beethoven vibrando en cada rayo
sus inefables cosas
y habrá juntas más rosas
que en todo el mes de mayo.

Las fuentes cristalinas
irán por las laderas
saltando cantarinas
el día que me quieras.

El día que me quieras los sotos escondidos
resonarán arpegios nunca jamás oídos.
Extasis de tus ojos, todas las primaveras
que hubo y habrá en el mundo, serán, cuando me quieras.

Cogidas de la mano, cual rubias hermanitas
luciendo galas candidas, irán las margaritas
por montes y praderas
delante de tus pasos, el día que me quieras...
Y si deshojas una, dirá con su inocente
postrer pétalo blanco: "¡Apasionadamente!"

Al reventar el alba del día que me quieras
tendrán todos los tréboles cuatro hojas agoreras,
y en el estanque, nido de gérmenes ignotos,
florecerán las místicas corolas de los lotos.

El día que me quieras será cada celaje
ala maravillosa, cada arrebol miraje
de las Mil y Una Noches, cada brisa un cantar,
cada árbol una lira, cada monte un altar.

El día que me quieras, para nosotros dos
cabrá en un solo beso la beatitud de Dios.

AMADO NERVO.

les, regresaba puntualmente a las once, todas las noches, al café de la calle Gill, bajo el cuidado de Seng Zee, un amigo de Ah Chong.

Allí vivía todavía, en las habitaciones del piso alto y sola, pues había empleado parte del dinero que le dejara Ah Chong, para colocar a su hermanita como pupila en un pensionado.

Una viva ambición de Daisy era la de que su hermanita llegara a ser una dama instruida y distinguida.

Las cosas habrían seguido así, a no habérsele ocurrido a Hubert Mainwaring hacer una visita al Barrio Chino.

Hubert Mainwaring era un escritor "dilettante" que había obtenido cierto renombre en Oxford, como autor de versos decadentes.

Con la suerte, o la desgracia, de poseer una gran fortuna, había pasado los años, desde que dejara la Universidad, recorriendo el mundo en busca de "sensaciones".

Era alto, moreno, de bellas facciones. Para los hombres resultaba antipático. Las mujeres le adoraban. Entró en el salón de Barney Bilton un sábado en la noche, cuando la concurrencia era más densa, y se sentó en un rincón, delante de un vaso de bebida que no probaba, y se quedó contemplando a la tumultuosa escena con ojos soñadores y desdeñosos.

Una muchacha se le acercó pidiéndole que la invitara a beber o a bailar.

Mainwaring, sin decir una palabra, llevó la mano al bolsillo, sacó una moneda que entregó a la muchacha y volvió a sumirse en su actitud contemplativa.

Poco después llegó Daisy Ah Chong y su mirada se encontró con la del joven. Este se levantó, bebió lentamente su vaso, cruzó el salón y se aproximó a Daisy.

—¿Quiere bailar conmigo?

Daisy miró los ojos soñadores y apasionados de ese hombre, e instantáneamente creyó encontrar en ellos la respuesta al largo tiempo anhelado de su corazón inquieto.

Se dejó llevar en los brazos del joven, sin una palabra. Bailaron una vez y otra y otra. El murmuraba relatos que llevaban lejos del sucio y sombrío Barrio Chino. Cabarets de París, góndolas de Venecia, flores de azahar de la España llena de sol... Un mundo de amor, de sonrisa y de alegría, en el que ellos dos eran las figuras centrales. Daisy se rindió. Salió del salón de Barney Bilton acompañada por Mainwaring, y desde esa noche conoció el significado del amor. Mainwaring, hombre de experiencia en mujeres y en amor, más de una vez se dijo días después, que era preciso acabar con esa pasión tonta que amenaza obligarle a pasar el invierno en la aburrida Inglaterra. Pero día tras día volvía al café de la calle Gill y en el cuarto cerrado del piso alto pasaba lánguidas horas en compañía de la adorable Daisy, que no se resolvía a abandonar el Barrio Chino.

Lo cierto es que durante dos meses resistió a las insistencias de su amante para huir con él al extranjero o, por lo menos, para trasladarse del sombrío café a un departamento de Londres.

Pero la historia de sus amores se difundió por todo el Barrio Chino, en las precipitadas murmuraciones de labios amarillos y llegó al fin, por boca de un marinero

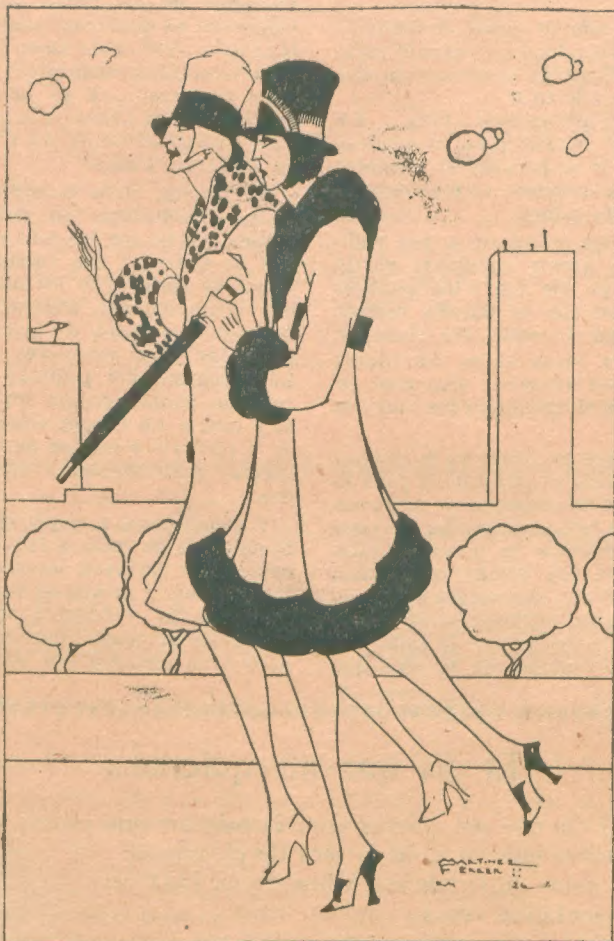
chino, hasta Shanghai, donde Ah Chong se esforzaba por reunir dinero suficiente para establecer un nuevo hogar con su Daisy.

Nada dijo cuanto recibió la noticia, pero al día siguiente vendió cuanto tenía y tomó pasaje en el primer barco que partía para Londres.

nada, pero tomó el sombrero y salió siguiendo a Ah Chong.

A la tarde siguiente, cuando Mainwaring entró en el café de la calle Gill, Seng Zee salió a su encuentro. La señora había salido; le explicó entre expresiones de refinada cortesía oriental. Y le suplicó que subiera y la esperara.

EL NUEVO MODELO, por Martínez Ferrer.



—Pero yo no veo la conveniencia de estos sombreros tan grandes...
—¡Hijita, yo sí; los hombres creerán que tenemos más cabeza.

Buscó a Seng Zee en una casa de Pennifields donde se fuma opio y se juega, y le habló con voz baja pero con suma animación de expresión: Seng Zee movió la cabeza. Ah Chong intentó ponerle dinero en la mano, pero el otro lo rechazó. Ah Chong se inclinó y murmuró algo. Seng Zee palideció; no dijo

No tardaría en volver. En la mesa tenía una botella de vino.

Mainwaring penetró en la habitación del piso alto. La mesa estaba preparada para uno de esos deliciosos lunches que Daisy confeccionaba para ella y su amante. Sobre la mesa había una botella y dos copas. Sonrió al ver la etiqueta de

la botella. Recordaba haber dicho a Daisy que era su vino favorito. Sirvióse una copa y la bebió saboreándola como entendido. Excelente vino; no recordaba haber probado uno mejor. ¿Tardaría mucho Daisy? ¡Qué adorable mujer! No había encontrado otra que se le pareciera. Bebió otra copa de vino. Tenía sueño. ¡Qué fastidio! Sin duda era debido al ambiente confinado de ese cuarto siempre cerrado. Abriría la ventana. Se levantó y dió un paso hacia la misma. Súbitamente le tomó un mareo. El piso parecía alzarse, y las paredes girar. No recordó más.

Despertó en una tiniebla profunda y en el primer momento no pudo recordar lo que había ocurrido.

Por fin recordó el vino. Sin duda contenía un narcótico. Pero ¿dónde se hallaba en ese momento? ¿Dónde estaba Daisy?

Se llevó la mano al bolsillo en busca de fósforos. No los tenía. ¡Cosa curiosa! Quizás los había dejado sobre la mesa.

Estiró los brazos y apenas pudo ahogar un grito cuando sus dedos tocaron algo húmedo y pegajoso... Un estremecimiento de horror le sacudió todo. Aunque horrorizado, se incorporó. Dando tropezones intentó dirigirse hacia el lado en que imaginaba la puerta.

Resbaló y cayó de bruces.

De nuevo, sintió bajo sus manos la sustancia fría, húmeda, pegajosa...

Con esfuerzo desesperado se incorporó de un salto y se abalanzó. Esta vez su mano aferró el picaporte de la puerta. La abrió de golpe y se lanzó escaleras abajo.

No había un alma en el café. La puerta de la calle estaba abierta.

Se precipitó a franquearla y tropezó con dos policías que miraban alarmados hacia la ventana del piso alto. Uno de ellos le aferró de un brazo.

—¡Un momento, joven! ¿Qué es eso?

El policía profirió una exclamación de asombro y Mainwaring siguiendo la mirada del policía vió en una pierna de sus pantalones una larga franja roja y su mano derecha empapada de un líquido rojo.

La mano del policía le apretó el brazo.

—Suba usted — dijo el policía a su compañero. — Yo me quedaré cuidando a éste.

Como en un sueño, Mainwaring oyó los pasos del policía en la escalera, en seguida una exclamación de horror y luego, desde la ventana alta, una voz agitada que decía:

—¡Asesinato! Es Daisy Ah Chong. Era la amante de ese hombre. Llévelo en seguida y avise a los superiores. Yo...

El cerebro torturado de Mainwaring no pudo oír más. Se desplomó entre los brazos del policía y cayó al suelo. Al caer creyó percibir la risa burlona de un chino detrás de una ventana de la casa de enfrente.

Hubert Mainwaring fué ahorcado tres meses después.

Su culpabilidad, como dijeron los diarios, era evidente.

LA LIBERTAD

Porque es libre aquel a quien todo le sale bien, quiero que todo me suceda tal y como yo lo desee. Decíame un loco: ¡Oh, amigo mío! La locura y la libertad nunca van juntas. La libertad no sólo es cosa muy bella, sino muy racional; y nada más irracional que querer que sucedan las cosas como las habíamos pensado.

Cuando tengo que escribir el nombre de Nerón, me nester es que lo escriba, no como quiero, sino tal cual es, sin cambiar una letra. Otro tanto sucede en las demás artes y ciencias ¿y tú pretendes que respecto de la mayor y más importante de todas las cosas, que es la libertad, reine el capricho y la fantasía? La libertad consiste en querer que las cosas ocurran, no como me convengan a mí, sino como deben suceder.

EPICTETO.

Esta rosa blanca, esta bella rosa, ¿a quién se la doy? Yo le doy esta rosa blanca, a quien nos cuente, a quien nos cuente...

La gentil condesita de la Llana tenía en su fina y delicada mano, una hermosa rosa blanca. En la mano rosada lucía una gruesa esmeralda. Y enhiesta la mano, veíanse en el aire, resaltando sobre el blanco mantel, sobre el fondo verde de la espesura, lo rosado de la mano, lo verde de la esmeralda y lo blanco de la rosa. Había terminado la comida. Comíamos, invitados por la condesa de la Llana, ocho o diez amigos íntimos de la casa. La comida se celebraba en el jardín; en un cenador, bajo un entoldado de anchos y frescos pámpanos, entretejidos con la yedra y con los rosales, había sido colocada la mesa. Después de la comida, en dulce languidez, charlábamos los comensales de todo lo humano y divino. El ambiente espiritual era de intimidad, de libre expansión. Y el ambiente físico era templado, suave, delicioso. Estábamos en el comedor de la primavera. Las rosas — blancas, amarillas, rojas, — daban al aire su olor y ponían en la verdura sus notas de color.

—¿A quién le regalo yo esta rosa blanca, esta bella rosa blanca? — repetía la gentil condesita.

Y, al decir esto, miraba la ilustrada dama a tres de sus invitados; miraba a Fernando Robles, el dramaturgo; a Luis Matienzo, el novelista y a Antonio Palacios, el poeta.

—Yo se la doy, yo le doy esta rosa blanca — decía la dama — a quien nos cuente su mayor emoción; es decir, a quien después de contadas las mayores emociones, resulte que es quien ha sentido la emoción más honda, más intensa.

—¡Sí, sí! — exclamamos todos. Y todos poníamos nuestra vista en el dramaturgo, en el novelista y en el poeta.

—¡Sí, sí! — repetíamos. — Que cuenten Robles, Matienzo y Palacios las mayores emociones que hayan experimentado en la vida.

—Que comience Robles — dijo la condesita de la Llana.

Fernando Robles, el dramaturgo, trató de excusarse; insistimos todos, y él comenzó diciendo:

—Ya saben usted que yo principié muy tarde mi carrera dramática; yo, hasta los cincuenta y cuatro años, he estado dedicado a los trabajos de Historia y de Filosofía. Tengo ahora sesenta años; hace seis que estrené mi primera obra; desde entonces he escrito diez o doce; el público ha tenido la bondad de otorgarme sus aplausos; pero, habiendo comenzado tarde la carrera de autor dramático, el principio fué emocionante para mí.

—Tan tarde como usted, querido maestro — dijo uno de los invitados; — tan tarde como usted, a los cincuenta y cuatro años, comenzó su carrera de gobernante el político más grande que ha tenido España.

—¿Quién? ¿Cisneros? Lo sé — repuso vivamente Robles. — Cisneros y yo, perdonen ustedes mi inmodestia, hemos comenzado tarde nuestras carreras, y yo, por mi parte, no me puedo quejar. Y supongo que Cisneros, claro está, tampoco se quejaría. Iba diciendo, no sé si lo he dicho, ustedes lo saben, que mi primera obra se titulaba "El Pasado". Los actores no tenían confianza en ella; no me decían a mí nada; eran bondadosos y corteses; respetaban mis trabajos lite-

LA MAYOR EMOCION

Por Azorín

rarios en otros órdenes; pero, por frases sueltas, por referencias, por reticencias inevitables, yo sospechaba, tenía la certidumbre, de que mi obra les inspiraba una aprensión terrible. Les inspiraba la aprensión del fracaso. Y llegó el estreno. El teatro estaba rebosante de público. Todos mis amigos, mis compañeros, estaban en el teatro. Las primeras escenas fueron escuchadas con un profundo silencio. A mitad del primer acto había un episodio en que yo había puesto un gran interés, un gran cuidado; el episodio pasó inadvertido. En cambio, una escena vulgar, de relleno, que no tenía nada de particular, arrancó entusiastas aplausos. Yo, con estos viceversas, estaba un po-

silbidos. Yo estaba anonadado. La emoción que experimentaba era profunda, indecible. Y todavía la emoción fué mayor, más honda, al final del acto, cuando el silencio se trocó en ovación entusiasta, delirante. El entusiasmo continuó, se agrandó en el tercer acto... Y no necesito decir más. Esa ha sido mi mayor emoción.

Luis Matienzo, el novelista, habló después, y dijo:

—La mayor emoción la he experimentado yo hace muchos años. Y, a pesar del tiempo transcurrido, todavía, cuando pienso en ello, se me angustia el corazón. Ocurría esto en los postreros días del otoño; la templanza del ambiente se des-

Yo decía que sí, y que gracias a ella, gracias a su influencia bienhechora, el libro tendría un brillante éxito. Y ella sonreía, sonreía, sin saber que no podía ver terminado, impreso, el libro. No había de verlo. Su vida se acababa... Su vida acabó con los últimos días del otoño. Yo tenía su mano entre mis manos. Y sus ojos me miraron por última vez con una mirada larga, acariciadora. Y en sus labios se dibujó una sonrisa inefable, divina.

El novelista acabó de hablar. Todos callamos un momento emocionados. En el aire flotaba el olor vago, penetrante, dulcemente penetrante de las rosas, los claveles y los geranios.

Y el poeta Antonio Palacios, comenzó a hablar:

—Hace ocho años — dijo — hice un viaje por Oriente. Después de recorrer el Mediterráneo, me detuve unos días en Alejandría. Llegué por la noche, y me acosté en el hotel. A la mañana siguiente, muy temprano, salí a recorrer la población. No llevaba guía. No me gustan los guías. Me place ir descubriendo poco a poco, trabajosamente, las ciudades que he visto. Y de todas las visiones, de todos los recuerdos que me llevo de una ciudad, tal vez esta primera visión incompleta, incoherente, alocada, es la que estimo más y la que guardo con más perennidad. Iba yo recorriendo las callejitas y visitando tiendecillas y cafés. El tiempo pasaba deliciosamente. Charlando con tipos de la calle y con mercaderes, llegué a saber que en uno de los barrios de la ciudad vivía un famoso estrellero. No soy supersticioso ni creo en la astrología; pero, puesto a ver curiosidades, quise visitar a este mago. La casa en que vivía era pobre. Ascendí por unas escaleritas casi desfondadas y llegué, allá en lo alto, a una puertecilla. Llamé y me abrió una viejecita. Hablamos, y me hizo pasar a una estancia tapizada de negro. Esperé un momento. Yo creí que iba a encontrarme frente a un anciano barbudo, con un empinado cucurucho en la cabeza. Y apareció un viejecito limpio, menudo, rapado. Lo más notable de sus facciones era una nariz desmesurada, doblada, ganchuda, y unos ojuelos chiquitos, como dos granos de mostaza, pero fulgentes, brillantes, con irisaciones y brillos eléctricos. Yo le hablaba en francés; pero al acaso, en la conversación ligera, se me escaparon unas palabras españolas. El anciano, al oírlas, sonrió y señaló a una de las paredes. Yo vi colgada una gran llave; él me dijo:

—Esa llave es la de la puerta de nuestra casa, la casa de mis antecesores, en Toledo.

Decía esto en un español arcaico, absurdo. En español continuamos hablando.

—Puesto que es usted español — me dijo, — voy a hacerle ver a usted, en su obsequio, la mayor maravilla que habrá visto en su vida.

En la estancia había un ancho cristal con marco. Detrás del cristal se veía un paño negro. Fué quedándose en tinieblas la habitación; del cristal fué surgiendo, como un fulgor misterioso, una luz verde, violácea. Y poco a poco, en el ancho vidrio, fué dibujándose una figura...

El poeta se detuvo un momento. Luego preguntó:

—¿Ustedes conocen mi vida? ¿Ustedes saben los dolores, las pe-

El deseo de la estatua

Muchos hombres anhelan que su carne y su sangre se transformen un día en mármoles y bronce. Así se rebajan muchos hombres. Toda la vida luchando para que la posteridad salude a un trozo de piedra que conceptuamos una gloriosa representación nuestra. Es horrible este exaltarse de la persona hacia fuera, buscando una inmortalidad por caminos extraños. Un hombre subido sobre los hombros de otro es un cuadro triste, que revela la superioridad del de abajo. ¡Ah, si todos supieran ver esto, qué pocos se subirían! Los hombres deben erigirse sobre sí mismos; todos tienen en sí el pedestal de su propia gloria. Quien no se sube de este modo es que no ha sabido encumbrarse, y su valor es despreciable. Es más bello el gesto del que muere solo, entregando su espíritu a la majestad de la Naturaleza, que el del que muere legándolo a unos cuantos hombres. Nuestra vida debe ser tan honda en el sentido de la humanidad, que nadie pueda discutirnos sin discutirse. Si hemos vivido tan adentro y lejos de todos, sin mirar la cara de nadie, no tenemos por qué pedir la absolución ni la bendición de la Humanidad en la hora postrera; nosotros nos bastamos para absolvernos y bendecirnos a nosotros mismos. El deseo de la estatua es plebeyo, porque es plebeyo el anhelo de no morir en la vida de las formas.

V. GARCIA MARTI.

co sorprendido. Porque el traste que se repitió más adelante. Comenzaba yo a comprender que el teatro no se parece a nada. Se aplaudía lo para mí escrito con desgano y se pasaba en silencio aquello en que yo había puesto ternura, delicadeza, emoción. Bajó el telón al acabar el primer acto, y hubo un silencio aterrador. Todos, actores y autor, estábamos tristes, mohinos. En el segundo acto ocurrió un incidente que provocó violentas protestas. Exasperado con el silencio de la sala — el silencio seguía en el segundo acto, — un amigo mío se puso en pie, en las butacas, y dirigiéndose a los palcos, vociferó: "¡Esto es muy hermoso! ¡Basura para quienes no aplauden!" No dijo basura esté amigo indiscreto; empleó otro vocablo. Y su protesta suscitó en el acto una tempestad de gritos, de golpazos, de

gotes del invierno. Yo tenía en mis manos una mano fina, blanca. La mano que yo tenía entre mis manos cada día iba volviéndose más traslúcida, más diáfana. Y unos ojos anchos, melancólicos, me miraban con una mirada larga, larga, acariciadora... Se moría esta persona de quien hablo. Estábamos en una casita de un bosque, y, al mismo tiempo que caían de los árboles a centenares las hojas amarillas, doradas, se escapaba la vida de este organismo débil. Yo estaba entonces escribiendo mi primer libro, *Lo Fatal*. Todos los días, al atardecer, durante el crepúsculo, en tanto que los áureos rayos del sol se filtraban por la enramada, leía a mi amiga el capítulo escrito por la mañana.

—¡Qué bonito! ¡Qué bonito! — exclamaba ella. — ¡No es verdad, Luis, que es muy bonito?

nalidades, las desdichas, las tragedias de mi vida?

Todos conocíamos, en efecto, la serie de desastres y angustias de la vida del gran poeta: muertes trágicas de personas de su familia, incendio de su casa, la única que Palacios poseía en el campo; quiebra de un Banco en que tenía su modesta fortuna, etcétera.

El poeta prosiguió:

—Poco a poco fué dibujándose en el cristal una figura. Yo seguía con ansiedad la concreción en el vidrio de este personaje. El personaje que iba lentamente dibujándose en el cristal era un niño.

—En el momento en que usted se acerque al cristal y lo toque — me había dicho el mago, — la figura desaparecerá. No se acerque usted.

Pero yo, sin poderlo remediar, me iba poco a poco acercando. Y de pronto di un grito. La figura del cristal era un niño: un niño inclinado sobre un pupitre, un niño que escribía, un niño pálido, con ambos ojos melancólicos. Yo di un grito. El niño era yo mismo, yo mismo a los diez años. Yo mismo, ante quien se extendía para volverla a vivir, una vida de cuarenta años. De cuarenta años de dolo-

res, angustias, tragedias. Y los ojos del niño tenían esa expresión de tristeza inefable como si presintieran las amarguras de la vida en que el niño iba a entrar. Di un grito y, sin poderlo evitar, con un impulso punible, sintiendo una emoción profunda, desgarradora, dolorosísima; con una emoción en que se mezclaba la ternura, la piedad y el terror, me acerqué al cristal y le di al niño, a mi mismo, un beso en la frente. En el mismo instante la visión desapareció. Y ahora mismo, mientras cuento la aventura, experimento, pueden ustedes creerlo, la misma emoción terrible de entonces.

Hubo un instante de silencio. La blanca rosa aparecía erguida en la rosada mano de la gentil condesita. En la mano resaltaba la verde esmeralda.

—La rosa para el poeta — dijo el dramaturgo Fernando Robles.

—Para nuestro amigo Palacios la rosa — corroboró el novelista.

—¡Sí, sí; para el poeta! — exclamamos todos.

La bella condesita entregó con un gesto de suprema elegancia, la bella rosa al poeta. Y el poeta, delicadamente, puso un beso en la rosa.

MOTIVOS DE LA URBE

TRISTE CALLEJA DEL SUBURBIO...

Triste calleja del suburbio,
larga, lo mismo que una queja,
que me contemplas, día a día,
cruzar a solas con mi pena.

Triste calleja solitaria,
si tú supieras cuánto encierra
mi pobre pecho dolorido
por la congoja de la espera...

Triste calleja, tú la viste
llena de vida, ¿no recuerdas?
Ella era sol en el invierno
y era canción en primavera.

Dulce congoja del añoro...
Cuando de lágrimas se anegan
mis ojos mansos, aun la veo
dentro del marco de su puerta.

Aun siento el roce de sus labios
y oigo el cantar de sus promesas...
¡Y hoy sólo es sombra, que el destino
rindió a la sombra de la tierra!

Cómo no amarla en el recuerdo
si ella apartó sobre mi senda
todo el hastío de mis años
y todo el llanto de mi pena...

Triste calleja, tú me viste
llegar beodo, cuando apenas
habían callado los violines
en la locura de la fiesta.

Alboreaba, a los talleres
iban, de prisa, las obreras,
y eran un símbolo de asombro
al contemplar mi vestimenta.

Y ella pasó... Sacrificada
a los estragos de la anemia,
todo el dolor de los humildes
llevaba impreso en las ojeras.

Yo me detuve a contemplarla
con dulcedumbre y con tristeza;
mis ojos, tristes, no veían
si era bonita o era fea.

Y ella sonrió, de su sonrisa
nació la chispa de la tea
que encendió el lírico connubio
del bienestar y la pobreza...

Triste calleja, tú me viste,
luego, llorar en la impotencia,
cuando la vi llevar a un coche
dentro de aquella caja negra...

Hoy ya no visto trajes vanos,
en mis solapas ya no hay sedas,
ni oigo el llorar de los violines
en la locura de las fiestas...

Triste calleja que me miras
cruzar a solas con mi pena,
me acobia el peso de mis años...
¿Cómo no me veas!...

EDUARDO MARIA DE OCAMPO.



La última devoción

¡Oh, tú, muerte, muerte mía, la última devoción de la vida, ven y háblame al oído!

Día tras día me he mantenido en vigilia por tí; por tí he sobrellevado las alegrías y los dolores de la existencia.

Todo lo que soy, todo lo que tengo, mis esperanzas y mis amores, han volado siempre hacia tí, en las profundidades de mi secreto. Mirame con la última mirada de tus ojos y mi vida será para siempre tuya. Las flores han sido entretejidas ya y la guirnalda está preparada para el novio. Después de la ceremonia nupcial, la desposada abandonará su hogar e irá sola a encontrar a su Señor en el desierto de la noche infinita.

Al partir

Os quiero decir adiós, hermanos, porque debo partir. Me inclino reverente ante vosotros, y me despido.

Aquí dejo las llaves de mi puerta y abandono todos los derechos a mi casa; sólo os pido a vosotros unas cuantas palabras postreras de cariño. Fuimos vecinos por largo tiempo; pero yo recibí siempre más de lo que os pude dar. Ahora el día ha despuntado y la lámpara que alumbraba mi oscuro rincón se extinguió. Una voz me llama y preparado estoy para el viaje.

RABINDRANATH TAGORE.



EN EL BAJO DE SORIA

Por Víctor Arreguine

I

La figura de Jacinto "el Toro" daba idea absolutamente contraria al furor de la arremetida. Viejo, bajito, turbulento, llevaba cansados con su foja de puñaladas — superior a cualquier otra en los anales del país — al comisario, al alcalde y otro género de sabandijas locales.

Dudaba del mal y del bien, y al ser interrogado sobre la eficacia de la procesión rogativa: — ¿Piensan esos imbéciles, exclamó, ordeñar las ubres de las vacas muertas?

Aludía a las ausentes nubes, al cielo limpio como acero y al paseo del santo de madera, ya iniciado en el embanderado camino departamental.

La tierra parecía maldita. Tremendas rajaduras en el suelo; blancos esqueletos de caballos y vacunos aquí y allá; los arroyos en un hilo; polvo ardiente en el aire, tal era el verano de 1880. Y se contaba que la zarzaparrilla había ardidido en una extensión de muchas cuabras por un pucho que al pasar arrojara un jinete.

El cura, un italiano incapaz de utilizar el barómetro, pero que creía conocer la proximidad de la lluvia por unas tercianas, fama tenía de milagrero. Quien le atribuía la curación de un zopo; quien, mano santa contra "el daño".

En el villar, la gente esperaba que el volturmo cediera; pero el cura, apurado, creyendo el chaparrón encima, sin reparar que la cinaglosa doblaba sus hojuelas y que las flores de las zabilas estaban casi negras de beber sol, había hecho salir de la capilla, en andas, al ídolo pintado de vivos colores.

Sosteníanlo los cuatro más caracterizados forzudos del lugar: Aurelio, el portugués, propietario de la yegua "Pinta", ser el más inteligente de los contornos; el cabo Juan; el coronel Mangolla, cuyos pasos de gigante en tiempo húmedo quedaban marcados en la arcilla como los de un caballo, y don Guillermo, un alemán acaballado por el trato con caballos frisones — tal decían, — siendo para el villorrio artículo de fe que al hombre se le pegan las cualidades de los árboles o de las bestias entre que vive, y las de don Guillermo, sin aquella vivacidad ni aquella mirada luminosa de los caballos criollos, fundamentaban la verdad local, ampliamente corroborada con el ejemplo de don Jeremías, estanciero inglés que daba a beber baldes de leche a sus toros ingleses, negándola a las criaturas de los puesteros.

II

Salió, pues, por el camino la procesión, aumentándose a medida de su avance hacia el lejano alveo del arroyo.

En la comitiva, foscas, tirándose de soslayo puñaladas con los ojos, iban dos muchachones conocidos por "los rivales", rubio el uno, Tomás Pacheco; moreno el otro, Juan Sierra, hijo de una india de las Misiones.

La causa real o aparente del encono, que en el ambiente lugareño

sembraba presentimientos de tragedia, respondía con melodiosa voz de trece años al dulce nombre de Carlota, y era, nada menos, la unigénita del terrible Jacinto "el Toro".

Juan, ¿qué podía temer del rubio, bajo, pecos y holgazán? Cazador insigne, acostumbrado a sacar gatos monteses del cogote de entre la maleza, y el primer domador del pago, miraba despreciativamente a Pacheco, que por pagarle la copa al canario en la "Pulpería del As de Oros" se imaginaba vivir en el corazón de la chica.

Al doblar la procesión hacia el Paso de las Trincheras, el rubio acercóse a Sierra y le dijo:

—Tengo que hablarle. A las seis en el Bajo de Soria, donde está el sauce.

—Basura...

—Si no viene es un maula.

La mano de Juan trazó un cuarto de círculo; pero el otro evitó el golpe, al mismo tiempo que amagaba echar mano al cuchillo. Algunos hombres se interpusieron y la procesión siguió su curso.

III

Cuando prendieron al rubio, después de haber matado a Juan en el Bajo, el juez Tarántula lo hizo traer a su presencia y en su modo, nada judicial, inició el interrogatorio:

—¿Cómo te le pudiste animar, pedazo de bruto, a ese animal que de un puñetazo mata un burro?

—Pudiendo.

—¿Lo mataste en patota?

—¿Cómo, se cree?

—Digo no más... Contame el hecho.

—Se me vino al humo, dando más vueltas con los brazos que molino al viento. Yo lo esperaba con el cuchillito que debe estar en la polea. Me tiró un montón de guantones; los esquivé, y cuando se puso colorao de pura rabia, ahí me le acomodé.

—Entonces, ¿él no hizo uso de armas?

—¿Qué había de hacer si me despreciaba! ¿Y sabe por qué? Porque se le puso entre ceja y ceja que yo me pastoreaba a la hija del canario Jacinto, esa comadrita que ama demasiado a los gatos pa poder amar a los hombres.

—Entonces, ¿no tenías nada con Carlota?

—Ni esto, señor. Le pagaba la copa al viejo, como se la hubiera pagao al finao por su valentía. A mí, señor, que me den hombres valientes; pero que no se pasen.

el
"calavera"...



EL "ídolo" de mamá. Y el encanto de la casa. Alegre, "chistoso", espléndido con todos. Sólo que de vez en cuando se excede en las copas y llega más alegre de la cuenta. Al otro día, dolor de cabeza, malestar y agotamiento. Pero, ¿qué importa, hombre! Para eso está ahí la

CAFIASPIRINA

Dos tabletas, un vaso de agua y todo pasó! También a "papá", a "mamá", o a las "niñas" cuando trasnochan en un baile y amanecen indispuestos, CAFIASPIRINA los alivia y les levanta las fuerzas.

NO AFECTA EL CORAZON NI LOS RIÑONES

Incomparable también para los dolores de muela y oído; las neuralgias; el reumatismo, etc. Regulariza la circulación y devuelve la energía y el bienestar.



¡No reciba tabletas sueltas!

Pida el tubo de 20 tabletas, o el SOBRE "CAFIASPIRINA" de dos.



El primer resentimiento

Por Félix Estéban Cichero

(Del libro "Los zánganos", recientemente aparecido).

El primer mes de matrimonio de Elvira García y Luis Gurmendi, había transcurrido como un ensueño. Las economías de Gurmendi les permitieron pasar ese período de tiempo en un hotel confortable, sin preocupaciones de ninguna naturaleza. Antes de cada comida realizaba un paseo en coche, sin apuros, por Palermo. Luego en el hotel, eran bien atendidos. Por la noche, el teatro los contaba entre su público. Las fiñerías de Elvira satisfacíanse prontamente, de tal manera que la vida les resultaba un placer corriente. Luis Gurmendi se mostraba solícito y satisfecho y sólo en la última semana de su primer mes de matrimonio habló a su esposa de los negocios, que realizaría para reforzar su sueldo que, aun cuando no era muy bueno, resultaba tolerable, ganándolo con comodidad en el ministerio donde estaba empleado. A Gurmendi le parecía fácil mejorar su situación, pues creía tener ejemplos bien claros en el ministerio. Bastaría preocuparse en revisar los expedientes, y los que conviniera atrasarlos en el despacho, esconderlos, y luego mostrarse indignado ante el interesado por semejante morosidad en el trámite, con objeto de cobrar confianza e indicarse como el indispensable para mover esos volúmenes de infolios. Después el emisario que visita al cliente, un cigarro grueso entre los dedos, un bastón, una pose y... la propuesta. Con un poco de apresuramiento esbozó en esos términos sus proyectos ante la expectativa golosa de su mujercita, que le interrumpió finalmente llena de júbilo, para preguntarle si entonces podría esperar tener una cocinera, pues eso de andar entre ollas y papas era sucio; si la permitiría tomar una mucama, para darse más tiempo en la atención personal que deseaba dedicarse; si irían todos los días al teatro y a Palermo, como hasta ahora; si podría comprarse algunos brillantes, pues pronto llegaría el invierno y ya sabía él que entonces decae el uso de las fantasías...; si podría tener sala, en fin, que era su dueño.

—¡Todo, todo, Elvirita! — respondió él, aturcido, sin tener noción de la responsabilidad ni suponer que para semejante empresa era necesario atrasar muchos expedientes, además de otras cosas...

—¡Ah, eres bueno, Luis! Buenísimo, Luisito!

—Gracias, monona, gracias. Todo eso poseerás, aunque yo tenga que hacer un poco de prosa...

—¿De qué?

—De prosa, Elvira. Aunque tenga que abandonar la forma, los escrúpulos...

—¡Oh! por Dios! Pero eso no será así... por mucho tiempo, — objetó Elvira, sin saber precisamente lo que decía, aunque sí lo que quería.

El cortó pronto el diálogo. La última expresión de su esposa le hizo pensar en que el abandono de los escrúpulos tiene sus peligros, y sufrió interiormente. ¿Era posible que comprometiera su honor para

Nuestro colaborador Félix E. Cichero, ventajosamente conocido por sus obras anteriores, ha dado a la publicidad su última producción que denomina "Los Zánganos".

Este volumen lo constituyen una serie de cuentos tejidos con esa observación peculiar en este escritor. Son trozos de la vida real, escenas vividas, tormentas de almas, donde el autor ha cuidado siempre unificar a la pureza de su estilo, la exactitud de los cuadros y el movimiento de los personajes que están en acción, y los cuales en la importancia de su actuación, son figuras bien estudiadas e interesantes.

Cichero es de esos escritores que tiene la virtud de señalar errores, anatematizar y criticar en una forma tan sobria y elegante, que convence al lector paulatinamente, adueñándose de sus ideas y de sus convicciones.

Dice bien su prologuista, el escritor González Arrilli, que hace un estudio metódico de la personalidad de Cichero: "El liberalismo de sus ideas, marca preferentemente sus puntos de mira para la observación de los temas tratados. Avanza siempre con honda simpatía de hombre, llevando por guía el corazón". Y así es, en efecto; Cichero no es un escritor frío, metódico y aferrado a viejas ideas, es un artista de cerebro y corazón que va contra prejuicios, señalando un ideal. En fin, un hombre que avanza, cual un leñador por entre inmenso bosque, con su tea encendida, ante la humanidad.

Después tiene una condición digna de citarse, y es su sinceridad. Describe lo que enciende su alma, lo que aviva y reanima; de ahí la verdad de sus asuntos encerrados en el marco de una buena prosa.

Este libro de cuentos reafirma la personalidad de Cichero y demuestra un avance superior en este arte difícil donde debe mezclarse el pensamiento, observación y emotividad, donde pocos son los felices, porque no reúnen estas cualidades que Cichero ha cuidado bien, porque, ya batallador en las luchas literarias, sabe el secreto para llegar al espíritu del lector, endilgale sus teorías, su pensamiento, en una forma precisa e indirecta y además, para sobreponerse a sus obras anteriores, con el examen metódico y conciente.

"Los Zánganos", es un excelente libro de cuentos que honra a nuestra literatura.

F. B. V.

II

darse el gusto de tener una cocinera, una mucama, unos brillantes y otras tonterías con que obsequiar a su mujer? Pronto, sin embargo, serenó su espíritu. Apoyando sus manos en los hombros de Elvira le dio varios besos, la hizo unos mimos y se dispuso a salir. Dijo que regresaría en seguida y para tranquilizarla le prometió unas golosinas.

—¡Y un cintillo! — reclamó ella; a lo que observó Gurmendi:

—Eso... cuando se detenga la marcha del Estado! — Quería referirse simplemente a los expedientes.

Los primeros ensayos para atrasar expedientes que efectuó Luis Gurmendi en la oficina, no dieron el resultado previsto. Discolia, la gente protestaba y amenazaba con quejarse a los jefes, e ir, si era posible, hasta el mismo ministro en demanda de actividad. Las cavilaciones se impusieron. Si insistía, quién sabe no perdería el puesto y ahora era preciso cuidarlo. Elvira le mortificaba con sus preguntas. Por la cocinera, por la sala, por las alhajas, por la realización de todas las promesas, preguntaba a

ANÉCDOTA

Leonardo de Vinci, moribundo, recibió la visita de Francisco I, rey de Francia.

Como el monarca vió cierta sorpresa desdeñosa en el semblante de los cortesanos que le habían acompañado a la visita, exclamó:

—Yo puedo hacer, si quiero, nobles y grandes señores. Sólo Dios puede hacer un hombre como el que vamos a perder.

su esposo cuantas veces le tenía al frente. El se disculpaba, disimulando el malestar que le producía aquella insistencia. Empezaba a sentir injusta a su esposa y le asaltaban frecuentes deseos de observar su maldad y desconsideración. Para colmar su impaciencia efectuó una comprobación, lo cual terminó por hacerle perder toda esperanza en el negocio de los expedientes. Revisando en su memoria, confirmó que eran únicamente empleados de alta jerarquía quienes podían practicar la maniobra. El, "pinche" de oficina, no podría mover sino los expedientes que ocultara, y no así cuando los retuviesen sus jefes; en cambio, éstos fácilmente le harían realizar los trámites necesarios de aquello que retuviera, con lo que se vería obligado en cualquier momento a hacer marchar el estado.

En semejante trance fué cuando resolvió imponer su "autoridad" en su casa. ¡No habría, pues, alhajas, mucamas ni paseos! ¡Era menester economizar y economizar mucho! Y además, ensuciarse las manos; pero en la cocina, con las papas y las ollas.

Por cierto que Elvira no pudo sustraerse a un ataque de nervios, cuando vió en aquel estado de ánimo a su esposo. Protestó. Una palabra llevaba la otra, los reproches se sucedieron y lo que produjo mayor escándalo fué la traición que había sufrido Gurmendi. Le reprochó su pobreza y sus "mentiras" y hasta le pareció a él presentir temblando los labios de su esposa, una acusación terrible: esperaba que lo tratara de ladrón. No obstante, Gurmendi quería disculparse, pero ella no admitía palabras, llevando a tal punto las recriminaciones que él salió violentamente de la casa, dispuesto a presentarse a la madre de su esposa y reclamar. Demoró poco en estar nuevamente en su habitación, y cuando se disponía a recibir el grito insultante de Elvira, la vió que colocaba una flor en un florero que hasta entonces había permanecido vacío, de simple adorno, sobre la mesita de luz que pertenecía a Luis. Además, ahí estaba Elvira, sofocada por el llanto, como en una solemne imploración de perdón. La escena lo emocionó. De pie en la puerta de su dormitorio, sin encontrar la palabra o la frase adecuada para hacerse notar, temblaban las piernas y algo molesto le hacía latir la garganta. Al fin, quizá a su pesar, porque en un momento de serenidad lo habría considerado deprimente, atinó a decir:

—¡Elvira... sí... tendrás eso! La transición que experimentó ella fué espontánea. En rápido movimiento dióse vuelta y corrió hacia Gurmendi, con los brazos abiertos, gozosa, con el corazón a flor de labios. Y cuando lo tuvo en sus brazos y lo hubo cubierto de besos, dijo un poco libre ya de la emoción:

—¡Ah, viniste! Bueno, bueno, Luis; ya no quiero nada de eso. Te quiero a ti solo, y que este primer resentimiento sea también el último... ¿eh? ¡Viniste! ¡Ah, querido Luis!



Cuando casó, el hombre estaba ya un poquito maduro: cuarenta años... Empeñado en reunir un capitalito antes de "formar su hogar", se le vinieron los años encima casi sin advertirlos. Pero, a fuerza de firmar recetas y boletas de defunción, el doctor Temístocles Sarpura, adquirió una casita, más o menos en el centro de la ciudad, compró un auto para visitar con mayor comodidad a sus enfermos, porque, cómo se puede ser un buen médico "hoy día" sin poseer un automóvil que le permita recorrer las tres o cuatro casas de sus clientes en menos de media horita? Cumplidos esos sus dos grandes deseos, — y cuando comenzó a sufrir de los oídos, — pensó seriamente en realizar el tercero de su vida: casarse.

Tenía novia desde que fuera estudiante del Nacional; una buena muchacha resignada, sin mayores ambiciones, como no fueran las de vestir a la moda y no faltar a ninguna de las tres retretas que se efectuaban semanalmente en la Plaza Mayor... No tuvo, pues, el doctor Sarpura que perder tiempo. Hechas las tramitaciones del Civil y la Iglesia, "tomó estado", un buen día, recibiendo muchos regalos valiosos y las sinceras felicitaciones de sus numerosas relaciones, "tan vinculados como están a nuestra alta sociedad los contrayentes", según la noticia del caso dada por el diario "Nueva Era", órgano del partido político al que pertenece "por tradición" el doctor Sarpura, — pues los otros diarios, los adversarios, no se dignaron decir una sola palabra del "sonado acontecimiento social"...

El doctor Sarpura, con casa, con auto y con esposa, siguió tranquilamente ocupándose dos horas diarias de sus enfermos, y disfrutando durante las horas restantes de la sombra del parral que había en el segundo patio y de una excelente butaca de cuero donde dormitaba beatíficamente.

A los tres años recrudecieron sus formidables dolores de oídos. Con sus recetas se los remedió, pero quedó sordo. Junto con la sordera, — o acaso por culpa de los sufrimientos previos, — la cara del doctor Sarpura adquirió cierta expresión de idiotez, que agrandaban los lentes de oro, y la boca semiabierta...

Cualquiera hubiera creído, viéndolo, que no tenía por dentro nada, absolutamente nada, aquel hombre. Sin embargo tenía, — vaya si tenía... — tenía un cuarto deseo, inquietador, que lo llenaba algunos días de desasosiego, al punto de olvidarse que todos sus enfermos sufrían del mismo mal y de la fórmula que venía recetando sin variantes, desde que abrió el "Consultorio".

El hombre quería ser papá, tener un hijo, perpetuarse en lo porvenir...

Este cuarto deseo del doctor Sarpura fué haciéndose cada año más fuerte. Iban transcurridos tres años de la boda, y nada. Iban los cuatro, y tampoco... Se cumplieron los cinco, los seis... Se le agrió mucho el genio, un carácter inaguantable, que se reflejaba mucho en su cara, y, naturalmente, multipli-

Varón, gracias... varón!!!

Por B. González Arrilí

caba su gesto de tonto nato... La que pagaba su mal genio en primer lugar, era su mujer "conejo de

algunos libros que le quedaban de sus tiempos de alumno de la Facultad y que jamás abriera desde

ANECDOTA

Ordenó Vespasiano a Elvidio Prisco que no se presentase en el Senado, y el legislador le contestó:

—Puedes quitarme la dignidad de senador, pero mientras lo sea iré allí.

—Con tal que no me interrogues...—respondió Vespasiano.

—Pero si estás presente no podré menos que pedirte tu parecer.

—Si me lo dices, te mandaré matar — advirtió Vespasiano.

—¿Acaso te he dicho yo que era inmortal? — repuso Prisco. — Entrambos haremos lo que nos corresponde: tú, hacerte morir; yo, morir sin pena.

experimentación", para el caso... El doctor Sarpura efectuó diversos experimentos, se molestó en hojear

entonces, comenzó a sufrir insomnios, tornó el dolor de oídos a mortificarlo y él tornó, con sus rece-

En el Rosedal...

Pues que no hay un sitio que rime mejor con vuestra armoniosa silueta ducal, sea nuestra cita primera de amor en la versallesca paz del Rosedal...

Sólo ella merece la voz de mi cuita y el febril apremio de mi madrigal... ¡Sea, pues, señora, la primera cita en el nido tibio de aquel Rosedal!

Flotará en la brisa nuestra comunión: y ungida en el áureo pegaso estival, rodará la gloria de su vibración por entre las rosas de aquel Rosedal...

Cuando conjurados por el homenaje los rubores tiñan vuestra cara oval, temblarán de envidia sobre su ramaje las rosas rosadas de aquel Rosedal,

o bien, palpitantes de cortesanía, urdirán un blando saludo cordial las rosas de Francia, las de Alejandría y las rosa todas de aquel Rosedal...

Esperan temblando que suene la hora para suspirarnos su aliento augural... ¡Sea nuestra cita primera, señora, en el nido grave de aquel Rosedal,

Y pues ella quiere, por ser la primera, tener un divino cortejo floreal, démosle por cuna la gran primavera la gran primavera de aquel Rosedal!

BELISARIO ROLDAN.

tas, a fortalecer la sordera...

Pero un día, ¡ah! un día el doctor Sarpura sonrió. Volvió a ser amable con su mujer, con sus enfermos, y con el conductor de su auto: el hijo se anunciaba, al fin!... Iban a cumplir los siete años de casados!... La cara del médico, no disminuyó un ápice en su boba expresión, pero en cambio de parecer un tonto trágico parecía un tonto cómico, y algo valía el trueque. Por de pronto, sus antiguas amistades comenzaron a saludarle otra vez, reconciliados con él...

A su tiempo, llegó el hijo. Durante dos días y sus noches en aquella casa no durmió ni descansó un minuto nadie... Por espacio de cuarenta horas sus habitaciones, patios y pasillos, parecieron la cubierta de un buque que naufraga. Gritos, órdenes, corridas, portazos, alaridos, quejidos, rezos... Hubo hasta los que intentaron tirarse por la borda al mar... Las criadas de la casa, sin obedecer ya las órdenes del capitán fuera de sí, a cada rato se refugiaban en el gallinero buscando cinco minutos de tranquilidad. Pero era inútil; el capitán no perdía de vista a nadie, estaba en todas partes, horrible, tan feo como si se hubiera tapado la cara con el mascarón de proa del barco que se iba a pique...

Por ventura, el buque siguió navegando y el doctor Sarpura abandonó el mascarón: ya estaba en el mundo su hijo. ¡Había cumplido su cuarto deseo!...

Durante mucho tiempo el doctor Sarpura dejó descansar el auto. Para dar escape por alguna válvula a su regocijo de vivir, prefería caminar. Iba por esas calles dando largas zancadas, rejuvenecido, alegre... Los viejos amigos, sus clientes, los ex enfermos que providencialmente habían salido vivos de sus manos, aprovechaban la ocasión de encontrarse con él en la calle para preguntarle por su salud, por sus oídos, por sus insomnios.

Y era entonces cuando el doctor Temístocles Sarpura se ponía a diapasón con su semblante:

—Hola, doctor, me alegro de verte, — decíale un amigo que lo detenía en una esquina, gritándole para que oyera. — ¿Cómo está? ¿Cómo va esa salud?...

El doctor Sarpura gritaba, como todos los sordos, sus respuestas:

—¡Varón, gracias!... ¡Varón! Y se le despatarraba la risa en la cara, de contento por aquel interés que demostraban todos por su guagua.

—¡Varón, gracias... Varón!!... Lo más sanito. Una alhaja, una alhaja... Hay que verlo, da gusto!... Grande, fuerte, como un changador... ¡Sí! ¡Gracias!

Desde entonces, los mal intencionados dieron en llamar al doctor Temístocles Sarpura, "varón".

Cuando, — ya desaparecido su entusiasmo pedestre, — veíanlo pasar en su auto, decían, riendo:

—¡Varón, gracias!... ¡Varón!

Y el hombre seguía tan contento con su remoquete y con su único "Temístoclesito", que se le parecía mucho, ¡pobre chico!, mucho...





El extraño documento que transcribo y al cual yo he puesto el título, lo hallé entre los papeles del pensionista que se suicidó en la pieza contigua a la mía. La dueña de la casa y los demás inquilinos creen que estaba obsesionado por el asesinato de un hermano suyo.

Sé que es incorrecto no haberlo entregado a la policía; pero me pareció honesto no permitir que la pobre madre, de quien hablaba con tanto cariño el suicida, llegase a saber cómo fué asesinado su hijo mayor.

"Ya estamos de vuelta. Ella para siempre allí, nosotros todavía un rato de este otro lado.

"Si hace un mes, ¿qué digo un mes!, tres días solamente, alguien me hubiese dicho que mi novia sería brutalmente asesinada, le habría creído loco. ¡Era tan linda y tan buena!

"Pero, en realidad, ella está muerta y no sé por qué yo me siento muy triste; aunque me extraña mucho esta serenidad de ánimo que me deja pensar con tanta claridad y velozmente en mil pequeños recuerdos de ayer, de hace un año, de mi infancia y de esas cosas que creí para siempre desaparecidas de mi memoria.

"Yo la quiero a mi novia (no puedo poner yo la quería; me parece impropio) y tan grande es mi amor que pienso, con mucho egoísmo sin duda, que la muerte ha hecho bien en llevársela, así nadie podrá disputármela.

"¿Pero, por qué la mató el asesino? No hay una explicación aceptable. Según el informe policial que es el único atendible, porque la familia espantada con el suceso exagera ciertos detalles y suprime quizás otros muy importantes, al penetrar en la habitación observaron tal orden en los muebles y objetos allí colocados, que es menester desecher la idea de una lucha.

"La posición del cuerpo era de espaldas, más bien hacia un costado que al centro de la cama. El brazo derecho colgando y el izquierdo doblado hacia arriba con la mano abierta colocada debajo de la nuca. La expresión del rostro ligeramente dolorosa. Mi novia vestía ropa interior de hilo y llevaba puesto un kimono de seda rosa. Sobre la mesa de luz se halló un papel con las siguientes palabras escritas a máquina: "Dios me perdone, María Rosa; pero la dicha y la muerte rondan juntas tu casa. ¿A cuál darás entrada?"

"La lámpara eléctrica estaba apagada y a su lado el vaso de agua, casi vacío, tenía rastros en dos partes del borde de haberse bebido en él; uno mayor y más preciso que el otro. Además, la ventana se hallaba abierta y desde ella es fácil bajar al jardín. Las huellas que se observan en el cantero que está al pie corresponden a un hombre que no usó calzado ni al subir ni al bajar, siendo seguro que llevaba puestas las medias.

"Finalmente han comprobado que de la habitación faltan dos retratos: el de ella y el mío.

"Luego siguen las declaraciones y primeras impresiones policiales que tienden, naturalmente, a identificar al asesino; pero yo quiero comprender las causas que lo han impulsado a matar.

"Aparentemente ha sido un crimen pasional. Un enamorado que desespera al comprender que la mujer amada quiere a otro, y pen-

sando en ella, a fuerza de cavilar, enloquece y mata.

"Pero cuando se está bajo la influencia de una pasión contrariada se hierde de golpe, sin cautelas ni cuidados de la hora, del tiempo o del lugar. Y el asesino entró de noche, descalzo como un ladrón y des-

atroz; primero ella, después yo. Pero la policía ya está probablemente sobre su pista a estas horas.

"No estoy del todo tranquilo, aunque tampoco tengo miedo. Al fin y al cabo sería un hermoso drama: el asesinato de una novia mientras dormía, — soñando con su amor —

El asesinato de mi novia

Por Enrique Rosés Lacoigne



—Yo no hago caso del qué dirán. A mí, si me gusta un hombre, le guño un ojo; si me gusta mucho, le guño dos, y si me enloquece... soy un queso de Gruyere epiléptico.

pués de matar, se llevó el retrato de ella y el mío. ¿El mío para qué? Será posible que mi rival no me conozca y se lo haya llevado para...

"Evidentemente su odio es

y dos noches después, la muerte de su amante por la misma mano asesina que los une en el más allá; trágicas, soberbias nupcias con oficios de celos y de sangre.

Firmeza inconvencible

Calístenes, filósofo griego, sobrino y discípulo de Aristóteles, nos ha legado un admirable ejemplo de sobrehumano tesón. Habiendo tenido la desgracia de provocar el enojo del rey, se le condenó a sufrir horribles tormentos.

Fué encerrado en una jaula de hierro, con las orejas, la nariz y los pies cortados. Hallándose en tan lastimoso estado, contestó a su amigo Lisímaco, que le compadecía:

—Cuando me veo que necesito valor y fuerza, páreceme que estoy en mi elemento. Si hubiese venido al mundo sólo para el deleite, ¿para qué necesitaría tener un alma grande e inmortal?

"Acaso en mi fantasía precipito los sucesos, pero es posible que vaya a reunirme con mi amada hoy mismo, dentro de pocos instantes.

"Necesito que mi pluma escriba veloz; la muerte está cerca, como lo preveía. Quiero que el mundo conozca estos últimos instantes, estas sensaciones mías, las últimas.

"Tengo frío. La puerta que se abrió da al vestíbulo; cuatro pasos más acá, a mis espaldas, está la de mi escritorio, un espejo me permite verla en parte cuando quiero.

"Estoy haciendo un esfuerzo enorme para tranquilizar mi corazón porque su repiqueteo me ensordece y entonces no oigo lo que sucede en el vestíbulo.

"Por ahora sólo siento el frío que entra por la puerta que él ha dejado abierta. Es raro que un individuo de sus condiciones no se dé cuenta de que puede serle fatal semejante descuido, porque yo tengo mi revólver al alcance de la mano y si quisiera...

"Pero, es asombroso el talento de este individuo. No hay tal distracción, es cálculo simplemente. Para él yo soy un hombre como hay tantos en el mundo. No existe, pues, ninguna razón lógica para suponer que en mis sospechas haya considerado la posibilidad de mi asesinato. Entonces él espera que yo me levante para averiguar quién está ahí y apenas asome al vestíbulo me hendirá el cráneo o me partirá el corazón, como a ella.

"Eso es, un individuo como él no puede matarme de otro modo. En este momento no es más que una bestia astuta y yo soy mil veces superior a él. Puedo destruir todo su cálculo, reducir a nada su odio cansándole en una espera prolongada y desesperante. El asunto es sencillo: me levanto, camino hacia la puerta y toco el pestillo como si fuera a abrir. Me oye y se prepara y en lugar de avanzar me vuelvo. Espero por reloj cinco minutos y repito la operación tres o cuatro veces. Por mucha sangre fría que tenga, sus nervios no podrán aguantar esa prueba; entonces abro de repente y lo mato como a un perro.

"Es un hombre que no vacila mucho; cree que estoy distraído y resuelve atacar. Por el espejo veo el pestillo que gira lentamente, sin ruido. Ahora también podría matarlo, sólo tirando a la puerta.

"¿Pero, para qué quiero la vida? Es mejor que me vaya con ella y, si hay otro mundo, la felicidad eterna será mía, y sino, no vale la pena de vivir esta vida.

"La puerta ya entreabierta deja entrar mucho más frío. No quisiera temblar cuando esté por darme la puñalada, porque puede fallarle el golpe librando a mi instinto de conservación del dominio con que ahora lo sujeto y entonces la lucha disminuiría uno de los aspectos más interesantes de este drama.

"En el espejo se refleja ya el hombro y la cabeza. Los ojos le brillan. No sé quién es: pero en algo me parece conocido.

"El fin se acerca porque está ya dentro y no perderá tiempo.

"Sin embargo yo puedo defenderme todavía; pero no quiero: he resuelto morir como ella.

"Me molesta no verle la cara. En el espejo veo sólo su chaleco. Está quieto como una estatua; acaso vacilando.

"El dije cuelga de su cadena es igual al de mi hermano. ¿Será posible?"

LA BIBLIOTECA

Ese mueble severo que vels en una esquina del salón, gravemente quieto y meditabundo, encierra la obra humana en su forma divina y el pensamiento de veinte siglos del mundo.

En las lisas varillas que forman los estantes el libro filosófico se mezcla al canto agreste; allí hablan en voz baja Racine con Cervantes y Voltaire, el satánico, con Plotino, el celeste.

La mano respetuosa que hacia el mueble se eleva, recoge el libro mudo, lo entreabre, lo lleva al cerebro, lo filtra en el alma temblante.

Y el mueble silencioso desde su altar de roble vigila la obra humana como una madre noble. De él parte eternamente una llama fragante.

PARTIDO DE AJEDREZ

Jugamos en el corazón
nuestra partida de ajedrez;
tú mueves el segundo peón,
yo peón dos dama, ya lo ves.

Mientras tú meditas, yo callo
mirando tu mano sutil,
vacilas, mueves el caballo
y yo, más seguro, el alfil.

Esa apertura tan francesa
que tu provocación define,
me hace envolver tu mejor pieza
con un ataque de Alekhine.

Cuatro pases y ya he ganado
a tu dama sin compasión
ha peligrado tu caballo
y te he comido un nuevo peón.

Aunque el ingenio te socorre
tu defensa se mueve trunca.
¡Sálvate, sálvate la torre
o ya no me vencerás nunca!

Cuidado ahora... Jaque al Rey
Bah! Dos simples peones me arrancas,
mas por derechos de la ley
están derrotadas tus blancas.

¡Jaque al Rey! Parece cercano
el final de nuestro combate;
apenas si mueves la mano
y te digo sonriendo: mate...

ROGUEMOS...

Por este amor sutil que el alma nos florece
y hace buenas las manos y la vida ennoblece,
por este amor que es sueño y realidad sonora
que encierra un siglo espiritual en cada hora,
por este amor profundo que es humano y divino,
roguemos de rodillas al destino...

CONJUNCION

Como Cleopatra beberé mi vino
en él volcando con segura mano
la perla luminosa del destino
que será sólo un corazón humano.

Me ofrecerás el vaso veneciano,
cáliz de nácar con olor a rosa,
y exprimiré las uvas del verano
en el otoño de oro de la edad jubilosa.

No se desbordará sobre el encaje
del mantel perfumado;
sorberé gota a gota ese brebaje

y cuando el vaso encuéntrase vacío
te ofreceré el licor que ha destilado
tu corazón pasando por el mío.

ESTE OTOÑO

Este otoño con su fina melancolía
ostenta aristocracia de abad o noble ruso.
Un rosál elegante bajo el oro del día
desmaya la fragancia que el verano compuso.

Nuestros poetas

Bartolomé Galíndez



Poeta sonoro, de un alto vuelo imaginativo, nos ofrece un nuevo libro que titula "Sol de Otoño".

Canta el ciltureda a la naturaleza madre, en una forma original y bella, sin perder esa música recóndita que siempre ha encerrado en el brocado de sus versos modernos.

Con sus libros anteriores: "Poemas exóticos y modernos", "La Venecia dorada" y otros, Galíndez conquistó un puesto en la lírica americana, siendo comentados aquéllos por plumas autorizadas del país y extranjero.

Su nueva producción, cuyos versos oran esta página, son el más fiel exponente de la idealidad que sustenta el poeta y del color y la elegancia para la construcción de aquéllos.

"Sol de Otoño es un libro que agigantará mucho más al exquisito cultor de poemas sonoros como un vaso de cristal.

Nuestros lectores podrán apreciar por las composiciones que transcribimos, la Musa ardorosa que inspira al poeta enamorado de la belleza, que, cual pajarillo simbólico, pasa sus horas cantando en el bosque de su ensoñación.

Sobre el lago de acero el sol pálido arde;
una estatua de mármol medita junto al banco;
pasa una dama rubia en la dorada tarde
envuelta en un tapado de piel de zorro blanco.

Miro el galgo ducal que sobre el césped salta
ágil y bello, el arco que empuja el tierno niño,
el árbol cuyo tinte amarillo resalta
y en el cielo celeste, la paloma de armiño.

Como una aguja de oro me penetra el paisaje:
la fuente musical, el lago, el vago cielo,
las nubes que coloran su fugitivo encaje
y las hojas murientes que ruedan por el suelo...

Este otoño me inunda de su melancolía;
es como un suave monje que se aferra a mi
y en mi interior diluye, con displicencia fría,
la aristocracia pálida de un ensueño lejano.

CARTA DE ULTRARIO

Amiga mía, firmo ésta en Montevideo,
cuyo cerro dorado por el sol entreveo.
Te escribo con los ojos dormidos en el mar
y una vaga tristeza que no me sé explicar.

Recorrí esta mañana las playas bulliciosas
donde brillan los brazos y los muslos de rosas
sobre la indiferencia de la arena de oro
que en su valvén eterno azula el mar sonoro;
tomé aunque no acostumbro, cuatro vermouth,
¡caramba!

en una alegre mesa del café Tupinamba
que fué hace varios años la casa de Cellini,
donde iban los Brutos de Delmira Agustini;
almorcé en el hotel y, sin saber qué hacer,
puse debajo el brazo un libro de Corbière
y luego fuíme al Prado, paseo de la tarde
donde, con el idilio, Voluptuosidad arde.

Esta ciudad infiltra en mi naturaleza
un fervor tropical y una vaga tristeza
de las que no consigo librarme como quiero,
pues, si eludo la una, me domina el primero.
Las noches de Pocitos tienen su poesía,
es verdad, pero algo me falta, amiga mía.
Las mañanas francesas de la rue Sarandí
me hacen pensar en nuestra Florida y luego
en ti;

¿y qué no diré de la Avenida Río Branco,
notre Avenue et Bois de Palermo, ese blanco
de la vida galante que en Buenos Aires hace
de la noche un ovillo que el insomnio deshace?

Malvil es una playa muy cercana al Buceo;
sus aguas son clarísimas. No afluyen a ese paseo
el público nutrido de Carrasco o Pocitos
ni está rodeada de coquetos hotelitos.
Allí, ayer de mañana, con paciente fervor
y una caña flexible quise ser pescador.
Ya te imaginarás qué resultado hallé:
cien veces vi el anzuelo pero nada pesqué.
No desesperé mucho de esta derrota mía:
siempre mientras se pesca, se hace filosofía.

Terminado este pasatiempo de Rousseau,
en un veloz Sedán fuíme al parque Rodó,
paseo que tiene un encanto pensativo
con su arboleda inmensa de perfume nativo.
En un rústico banco, recordé y repetí
varias de las esdrújulas figuras de Reissig,
aquel mago poeta que dió a la cocaína
su vida como un vaso de orfebrería china.
Luego, cansado ya de pensar y soñar,
me alcé, di algunos pasos y me hallé junto al
mar.

En fin, mi linda amiga, pienso en forma
discreta,
siempre que lo permitan el Banco o la ruleta,
quedarme algunos días más en esta ciudad,
pues el aire yodado me da tonicidad,
y aunque, como te digo, la tristeza me embarga
a veces, la existencia se me hace menos larga.
El adiós, pues, resulta demasiado lejano;
descúbrome risueño como el mismo Cyrano
y con un pie en el borde del Atlántico envío
mi corazón bogando derecho hacia tu río.

P.—Hace apenas una hora que regresé al
Carrasco
y esta noche me embarco. Espérame. ¡Qué
chasco!

EL LIBRO DE MADAME RECAMIER

Sobre la mesa de ébano llena de incrustaciones
de nácar, yace el libro de tapa fulgurante;
es un Ronsard, bañado de sueños y visiones;
en uno de sus ángulos hay un claro diamante.

A su lado, en un vaso, como dos ilusiones,
se desmayan dos rosas de fragancia insinuante.
Arde la vieja lámpara, madre de reflexiones,
y, con su lengua de oro, baña el libro elegante.

Un marco damasquino muestra meditativa
a Madame Recamier junto al vaso florido;
la mirada es pensante y la boca expresiva.

Diríase que el alma tan exquisita de ella,
aun ausente, viaja por el libro dormido,
que es alma de Ronsard, como por una estrella.

EL ECO

Por Bernardo Gervaise

"...Encantadora localidad, coquetamente acurruada al borde de la poética laguna La Fangosa, en medio de una deslumbradora decoración natural. Prestigiosa fortaleza del siglo XIV, con un torreón feudal de gran mérito; excelente casa municipal del último tercio del siglo XIX; pesca, caza, excursiones a caballo y en borrico; casino; manantiales de agua mineral que regenera la sangre y despierta el apetito, termas en invierno y frescas en verano; fonda muy confortable, para responder al efecto estimulante de las aguas, etc., etc."

En estos términos se expresaban, desde hacía muchos años, todas las guías de viajeros en el Ploum-la-Ville; pero la última edición llevaba este aditamento, de gran importancia.

"No se debe abandonar la deliciosa localidad de Ploum-la-Ville, sin haber visitado las Rocas del Diablo, cuya disposición extraña da lugar a unos ecos verdaderamente misteriosos y sensacionales, los más notables del mundo".

¿Eh? ¿Qué tal? Porque la lucha por la vida se hace cada día más dura, la competencia va llegando a unos extremos increíbles y aspereza y ferocidad; y era indispensable responder de algún modo a los alardes irritantes de los vecinos de Panouillis-le-Grand, que acababan de descubrir, con gran estrépito de bombo y platillos, al practicar unas excavaciones en el subsuelo, las ruinas de un monumento declarado "asirio" por varios arqueólogos locales.

Esta idea de anunciar al mundo una maravilla natural inédita, resultó en extremo remuneradora, y el sindicato de iniciativas de Ploum-la-Ville tuvo motivos para enorgullecerse. La popularidad de "El Eco del Diablo" creció con rapidez; dócil a las indicaciones que insertaban las guías, ningún turista pasó por la región sin decirle al eco algunas palabras.

Desde que los viajeros se apeaban en la estación los llevaban a escuchar el eco. Los guías, se apoderaban de ellos, los conducían por grupos hacia las Rocas del Diablo, y, después de haberlos colocado a distancias estratégicas, les decían:

—Ya pueden comenzar, señores.

Y los viajeros gritaban:

—¡Ahé!... ¡Ohé!... ¡Ohé!... Dupont... ¡Ohé!... ¡Durand!

Algunos preferían confiar al eco frases ingeniosas; otros le gritaban injurias, que el eco les devolvía copiosamente, tan pronto diez, tan pronto quince veces; como que los viajeros tenían que sentarse para esperar el fin; porque era un eco de genio desigual y esencialmente fantástico; pero siempre tan gracioso por el tono de sus réplicas, que habría desarrugado el ceño al neurasténico más incurable. Todos los que habían pasado por allí se declaraban encantados del experimento y esto atraía mucha clientela.

Ahora bien; a fuerza de extenderse el renombre del Eco del Diablo, acabó por llegar al extranjero. Un día, Ploum-la-Ville recibió dentro de sus muros toda una caravana de excursionistas ingleses.

Este fué un hermoso día para el sindicato de

iniciativas, y los expedicionarios fueron conducidos a presencia del eco con todas las consideraciones debidas a personajes de distinción.

Al principio, todo fué bien; las jóvenes misas, diccionario en mano, interpelaban al eco muy discretamente en francés:

¡Aoh! Bonjour, Bonjour, Monsieur l'Echaó.

¿Comment notesvó paler avec moá?..."

Frases todas que el eco restituyó puntualmente.

Pero bien pronto llegó su vez a un señor grueso, alto y de aspecto rudo, que se puso resueltamente frente a la cora y gritó.

—"Halloo, old chap! how do you do?"

Con sorpresa general, el eco se quedó mudo. Algunos segundos transcurrieron, llenos de an-

gustia; después el inglés dijo:

—"Halloo!... What is tre matter?"

¡Ay! de igual modo que la primera vez, el eco no respondió palabra. Un sudor frío bañaba las frentes de los individuos del sindicato de iniciativas. Con tono irónico, preguntó aún el inglés:

—"Well!... Are you dead?..."

Esto era ya demasiado. Esta vez una voz, irritada y furiosa, se alzó de las Rocas del Diablo.

—Pero, ¡por vida de Dios! ¿Qué galimatías es ese? ¡Hable usted en francés, si quiere que se le responda!

Y, al año siguiente, las guías de viajero ya no volvieron a mencionar el eco de Ploum-la-Ville.



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros?

Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

LAS AGUAS DENTIFRICAS tienen un pequeño poder antiséptico, pero no limpian.

LAS PASTAS DENTIFRICAS dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los **POLVOS DENTIFRICOS** y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de \$ 1.— Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTIFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de 1/4 kilo \$ 2.50—de 1/8 kilo \$ 1.40

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Inauguración del monumento al general Alvear



General Carlos María de Alvear, a cuya memoria acaba de erigirse un monumento, en la Avenida de su nombre.



El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, su señora esposa, los ministros del Poder Ejecutivo, el intendente municipal, delegados y demás concurrentes al palco oficial, escuchando el discurso del ministro de Guerra, general Justo, que habló en nombre del gobierno.



El monumento al procer, inaugurado por su nieto, el actual presidente de la República.



Los oradores: doctor Manuel A. Montes de Oca.



Intendente municipal, doctor Carlos M. Noel.



Ministro de España, doctor Dánvila.



Embajador de los Estados Unidos, Mr. Peter A. Jay.



Embajador de Chile, Dr. Luis Aldunate.



Delegado del Uruguay, señor Víctor A. Cerona.



Durante el desfile de las tropas ante el monumento inaugurado.

(Fots. León).

El nuevo embajador de Italia



El conde don Alberto Martín Franklin, nuevo embajador de Italia, en la República Argentina, saliendo de la Casa de Gobierno, después de presentar sus credenciales al primer magistrado.

Cooperativa Nacional de Consumos



El presidente del directorio de la Cooperativa Nacional de Consumos, señor Adolfo Luro, y otras autoridades de la misma, durante el lunch con que fueron obsequiados los periodistas metropolitanos, en ocasión de inaugurarse el nuevo local de la institución, situado en la Avenida de Mayo, Perú y Rivadavia.

Festival artístico en el teatro Ateneo



A beneficio de la biblioteca pública infantil patrocinada por la Asociación de ex-Alumnas de la Escuela Normal N.º 4, realizóse un festival artístico que alcanzó brillante éxito.—A la izquierda: señoritas E. Brunela, A. Aramburu, L. E. Rossi y A. Rossi y señores R. Sánchez, W. A. Effio, A. Cuchiani y A. J. Rosiano, que bajo la dirección de la profesora señorita María Teresa Pereira (x), interpretaron la comedia de Martínez Sierra "El ama de la casa".—A la derecha: grupo de niñas que tuvieron a su cargo varios números de danzas.

Bibliografía



Señorita Angélica Palma, distinguida escritora peruana, hija del notable literato don Ricardo, autora del libro "Tiempos de la patria vieja", recientemente aparecido.

Señor Félix Esteban Cichero, conocido escritor argentino, autor del volumen de cuentos "Los zánganos", que acaba de publicarse, y que ha sido bien recibido por la crítica.



Demostración



Concurrentes al banquete ofrecido en el Hotel Comercio Larre, al señor Carlos Buzzetti, con motivo de su nombramiento de ayudante del jefe de la estación Retiro, F. C. C. A.

Cuerpo de serenos de buques



Serenos de buques pertenecientes a la Compañía Argentina de Vigilancia Privada, que están prestando eficaces servicios en la zona portuaria.



Centro de Clases de la Armada

Dos instantáneas obtenidas durante el te y baile recientemente organizados por esta institución, en honor de las familias de sus asociados. La fiesta, que se vió muy concurrida, alcanzó un lucido éxito.



Fiesta infantil en el teatro Boedo

Las niñas: M. Caporale, M. E. Sassone, C. Lombardi, E. Onofrio, A. Gutiérrez, M. L. Frugone, C. Fernández, A. López, O. Onofrio, E. Trouet, D. Di Noia, E. Vendrell, V. Getarelli, L. Smania, R. Pafundi, B. Pérez, A. Bellver, E. Costa, N. Ferrazuolo, D. Micelli, M. Roig, M. I. Díaz, H. Fernández y R. Artoski, que se distinguieron interpretando el juguete cómico "El bazar de muñecas", representación que constituyó uno de los números de la interesante fiesta.



Necrología



Señor José Baña (hijo), cuyo reciente fallecimiento, en la capital federal, ha sido muy lamentado.

TEATROS



Alfredo Pelaia, el popular compositor de "Claveles mendocinos", que está terminando la partitura de un sainete lírico, de cuyo libro es autor don Oscar E. Beltrán.



Cleo y Rosita Palumbo, dos hábiles y bellas bailarinas argentinas, que están actuando con señalado éxito artístico, en los escenarios porteños.



Irene Padrón, artista del elenco que actúa en el teatro Florida, donde ha sido muy aplaudida.



SOCIALES



CAPITAL FEDERAL.—Enlace de la señorita Emma Galli con el señor Pedro Vidal Torres.



Señorita Haydée L. Podestá recientemente desposada con el señor Manuel V. Chiappe.



Señorita Celia Elena Capello Bado, que mañana contraerá enlace con el doctor Juan B. Dallorso.



La señorita Esther Cullen Paunero y el señor Luis A. Però, después de sus desposorios.



CORDOBA.—Enlace de la señorita Emilia Ganotto con el señor Francisco Rey.



Concurrencia que asistió al enlace Ganotto - Rey.



Los contrayentes, señorita Silvia Esther Granillo Barros y el doctor Juan Carlos Agulla.



ROSARIO.— Enlace Colombo Leoni - Silvana.



Enlace Alejandrina Chaparro - Faustino J. Petrina.



Enlace Amelia Gómez Devia - Salvador Barragán.



Enlace Leonor Filippini - Oscar Roca Goyeneche.



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Peggy Montgomery, que con House Peters interpreta "Prisioneros de la nieve", cine-drama que la Universal estrenará el jueves próximo.



Catherine Hessling, protagonista de "Naná", de Emilio Zola, dirección Jean Renoir, cinta extraordinaria que la New York Film presentará en noviembre entrante.



Betty Balfour, la Pickford inglesa, en "Maldito dinero", cine-comedia que Glücksmann presentará mañana.



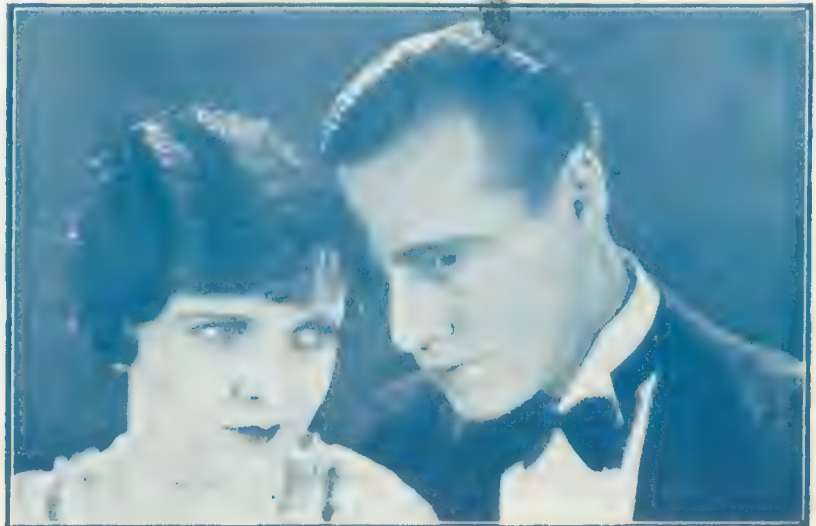
Gertrude Astor y Julane Johnstone, protagonistas, con Robert Frazer y Lincoln Redman, de "Mujeres dignas", film que la Corporación distribuye desde ayer.



Patsy Ruth Miller y Douglas Fairbanks junior, protagonistas de "Los dramas de Hollywood", cinta que la General estrenará, en su programa Ajuria, en noviembre.



Jacqueline Logan y Edmund Burns, en "Después de la tempestad", que Glücksmann estrenará el viernes próximo.



May Mac Avoy y Leslie Fenton, en "El espejo del alma", película que la Fox Film estrenará el próximo jueves.



DE ALTA GRACIA



Señorita Dorita Degiorgio.



Señora Pepita Fossati de Terán; señoritas Amalia y María Alconada de la Torre y señores Ramón Alconada y Eleuterio y Alberto Terán.



Señora María Isabel Rodríguez de Gómez



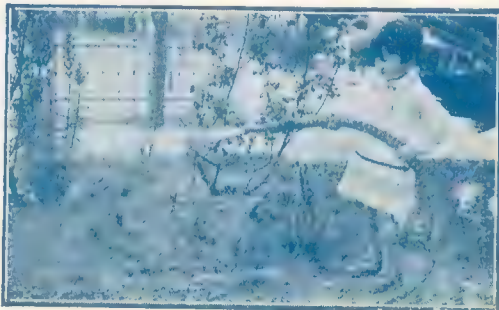
Señora Olga S. Carballo de Seghezzo y señores Fidel Carballo y Santiago Seghezzo.



Señorita Anita Fourvel Rigolleau y señor Carlos Rom.



Señorita Anita Fourvel Rigolleau y señores Mattaldi y Carlos Rom.



Lilia Susana Roldán

GENTE MENUDA



Alfredo y José Enrique Emparan.



Héctor González



Carlos Alberto y Néstor Raúl Joric



María Magdalena Otamendi Pérez.



Abel García.



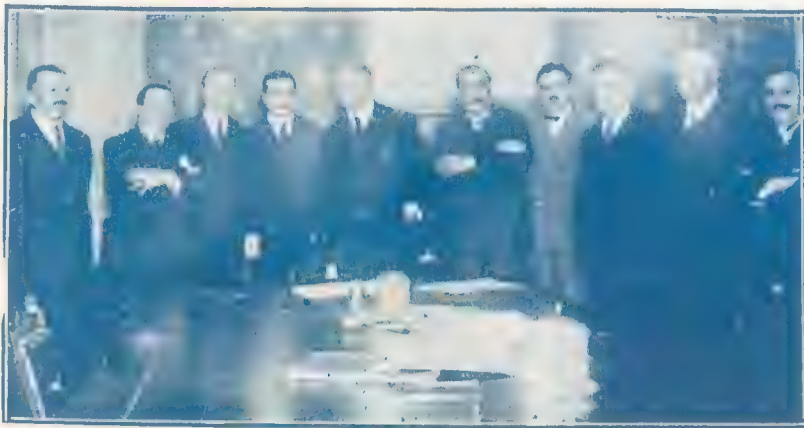
Héctor De Natale.



Doralisa Della Cocini.



FRAY MOCHO en Rosario de Santa Fe



El intendente municipal doctor Pignetto y un grupo de ediles, reunidos en el Consejo Deliberante, con motivo de la interpelación de que aquél fué objeto y a la cual contestó satisfactoriamente.



Conmemorando el Día de la Raza, efectuóse en el Bar Cifré un banquete al que concurrieron destacados miembros de la colectividad española.—Un aspecto de la mesa durante la realización del acto.



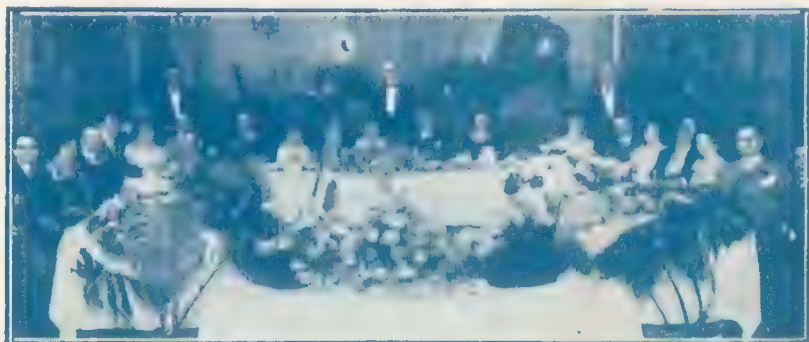
Baile realizado en los salones del Club Español, en ocasión del Día de la Raza y al cual asistió una selecta concurrencia.



El director del teatro infantil, señor Larrechea, acompañado de su elenco, obsequiando con juguetes a los enfermitos del Hospital Español, en el mencionado día.



El intendente doctor Pignetto, el jefe político señor Aldao y demás autoridades, en el acto inaugural del Segundo Salón Automóvil.



Banquete servido en el Savoy Hotel, con que los esposos Eduardo Gerbi y Teresa Manzoni de Gerbi obsequiaron a sus amistades con motivo de cumplir sus bodas de plata matrimoniales.



Match interprovincial Compañía Telefónica - Telefónica Nacional.—De pie: conjunto rosarino, que perdió el partido. Sentados: cuadro porteño vencedor por 4 a 0 goals. (Fots. Flores Toledo).



Los capitanes Vázquez y Vilches, los presidentes de ambos clubs, señores Izzo y Sayol y el jefe señor Bottiroli, que donó una copa y once medallas de oro.



Información gráfica del interior



RUFINO.—Grupo de señoritas que atendieron el bazar - rifa organizado con motivo del XX de Septiembre.



CABRERA (Córdoba).—Núcleo de niñas que tomaron parte en la velada literario - musical efectuada en el cine teatro Belgrano.



AARON CASTELLANOS.—Alumnos y personal docente del Colegio de San Francisco de Asís, que conmemoraron el séptimo centenario de la muerte del santo.



Niños del Colegio de los Padres Franciscanos, que recibieron la primera comunión, acompañados de su director espiritual, R. P. Antonio López.



LA RIOJA. Templete que recuerda las ruinas de la vivienda de San Francisco Solano, cuya inauguración se ha efectuado recientemente.



QUEMU - QUEMU.—Concurrentes al lunch ofrecido por el señor Modesto Caretto, (que aparece en círculo), festejando un acontecimiento íntimo.



SAN JUSTO (Santa Fe).—Lunch familiar realizado en el jardín "El Retiro".
(Fots. Della Mattia, Durán, Zamboni, L. Don, Carretero y Ro.).



SUNCHALES.—Team de primera división del colegio fiscal, que ha conquistado el campeonato local.

Había llegado a la edad en que se piensa en el matrimonio; en que la idea de un marido es una idea constante, enorme, que parece llenar todo el cerebro. A cada momento se espera que llame a la puerta quien ha de pedir la mano de la impaciente soltera. Todo mozo gallardo es un personaje importante en el idilio que la muchacha casada hace y deshace sin cesar en su fantasía. Un novio es entonces un dios.

Inés acababa de salir del convento, donde estuvo recibiendo educación. Contaba diez y ocho años; era huérfana, y estaba a cargo de un tío suyo, hermano de su padre, don Pedro Barreto, propietario de una gran fábrica de camas de hierro. Era el don Pedro un hombre que parecía haber reñido con toda cosa que no se relacionara con su industria. Teníala montada siempre con arreglo a los mejores y más modernos inventos. Su sueño era ser el primer fabricante de camas del mundo.

Su sobrina, con todo, ocupaba un lugar no pequeño en su corazón. Habíala tenido en sus brazos, cuando niña; había enjugado sus lágrimas a la muerte de sus padres; y cuidó de ella en su orfandad con un celo, algo rudo quizás, pero de resultados provechosos para la muchacha. El afecto que sentía don Pedro por Inés no tenía nada, justo es decirlo, del amor egoísta, de miras previsoras e interesadas de un tutor hacia su pupila. En la vida de Barreto, consagrada al trabajo, faltaban las sonrisas y las flores. La compañía de su sobrina ponía a su lado la alegría y el encanto. Esto era todo.

Era viejo, y creía remozarse cuando clavaba su mirada debilitada en los ojos, de un fulgor vivísimo y puro, de Inés. Esta era una joven dotada escasamente de prendas físicas; en cambio poseía esas preciosas cualidades morales, que si no seducen, desde luego forman la mujer seria, de ternuras íntimas, capaz de todos los sacrificios, tesoro inagotable de amor. Su rostro tenía una expresión de bondad suma. Sobrábale alma para compensar las faltas de su cuerpo.

En las horas silenciosas del convento, había hecho un estudio profundo de sí misma. Sentía, con una fuerza inmensa, la necesidad de amar y ser amada. Pero no se le ocultaba que el amor nace casi siempre ante el hallazgo de una cara bonita. Ella carecía de esos atractivos repentinos, que hieren el corazón del hombre como un rayo. Era preciso que la trataran; que quien pretendiera ser su marido fuera un sagaz observador.

Nadie entraba en casa de su tío. La gente que iba a hablar con don Pedro quedábase abajo, en las oficinas, y seguramente que conversaría de todo menos de lo que interesaba a Inés. Sólo algunos domingos subía a comer con ellos uno de los empleados de la fábrica, Andrés Suárez, que tampoco profería otras palabras que no se refirieran a la industria de Barreto. Verdad es que, cuando el servicio de la mesa sufría interrupción, en el intervalo de un plato a otro, las miradas de Suárez y de Inés se encontraban, pero sin decirse nada.

No veía Inés en Suárez un mal esposo. Era un muchacho nacido en cuna modesta, pero criado en medio de una familia donde todo sentimiento bueno era cultivado con esmero. Desde niño había sentido Suárez su pecho ocupado por un

ORO ESCONDIDO

Por José de Siles

corazón que palpitaba con todo afecto noble. Ya hombre, la aridez de su trabajo, la terrible lucha por la existencia, sólo vencida por el heroísmo oscuro de la paciencia, no habían arrancado de su alma las hermosas flores de la primera

mientos en la memoria.

La mujer de un hombre así, no podía tener celos ni aún de las sombras del pasado.

Inés se aburría enormemente en casa de su tío. Su voz no tenía

Pidan

"QUILMES CRISTAL"

La mejor cerveza

edad. Podía ser, pues, un excelente marido. No se le había conocido ningún amor pasajero, de esos que brillan y queman un momento, como el paso de un rayo, pero que dejan eternas huellas de remordi-

otra voz con que establecer esos diálogos de gozosas intimidades, para los que el alma parece encontrar palabras nuevas. Casi todo el día estaba sola; cortado momentáneamente su aislamiento por algu-

na criada que entraba en su habitación a pedirle instrucciones caseras, acertada inspiración sobre cualquier faena doméstica, de práctica difícil. Desde su sillita de labor, colocada cerca de la ventana, resolvía la joven los conflictos de la vida del hogar, sometidos a su fallo siempre discreto, siempre atinado, pero traducido en un acento de invencible fastidio.

Muchas veces pensaba, viendo que sus esperanzas de matrimonio caminaban sin llegar nunca a su término, que debía volver al convento. Allí, a lo menos, tenía amigas, distracciones, deberes, tal vez, de penoso cumplimiento, pero que por lo mismo ataban las alas a los sueños mundanos. Bien es verdad que allí no podía tener realidad el fantasma del hombre amado, bajo la vigilancia de inflexibles devotas, entre los gruesos muros que rodeaban los patios, detrás de las celosías, desde donde sólo se veían las nubes, en las estrechas celdas, cerradas a todo lo que no fuese cosa divina.

Inés estimaba, — hay que declararlo, — como el mejor don del cielo, un marido. No quería, sin embargo, ser esposa por vanidad, por afán pecaminoso, por anhelos de libertades mal entendidas. No era para ella el esposo un salvoconducto para la mujer que recorre sola las calles, que asiste al teatro, que concurre al salón, centro deslumbrador de una fiesta. Deceaba, únicamente, amar y ser amada. Pretensión humilde en la apariencia, pero en el fondo de logro difícilísimo.

—Tío, — dijo un día a don Pedro Barreto; — ¿por qué no me lleva usted a los bailes? Amigos tenemos que nos recibirían con placer en sus salones.

El industrial no contestó inmediatamente a su sobrina. Pensó mucho la respuesta. No adivinaba que, entre las vueltas de un vals, se pudiera ultimar ningún negocio.

Antes, las diversiones del llamado gran mundo le exasperaban, ponían en sus labios frases de reproche. Vamos a ver: ¿de qué sirve aquel girar vertiginoso de parejas, durante las cuatro horas mejores de la noche, deslizándose aéreamente los pies sobre la alfombra, bajo un torrente de luz de bujías, de reflejos de lunas venecianas, en medio de un raudal de notas, moviendo los cuerpos en compases de delirio, en marchas de locura? Afortunadamente, en las recepciones hay también, fuera de la sala de baile por donde revolotea con sus alas de mariposa la juventud, deliciosos rincones en que la vejez pasa agradablemente el tiempo. Don Pedro encontró en el whist su salvación. Mientras danzaba Inés, él jugaría. Después de todo, en el juego es posible obtener ganancias aumento de capital; hasta allí puede prolongarse una industria.

Consintió, pues, el viejo, en la petición de la muchacha.

Inés fué presentada en casa de una marquesa de reciente alcurnia, propietaria de inmensas dehesas, de dilatados bosques. En el hotel de esta dama dábanse cita los pollos y señoritos a caza de dote. La música de los violines sonaba a trompeteo de órganos; las flores oían a incienso; los cupidillos de los frescos del techo parecían ángeles. A cada momento se esperaba ver salir un sacerdote echando bendiciones. Era aquello como una sucursal de la Vicaría.

ANÉCDOTA

La mujer de Mirbeau preguntaba un día a Jarry:

—Pero, por Dios, ¿por qué bebe usted tanto?

—¡Para ser fuerte, señora! ¡Fuerte como un toro!

—¿Fuerte como un toro? Y se figura usted que los toros beben ajeno como usted.

—¿No beben ajeno?

—No, señor.

—¿Está usted segura?

—Segurísima.

—Los compadeczo... ¡Pobrecillos!

También allí empezó a aburrirse hasta el bostezo la sobrina del fabricante de camas. Como no se había presentado en forma de una imagen de altar, rodeada de una aureola de riqueza, parecía como excluida de aquella bolsa de matrimonio. No escogió galas para adornar su modestísima persona. Así nadie la sacaba a bailar. Sólo en las cuadrillas era invitada, por cortesía, para llenar un hueco con su figura. Estaba furiosa. El baile había sido su tribunal supremo.

Evidentemente, se hallaba condenada a soltería perpetua.

En esto, presentóse una noche en el hotel Andrés Suárez.

La orquesta tocaba una polca.

—Inés, ¿quiere usted bailar?— dijo Suárez a la sobrina de Bareto.

La joven dijo que sí; que sí dijo también en el vals siguiente, y en la polca que vino luego, y en todos los bailes que formaban el programa.

¡Gracias a Dios! Por lo visto, Inés no era ya la pareja de la cortesía. El amor más tenaz, más invariable, la había ceñido del talle, habíale dicho palabras, de esas que sólo se confían al oído, al son de las armoniosas inspiraciones de Metra.

* * *

El matrimonio de Inés y Suárez se verificó un sábado. No hubo viaje de recreo. El empleado de la fábrica de camas no tenía ahorros para pagar ocho días de hotel.

Al lunes siguiente, a las siete de la mañana, se levantaba el marido arrancándose con la pesadumbre que podréis figuraros, de los brazos de su nueva esposa.

Se disponía a bajar a la oficina de la casa de Bareto. El tío había se opuesto a aquel enlace; pero cedió ante la firmeza férrea de Inés. Estaba decidido, pues, a ser intolérante con su pariente y subordinado.

—¿A dónde vas?— preguntó a Suárez su mujer.

—¡Al trabajo!— respondió él tristemente. — No hay otro remedio. Somos pobres. Y ahora tengo precisión de doblar mis esfuerzos; estoy casado.

—¡Bah! no te apures. Yo nada necesito,— le dijo Inés con acento misterioso y dulce.

—¿Cómo?

—Sí; poseo millón y medio. No quería decirte nada, porque deseaba saber positivamente que era amada. Estoy cierta de ello. Sé que mi maridito me adora. Ahora puedo premiar su sacrificio, sin temor de recoger ingratitud. ¿No es verdad que me perdonas?

Andrés creyó que estaba loca su mujer. Pero, al fin, se convenció de que era una verdad agradabilísima y cierta la revelación de Inés.

Aquella mujer había tenido secreta su fortuna, sin pensar en su valor propio. Pero, ella misma, ¿no era también "oro escondido"?

El agua viva

Dame agua, Señor, el agua viva
con que apague la sed en que me enciendo.
No me sea, Señor, tu fuente esquiva,
que de amor y de sed me estoy muriendo.
Fecunda con el soplo de tu boca
la aridez de estos duros pedernales,
que aunque yo tengo corazón de roca,
si tu mano lo toca,
lo romperá en sonoros manantiales.

¡Acude, Dueño mío:
la roca hiende, el corazón quebranta;
que el agua salte con furioso brio;
que el inmenso caudal de tu ancho río
me inunde la garganta!

¡Cuántas veces, Señor, de las pasiones
los sedientos leones
presa de calentura, con las fauces
socarradas, al sol en mí se alzaron,
y sus tórridas fiebres apagaron
en aguas turbias y en impuros cauces!
¡Cuántas veces por insulas extrañas
caminando al azar, con las entrañas
encendidas y abiertas
y en torpes lazos de furor cautivas,
dejé la fuente de las aguas vivas
por la ponzoña de las aguas muertas!

Hoy, perdido en el yermo y entre abrojos,
hasta le niegan a mi sed ardiente
la humedad de sus lágrimas los ojos;
como secos rastrojos,
ni recuerdan el llanto ni la fuente.

¡Oh lumbres, oh dolor, oh calentura
que el alma y los sentidos me sofoca!
¡Yo me muero, Señor! ¡Ven con presura!
¡Vierte el río de amor y de dulzura
en el horno encendido de mi boca!

Yo eché en la tierra de mi carne el agua
de un cántaro ajeno,
y ardió mi corazón como una fragua,
turbio, triste, sin freno,
de vivas ansias y codicias lleno...
¿Qué valen a mi sed aquellos sorbos
de agua escondida en lóbregas cisternas,
breves al gusto, a la conciencia torvos?
Quiero beber sin tasa y sin estorbos
del eterno caudal de aguas eternas!

Del agua serenísima y delgada,
más que la luz y que la nieve pura,
del corazón divino destilada...
con su dulce frescura
se apagará mi ardiente calentura.

La linfa de este río,
que aun se remansa en huertos castellanos
¿a quién no prestará salud y brío?
¡Dámela tú a beber, oh Dueño mío,
en la cuenca amorosa de tus manos!
que me apague esta sed en que me enciendo.
¡Dadme el agua, Señor, el agua viva!...
¡No me sea jamás tu fuente esquiva,
que de amor y de sed me estoy muriendo!

RICARDO LEON.

PALABRAS DE FE

Dices que tienes los hombros encorvados y los ojos melancólicos, y que sientes morir los ideales, y que no puedes expresar los sentimientos porque presientes que la ráfaga fría de la muerte ha de llevarte, en plena juventud, de la vida de amor y de esperanza.

No sufras ni desesperes, por la vida dolorosa que te brinda la imaginación exaltadora de tus meditaciones; y elévate por tus ideas; y renueva tu vida interior por el evangelio idealista que juraste cumplir con la fe de un cruzado.

Forjarás tu destino por el amor y la belleza, descuartizando los bosques que impiden tu paso, y matarás la hidra del pesimismo que te amilana y tortura.

Siéntete peregrino, siéntete forjador de tu porvenir cercano; y no tiembles ni dudes al enarbolar tu bandera; y marcha sereno a tu siembra meditando en la realidad de la ley que impulsa a la vida hacia el bien, que es la fuente de la verdad y el progreso.

REPOSO

En esa soledad, en que el artifice labra con afán sus piezas y miniaturas, en horas de desaliento, se busca reposo, como el enfermo el alcaloide exaltador que ha de llevarlo a la vida de sus paraísos artificiales.

En el blando refugio es hallada la paz, y se vive en la embriaguez que dan las dulzuras espirituales. Allí no se recuerda el lodo de la vida al indagar las ansiedades del mundo interior y al dar vuelo al albedrío, aunque se tenga un cielo hosco y se viva cual en gris amanecer de invierno.

OSCAR ALBERTO IBAR.



EL ARCA

Por Gabriel D'Annunzio

Apenas oyó el ruido de las muletas, abrió Lucas completamente los ojos turbios y ardientes, que dirigió hacia la puerta, en cuyo umbral iba a aparecer su hermano. Toda su cara, enflaquecida por el padecer, devorada por la calentura, llena de granos rojizos, adquirió en el acto expresión de dureza, casi furibunda. Asió convulsivamente las manos de su madre, gritando con bronca y entrecortada voz:

—Echale, échale. — ¡No quiero verle nunca, nunca! ¿Oyes?

Ahogábasele las palabras en la garganta. Sofocado por un acceso de tos, apretaba nerviosamente las manos de su madre y abríasele la camisa a cada esfuerzo del palpitante pecho. Tenía la boca hinchada y en la barbilla una especie de costra formada por granos secos ya, que a cada esfuerzo se resquebrajaba y echaba sangre.

Su madre procuraba apaciguarlo.

—No, hijo mío; no la verás más. Harás lo que quieras. Le echaré, le echaré. La casa es tuya, hijo; toda tuya. ¿Me entiendes?

El le tosía en la cara.

—¡Ahora, en seguida! — repetía con feroz insistencia, incorporándose en la cama, empujando a su madre hacia la puerta.

—Sí, hijo mío; en seguida.

Daniel se presentó en la puerta, sostenido por las muletas. Era un desdichado con una cabeza muy grande y muy pesada. Tenía el pelo tan rubio, que parecía blanco. Los ojos eran de dulce mirar, como de cordero, azules, con pestañas de color claro.

Entró sin decir nada, porque la parálisis le había quitado el habla. Pero vió los ojos de su hermano fijos en él con cruel energía y se detuvo en mitad del cuarto, apoyado en las muletas, perplejos, sin atreverse a dar un paso. Le temblaba visiblemente la pierna derecha, corta y torcida.

Lucas le dijo a su madre:

—¿Qué viene a hacer aquí el tullido ese? Echale! Quiero que le echés. ¿Oyes? ¡En seguida!

Comprendió Daniel y miró a su madrastra, que se levantaba ya. Le dirigió tan suplicante mirada, que no se atrevió ella a hacerle nada. Y entonces, sujetando una de las muletas, hizo con la mano libre un ademán de desesperación y dirigió hambrienta ojeada al arca del pan, que estaba en un rincón. Aquella mirada decía: "Tengo hambre".

—No, no. No le des nada — empezó a chillar Lucas agitando en la cama e imponiendo a la mujer el capricho de su odio. ¡Nada! ¡Echale fuera!

Daniel dejaba caer la cabezota sobre el pecho. Temblaba y tenía los ojos llenos de lágrimas. Cuando su madrastra le puso una mano en el hombro y le empujó hacia la puerta, rompió en sollozos, pero se dejó llevar.

Oyó en seguida cerrar la puerta y quedóse en la meseta.

Lucas le dijo a su madre con rabioso acento:

—¿Lo oyes? Lo hace adrede para ponerme peor.

El sollozo del hermano continuaba, entrecortado de cuando en cuando por extraño gruñido, triste como el estertor de una bestia de carga moribunda.

—¿No lo oyes? Anda y échale escaleras abajo!

La mujer se levantó de un brinco, corrió a la puerta y se fué sobre el mudo, levantando las áspe-

ras manos, acostumbradas al golpe y al castigo.

Lucas, apoyado en los codos, decía:

—¡Más, más!

Callóse Daniel, golpeado. Bajó a la calle ahogando el llanto. Tenía hambre, porque llevaba dos días casi, sin comer. Costábale trabajo el arrastrar las muletas.

Pasó una turba de granujas corriendo detrás de una cometa que se elevaba cabeceando.

Unos tropezaron con él, diciéndole:

—¡Eh, tullido!

Otros le escarnecían, gritando:

—¡Corre, caballo!

Otros, aludiendo a la cabezota, le preguntaban con mofa:

Dos perros iban detrás del hombre, levantando el hocico y meneando el rabo.

Daniel temió desfallecer de inacción y pensaba:

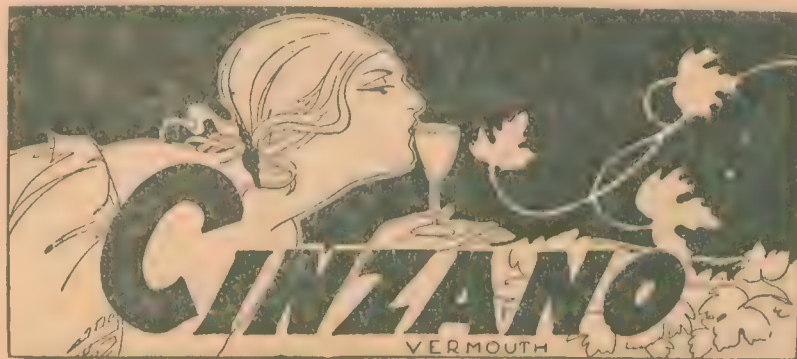
—Tendré que pedir limosna, sino me moriré de hambre.

Caía lentamente el crepúsculo. Cruzaban por el cielo diáfano multitud de cometas que se balanceaban, bajando ya hacia el suelo. Las campanas esparcían por la atmósfera profundo y continuo zumbido.

Daniel decidió irse a la puerta de la iglesia.

Y allá se fué, casi a rastras.

La iglesia estaba abierta. En el fondo, el altar mayor, iluminado por temblorosas lucecillas, parecía una constelación. La puerta dejaba



—¿A cómo la libra de sesos, tullido?

Otro, más cruel, le hizo caer la muleta y salió corriendo. El mudo se tambaleó, cogió después trabajosamente la muleta y echó a andar. Gritos y risas de chiquillos se perdieron en el río. La cometa, semejante a un ave de país fabuloso, se elevaba en el cielo suavemente sonrosado. En el muelle cantaba a coro grupo de soldados. Era pasada la Pascual y hacía buen tiempo.

Daniel, que sentía en las entrañas los mordiscos del hambre, dijo para sí:

—Voy a pedir limosna.

El horno del panadero impregnaba el aura primaveral de grato olor a pan reciente. Pasó un hombre vestido de blanco con una tabla en la cabeza, en la cual había hileras de dorados panes, humeantes aún.

pasar débil perfume de incienso y de benjuí. De cuando en cuando vertía el órgano torrentes de notas.

Daniel sintió humedecerse los ojos con nuevas lágrimas y pronunció con el corazón esta ferviente plegaria:

—Señor, Dios mío, auxiliadme!

Lanzó un acorde el órgano, que hizo vibrar como un instrumento los pilares; después, alegres notas claras. Resonó la voz de los sochantres. Devotos y devotas, de dos en dos o tres en tres, entraban por la única puerta. Daniel aún no se atrevía a tender la mano.

Cerca de él, empezó a gemir un mendigo:

—¡Una limosna, por Dios!

Avergonzóse el mudo entonces.

Vió a su madrastra entrar en la iglesia muy arropada en un man-

to negro. Y pensó:

Y si yo me fuera a casa, ahora que no está la madrastra?

Tan imperioso era el tormento del hambre, que no esperó más. Iba que volaba con sus muletas, en demanda del pan. Al pasar, le dijo una mujercilla, riéndose:

—Vas a ganar el primer premio de carrera, tullido.

En un periquete llegó a casa, jadeante, palpitante. Subió la escalera con sigilo, tomando grandes precauciones. Buscó a tientas la llave en un hueco de la pared, donde solía dejarla su madrastra cuando salía. Dió con ella y antes de abrir miró por la cerradura. Lucas parecía que dormía en la cama.

Daniel pensó:

—Si pudiera coger pan sin despertarle!

Dió vuelta a la llave, despacito, conteniendo el aliento, temiendo despertar a su hermano con los latidos de su corazón. Aquellos latidos le parecían que llenaban la casa con ensordecedor estrépito.

—¿Y si se despierta? — pensaba Daniel temblando hasta los tuétanos, cuando se abrió la puerta.

Pero el hambre le hacía audaz. Entró, moviendo cuidadosamente las muletas, sin dejar de mirar a su hermano.

—¿Y si se despierta?

El hermano, tumbado boca arriba, respiraba al dormir, penosamente. De cuando en cuando le brotaba de los labios ligero silbido. La única vela que había encendida en una mesa, proyectaba en la pared largas sombras movilizas.

Llegado junto al arca, paróse Daniel para vencer el miedo. Miró al durmiente, y después, sujetando con los sobacos ambas muletas, trató de levantar la tapa. El arca dió un crujido seco.

Lucas abrió los ojos sobresaltado, vió lo que hacía su hermano y empezó a darle voces, moviendo los brazos como energúmeno:

—¡Ladrón, ladrón! ¡Socorro!

Pero el furor le ahogaba. Y mientras su hermano, encorvado encima del arca, cegado por la gazuza, buscaba con trémulas manos un pedazo de pan, saltó de la cama y se arrojó sobre él para impedirle que lo sacara.

—¡Ladrón, ladrón! — gritaba enfurecido.

Bajó furiosamente la tapa, cogiendo el cuello a Daniel, que se agitaba desesperadamente, como víctima cogida en el lazo. Pero Lucas inutilizaba los esfuerzos del cautivo; había perdido la conciencia de lo que hacía y se echaba con todo su peso encima de la tapa, como para degollar a su hermano. Crujía la tapa, penetraba en la carne viva, aplastaba los vasos del cuello, trituraba venas y nervios, tanto que al fin colgó un cuerpo inerte fuera del arca, cuerpo que no daba la menor señal de vida.

Entonces, al ver al tullido asesinado, loco pavor invadió el alma del fratricida.

Atravesó dos o tres veces, tambaleándose, el cuarto, que llenaba de espantos la luz de la vela, cogió a puñados las mantas, se las echó encima, se envolvió en ellas de pies a cabeza, se tapó hasta la cara y se ocultó después debajo de la cama. En medio del silencio rechina su dentadura como la lima mordiendo el acero.

ANÉCDOTA

Viéndose a solas en su cuarto el general Mansfield con un boticario que en una conjura contra el ilustre caudillo se había comprometido a propinarle un veneno, le dijo:

Amigo, apenas creo que un hombre a quien jamás hice mal, quiera quitarme la vida.

Y entregándole una bolsa llena de dinero, añadió:

—Pero si la necesidad te ha hecho aceptar el oficio de asesino, toma para que puedas vivir como hombre honrado.

La obsesión de Nicolás Cassillis eran las perlas; las tenía en la sangre, lo mismo que otros hombres tienen en sus venas el instinto del juego o de las mujeres, pero con la diferencia de que, en este caso, el vicio constituía para su víctima una fuente constante de ganancias. Al abandonar el colegio, la pasión de las gemas lo atrajo con una fuerza magnética hacia Hatton Garden. Allí, con las enseñanzas que recibiera de un anciano judío, desarrolló su pasión por las orientales piedras preciosas.

A los treinta y cinco años era un reconocido perito. Los hombres acudían a él como los discípulos a Sócrates. Los expertos citaban su nombre en catálogos y libros de texto. Los turistas norteamericanos venían humildemente a visitarlo y aceptaban cualquier opinión suya con menos reservas que la doctrina de Monroe.

Pero a los treinta y cinco años, Cassillis no era feliz. A pesar de su suntuosa mansión de Saint James, de sus lujosos automóviles y de su gran reputación, vivía descontento. La existencia resultaba harto monótona, demasiado tranquila y segura. Además, gracias a su escepticismo, había escapado hasta entonces con éxito de los lazos del matrimonio.

Era un día gris de noviembre. El veloz ascensor lo dejó en el umbral de sus oficinas. Pasando por una puerta privada, penetró en una habitación que hubiera dado envidia al más rico de los millonarios. Las paredes, revestidas de rico mármol vetado, estaban iluminadas suavemente por tubos eléctricos invisibles; una magnífica alfombra de Khorassan acallaba las pisadas. Todo acusaba un lujo suntuoso.

Después de quitarse sin prisa su sombrero y su sobretodo, Cassillis tomó de su mesa una carta escrita a máquina y la leyó de pie. Frunció levemente el ceño, aunque sin perder su calma habitual. Terminada la lectura, sentóse ante su escritorio y se puso a revolver unos papeles que yacían en desorden. Sonó de pronto una campanilla oculta. Su mano se apoderó maquinalmente del aparato telefónico.

—¡Hola! — dijo con tono distraído; luego, denotando cierta sorpresa. — ¿Quién dice usted? ¿Una señora?... No he dado cita a nadie... ¿Cómo?... No... Tráigame la tarjeta.

Cuando entró el secretario con la cartulina, Cassillis la examinó detenidamente.

—Señora de Van Raalte Burmester...

Burmester... Una cuerda de su memoria, vibrando delicadamente, le dejó pensativo y perplejo. Hizo señas de que se hiciera pasar a la visitante.

No bien ésta hubo traspuesto el umbral, Cassillis la identificó. Hacía sólo dos días que se había sentido subyugado por un retrato que había visto en las páginas de "The World"... Recordaba perfectamente las palabras leídas al pie de la fotografía: "Señora de Van Raalte Burmester, una de las más encumbradas damas de la sociedad norteamericana, esposa de mister Richard Van Burmester, el Presidente de la Compañía Consolidada de Petróleo y mundialmente renombrada por su magnífica colección de perlas".

Atraído por la belleza de sus facciones, Cassillis se había interesado aun más por la información que acompañaba al retrato.

Las perlas del maharajá

Por Morgan Johnson

Se puso de pie, en tanto que la recién llegada, murmurando palabras de cortesía, se hundía en un mullido sillón de cuero. Los ojos de Cassillis posáronse en seguida en el valioso abrigo de cibelina que cubría a la atrayente dama y su "tailleur" de "kasha" verde, su original sombrero del mismo color y sus delicados zapatitos de cuero de Rusia, formaban un conjunto encantador de indumentaria.

Los ojos de la visitante, dos ojos profundos circundados de azul, se

—He oído hablar de usted, señor Cassillis, por espacio de varios años. Las perlas constituyen mi mayor pasión, y he venido esta mañana a solicitar su ayuda.

Cassillis se sentó.

—Estoy a sus órdenes, señora, — repuso galantemente.

Ella le dió las gracias con los ojos y añadió, algo temblorosa:

—Se trata de las perlas de Pasawan.

Un hombre de menos dominio que Cassillis habría lanzado una

su escritorio?

—Tengo entendido — prosiguió la señora de Burmester — que usted acaba de comprarlas en París.

El rostro de Cassillis manteníase impassible. Pero en su fuero interno sentíase sumamente intrigado.

—¡No me diga que no es cierto!... ¡Me lo ha asegurado lady Talbot!

¡Ah! ¡Con que era ese el misterio!... ¡Lady Talbot!... Recordaba una escena en casa de la aristócrata londinense, cuando en un momento de expansión, imperdonable, le había confesado el secreto de su reciente adquisición. En seguida le embargó la idea de que había cometido una indiscreción... ¡Y he aquí el resultado!

Pero en ese instante la señora de Burmester profirió una leve exclamación de contrariedad.

—¡Oh, qué tonta soy!... ¡Me había olvidado de entregarle la carta de Leontina!...

Revolvió nerviosamente el contenido de su cartera y, por fin, extrajo un sobre. La carta, escrita en papel perfumado, con una corona impresa en el ángulo, estaba dirigida a él. La leyó en silencio.

"Estimado señor Cassillis: ¿Podría usted perdonarme? En un momento de ofuscación he revelado su secreto a Margarita Burmester. Mi amiga está sencillamente loca por las perlas de Pasawan y dice que tiene que conseguir las a todo trance. Posee, como probablemente lo sabrá usted, una maravillosa colección en Norte América.

"¿Cuándo vendrá a visitarme otra vez? Le esperaré el jueves próximo, como prueba de que estoy perdonada. Sinceramente. — Leontina Talbot".

Cassillis sentíase algo molesto. No era cosa muy corriente el recibir una carta de una condesa suplicándole perdón; pero la posición que había conquistado en la sociedad inglesa le autorizaba, en su concepto, a ciertas ambiciones.

Con rápido ademán, oprimió el resorte del cajoncito secreto. Abrió con negligencia el estuche forrado de terciopelo.

—¡Aquí están las perlas de Pasawan!

Impetuosa, vibrante, la señora Van Raalte Burmester se puso de pie.

—¡Oh!... — exclamó extasiada. — ¡Qué hermosas!

Se acercó, con los ojos húmedos de emoción. En su entusiasmo, Cassillis reconoció una apreciación del valor de las gemas, que no distaba mucho de la suya. Con los labios entreabiertos y las delicadas mejillas ligeramente arboladas, parecía aún más bella. Su perfume envolvía deliciosamente al coleccionista millonario.

—¡Soberbias!... — añadió suspirando. — ¡Cómo brillan!... ¡Oh, señor Cassillis, tiene que venderme!... ¿Cuánto pide por ellas?

—Treinta mil libras esterlinas. Quedóse un instante pensativa, presa de indecible emoción. De pronto, elevando hacia él sus ojos fulgurantes de júbilo, murmuró:

—Por favor... guárdelas... Tengo que meditarlo.

Volvió a su sillón y quedóse inmóvil, con el mentón oculto entre las manos. En tal actitud, acrecentábase su belleza a los ojos subyugados de su interlocutor.

—Señor Cassillis — dijo por fin: — voy a hacerle una confidencia. Mi marido es un hombre rico. Pero tiene sus ideas respecto a lo que

HUELGA LA PREGUNTA



EL OFICIAL.—Oiga, maestro, una pequeña duda: ¿vino se pone con b o con v?

EL MAESTRO.—¡Vamos, hombre! ¡Demasiado sabes tú que en esta taberna se pone con agua!

elevaron hacia el millonario y éste reconoció mentalmente que el original de la fotografía vista dos días antes no le defraudaba en lo más mínimo.

—¿A qué circunstancia debo el honor de tan agradable visita? — preguntó, adoptando una actitud de discreto admirador.

exclamación de sorpresa. Su memoria, empero, comenzó a trabajar velozmente. ¿Cómo se había enterado esta señora de su secreta adquisición del famoso collar, cuya compra había tratado reservadamente con el maharajá de Pasawan y que yacía, en su estuche de terciopelo, oculto en un cajón de

Historieta judía

Blum encuentra a Lévy.

—Parece que estás contento esta mañana, Lévy. ¿Qué ocurre?

Lévy se frota las manos.

—Sí, estoy satisfecho. Fíjate: acabo de asegurar mis bienes a la vez contra el incendio y el granizo.

—El incendio, lo comprendo... pero el granizo, ¿cómo te vas a arreglar para hacerlo caer?

él llama mis excentricidades. Antes de que viniéramos a Europa, fijó un límite para mis gastos, y ese límite ya ha sido excedido. El precio que usted fija es razonable; pero, después de comprar el crucifijo de Ruffini, en Milán, el mes pasado, declaró solemnemente que esa habría de ser mi última compra de perlas, y estoy segura de que no cederá.

—¡La cruz de Ruffini!... — exclamó Cassillis asombrado. — ¿Usted la ha comprado?

Ella sonrió, como si reviviera la emocionante compra.

—¡Oh, qué diez días pasé!... — dijo suspirando. — Pero le aseguro que valía la pena... ¿Estaba usted interesado?

—Sí, en efecto — reconoció Cassillis. — Y deploro mucho que esa joya vaya a parar a América.

—¿Le gustaría verla? — preguntó ella de pronto. — Mañana mismo la sacaré del banco. Es perfecta y preciosa, si es que a usted le agradan las perlas rosadas...

—Son las que prefiero. ¿Está usted dispuesta a vender el crucifijo?

—Tal vez... pero soy muy egoísta. Sin embargo, podría pensarlo, siempre que usted, a su vez, estuviera dispuesto a ayudarme con las perlas de Pasawan...

—¿Ayudarla? — preguntó Cassillis sorprendido. — ¿Cómo?

—En esta forma — respondió la señora de Burmester después de vacilar un poco. — El solo hecho de mencionar la palabra "perlas", constituye un fastidio para mi marido. Pero, sin embargo, es un hombre razonable y estoy convencida de que si viera las perlas de Pasawan, podría llegar a persuadirle. ¿Quiere usted que probemos?... Como un favor hacia mí, tendría inconveniente en ir a casa a enseñarle las perlas?

Cassillis reflexionó sobre la situación. Aquella mujer le intrigaba. No era, indudablemente, compatible con su dignidad el someter sus joyas a la aprobación de nadie. Eso era cosa del pasado ya lejano; ahora estaba acostumbrado a que la gente viniera a buscarlo a él. Pero, por otra parte, hubiera dado la mitad de su fortuna por obtener el crucifijo de Ruffini... Ella le miró fijamente por breves instantes, suspiró y se irguió:

—Comprendo que es mucho pedir — murmuró apesadumbrada. — Usted no es un simple negociante; es un perito internacional... ¡Perdóneme si he procedido con demasiada ligereza!

Esta resignación fué el factor que lo decidió.

—No entra en mi costumbre, señora; pero por favorecerla a usted, haré lo que me pide.

La forma en que brillaron los ojos de la señora Burmester, lo sobresaltó; era como un rayo de sol después de una tormenta.

—¡Oh!... — exclamó... — Es usted amabilísimo... Leontina me lo decía... Y... — suspiró profundamente — le cederé el crucifijo, si ese es su deseo...

Aguardándoles en Hatton Garden, se hallaba un lujoso "coupé-de-ville". En la portezuela tenía grabada una corona conda. Respondiendo a la mirada indagatoria de Cassillis, la joven señora se apresuró a explicar:

—Estaba apurada, y Leontina me prestó su coche.

Los almohadones de seda eran una revelación de blandura y de

confort. La señora de Burmester se apelotonó a su lado; el brazo de ella rozaba con el suyo, en un delicioso e íntimo contacto. Cassillis sentíase encantado; comenzaba a saborear las delicias de una suave e inesperada aventura.

—Grosvenor Square, Hunt — ordenó al chofer. — Ligerito, por favor...

Consultó su diminuto reloj pulsera.

—Ricardo estará en su estudio — explicó a Cassillis, agregando, con

te — la tranquilizó, sonriendo, el perito.

—¿Y no tiene miedo de perderlo? Cassillis meneó la cabeza.

—¿No estaría más seguro en su bolsillo? — insistió la joven.

—Las joyas no descansan bien en los bolsillos. Es la mejor forma de perderlas.

El coche siguió por Grosvenor Square y se detuvo delante de una casa con una espaciosa escalinata blanca al frente. Cassillis anotó mentalmente el número, que era se-



un ligero mohín: — está escribiendo un libro insoportable sobre los recursos petrolíferos del mundo...

El coche se deslizaba delicadamente por Holborn, y entró en seguida en Covent Garden. Cassillis, con el estuche sobre las rodillas, escuchaba divertido la incesante y rápida charla de la señora de Burmester. Hubo un momento en que los ojos de ella se posaron, con expresión infantil, sobre el estuche de terciopelo.

—¿Está asegurado? — preguntó con curiosidad.

—Sí; en una suma bastante fuer-

senta y cuatro. Cuando empezaron a subir, un sirviente, vestido de negro, les abrió la puerta. La señora de Burmester, al pasar, le habló presurosamente en voz baja, sin que Cassillis lograra percibir lo que decía. Ella lo condujo entonces por un largo corredor alfombrado, hasta una pieza cuya puerta estaba abierta.

Era una habitación llena de luz y lujosamente amueblada. La señora de Burmester, con los ojos brillantes, le señaló una silla. Parecía a Cassillis que su cliente se hallaba un tanto afligida y nervio-

sa, lo que en su opinión, debía atribuirse a su perspectiva de discusión con su obstinado esposo.

—Tendré que dejarle a usted por unos instantes — dijo sonriendo. — Voy a ver si Ricardo...

Con otro gracioso mohín, le sonrió de nuevo y desapareció. Cassillis, sentándose en un diván, colocó el precioso estuche sobre un escritorio, al alcance de su mano. A los pocos instantes, regresó la joven, un poco excitada. Cassillis se puso de pie.

—Gruñón como siempre... pero creo que al fin accederá, — anunció con cierta vivacidad. — Oh, señor Cassillis, tiene usted que vencerlo!

El le dirigió una elocuente mirada, mientras, en silencio, aguardaban la aparición del magnate del petróleo, mister Richard Van Raalte Burmester.

En ese instante psicológico, ocurrió algo inusitado. Sintiendo un leve contacto en una muñeca, el señor Cassillis miró curiosamente en derredor, y vio parado junto a él a un desconocido. Era un hombre joven, alto, fornido, que vestía un delantal blanco, como los que usan los médicos en los consultorios. Su expresión era bondadosa, amable, pero, al mismo tiempo, firme.

Decir que Cassillis estaba sorprendido, no es la palabra. Y, en seguida, para aumentar su sorpresa hasta convertirla en una sensación vaga e indefinible de alarma, se presentó de improviso un nuevo factor, en la forma de otro hombre, que apareció tan silenciosa y mágicamente como el primero. El recién llegado se situó al lado de Cassillis y le miró con expresión de pena. A su vez, el millonario miró a la señora de Burmester; le parecía que la joven asumía una actitud rara y anormal.

—¿Qué significa esto?... — preguntó con voz dura.

No recibió una respuesta inmediata; los dos hombres parecían esfinges. Fué la señora de Burmester la que contestó por fin, con voz dulce y persuasiva, algo que lo asombró:

—No te enojés, querido... ¡Lo hacemos por tu bien!...

Sin dar crédito a sus oídos, Cassillis, tratando de dominarse, se volvió hacia uno de los hombres que tenía a su lado.

—¿Saben ustedes, acaso, quién soy yo? — inquirió con voz autoritaria y severa.

El interpelado miró primero a Cassillis y luego a la señora de Burmester; un cambio de miradas furtivas y significativas.

Y Cassillis, sintiéndose presa de furor.

—Pero... ¿qué?... — rugió; y se interrumpió súbitamente, herido por una repentina sospecha; dió un paso hacia adelante. — ¡Mi estuche!

Dos manos le aferraron las muñecas y le impidieron todo movimiento. Quedóse quieto, con los ojos llameantes. Entonces, la señora de Burmester se levantó y se apoderó del estuche de terciopelo dejado sobre la pequeña mesa escritorio.

—¡Oh, querido, ten valor!... Ve con estos dos señores. ¡No te harán ningún daño!

Su semblante era compungido y parecía a punto de romper en sollozos. Luego, inclinándose ligeramente hacia adelante, besó a Cassillis amorosamente.

—¡Dios mío! — gimió Cassillis estupefacto. — ¡Debo estar loco!

UNIDAD

Con el mismo cuidado que a mis flores más bellas cultivo la gavilla virtual de mis defectos; eslabones oscuros que conservan cerrada la cadena bendita que me tiene en el puerto...

Oh, defectos que alientan y que gritan... ¡y exigen! yo los dejo extenderse... yo los hago vivir... y alimento su llama por temor al mal día en que el alma, engañada, los condene a morir...!

Vigilantes celosos de mis alas intactas; cancerberos invictos de mi templo interior; por ellos viven todas mis fuerzas naturales y es siempre intenso el rojo color del corazón...

Jamás quise podarlos y así "soy" plenamente; no me humilla lo basto de su rusticidad... En mi polvo la vida no disipa esperanzas; a todas sus simientes fecundo por igual...

¡Oh, mis defectos libres: factor indispensable para cumplir fielmente los designios de Dios... con ellos vibran todas las cuerdas de mi alma ¡no quiero mutilarme por matar una voz...!

ALICIA PORRO FREIRE.

Casi sin oponer resistencia se dejó conducir a través de una puerta disimulada por los pesados cortinajes. Al desaparecer, llevóse consigo la visión insospechada de la señora de Burmester, llorando desconsoladamente sobre una poltrona.

Scotland Yard es un raro descubridor de misterios. Cuando, cuatro horas más tarde, Cassillis se despedía del inspector Logan, había ya perdido un noventa por ciento de su dignidad. ¡Pensar que él, el famoso perito de Hatton Garden, se había dejado despojar del famoso collar de Pasawan...! Herido profundamente en su orgullo, se dirigió a su club del West End y trató de encontrar un lenitivo en una fuerte dosis de cognac.

Por espacio de varios minutos, después de la partida de Cassillis, el inspector Logan quedóse sentado ante su escritorio, pensativo, con el ceño fruncido y mirando un estuche vacío que tenía sobre la mesa. Por último, como si una luz de triunfo se hubiera hecho en su cerebro, dejó caer violentamente el puño cerrado sobre la mesa.

—¡Apostaría cualquier cosa a que se trata de Penélope!

Oprimió un botón de llamada y solicitó la presencia del detective Saladen.

—¿Algún nuevo asunto? — preguntó el detective, una vez en el despacho.

El inspector Logan dejó caer la pluma y se volvió en su sillón giratorio.

—¿Sabe usted dónde se encuentra Penélope? — preguntóle bruscamente.

—¿Penélope? — repitió lentamente el detective. — Creo que sí. Hace seis meses operaba en Nueva York. ¡Es una ardilla!... ¿En qué asunto se halla envuelta ahora?

—Un robo de perlas.

—No me extraña. Es su juego preferido...

—Pues queda usted encargado de buscarle — dijo el inspector, tendiéndole un papel escrito. — Aquí tiene todos los detalles del caso.

Dos días después, respondiendo a una invitación telefónica, Cassillis, suave, impecable en su seriedad y otra vez en posesión de su habitual aplomo, presentóse al Departamento de Policía.

—¿La han arrestado? — fué su primera pregunta.

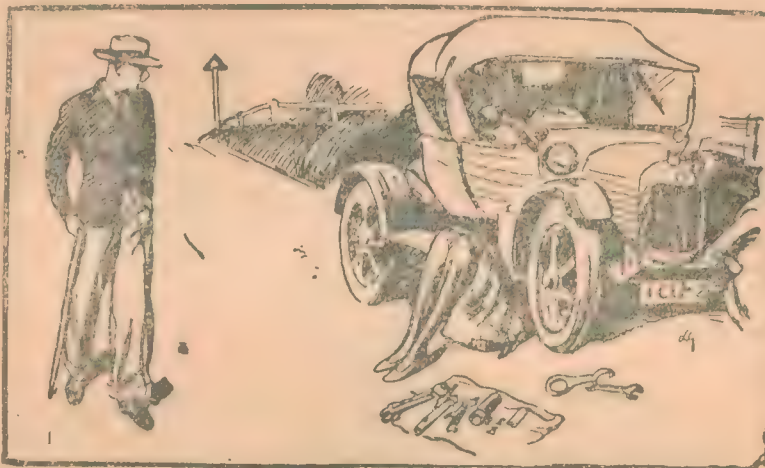
—Temo que no — confesó el inspector Logan. — Veamos su informe, Saladen.

—He seguido a la Penélope hasta Amsterdam — comenzó Saladen; — pero me aventajó en doce horas. Como de costumbre, ha tomado sus precauciones. Me dejó el paso expedito para que pudiese registrar sus habitaciones en el hotel; pero no he podido encontrar absolutamente ningún indicio sobre su paradero. Probablemente, a la hora de posesionarse de las perlas del señor Cassillis, éstas se encontraban ya en viaje a través de la mitad de las capitales del mundo. Conozco a la Penélope; su táctica es no dejar ningún cabo suelto, y hace sus cosas con gran precisión.

—Bien, — añadió el inspector Logan. — Ya ha oído usted el informe de Saladen, señor Cassillis. Pero no desespere. Hace cinco años que persigue a la Penélope y estoy seguro de que, tarde o temprano, caerá en sus manos. Mientras tanto, no hay más remedio que esperar. La Penélope es la ladrona de joyas más hábil del mundo. Ha he-

cho, en su vida profesional, más saqueos que hojas tiene un libro, y sin embargo no podemos jactarnos de poseer siquiera sus impresiones digitales. Hace tres meses que vino de Norte América, y en seguida consiguió emplearse como doncella en casa de la condesa de Talbot. Artista hasta la médula, se avocó a

la historia que le contó a usted tenía mucho de verdad. Una vez enterada de que las perlas estaban en poder de usted, le fué fácil interceptar una carta de lady Talbot, dirigida a la verdadera señora de Burmester; y, finalmente, consiguió que un cómplice suyo se hi-



—Ahora que tantas mujeres se han dedicado a guiar automóviles, los caminos están, a veces, sumamente interesantes.

su tarea con singular pericia; nos ha costado gran trabajo convencer a lady Talbot de la verdadera identidad de su sirvienta.

Debe haberse enterado de la existencia de las perlas de Pasawan, por haber escuchado alguna conversación entre lady Talbot y su amiga, la señora de Van Raalte Burmester. La Penélope es una mujer muy lista y hasta cierto punto

ciera cargo, como chofer, del coche de la condesa.

El ardid del asilo privado es bastante común en los Estados Unidos, pero aquí es una novedad. Su decisión de conducir a un sanatorio a su marido, que presentaba caracteres anormales, para hacerlo examinar por los facultativos psiquiatras, era bastante razonable y verosímil. La orden de urgencia que

Arte, ciencia y religión

La síntesis espiritual de un país es su arte.

Pudiera decirse que el espíritu territorial es la médula, la religión el cerebro, el espíritu guerrero el corazón, el espíritu jurídico la musculatura y el espíritu artístico como una red nerviosa que todo lo enlaza y lo unifica y lo mueve.

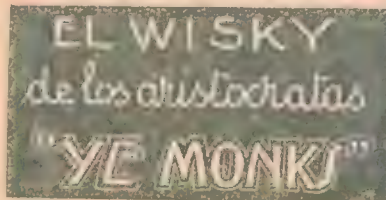
Suele pensarse que la religión es superior al arte y que el arte es superior a la ciencia, considerando sólo la elevación del objeto hacia el cual tiende; pero vistos desde el punto de vista en que yo me coloco, como fuerzas constituyentes del alma del país, la superioridad depende del carácter de cada país.

En el fondo, ciencia, arte y religión son una misma cosa: la ciencia interpreta la realidad mediante fórmulas, el arte mediante imágenes y la religión mediante símbolos; y rara es la obra humana en que se encuentra una interpretación pura.

La ciencia se vale de hipótesis, que no son otra cosa que imágenes utilizadas para cubrir los huecos que no se pueden llenar con fórmulas; el arte propende al simbolismo, y en algunos casos se transforma en religión (y en los períodos de decadencia en ciencia arbitraria, fantástica, caprichosa y hasta documental), y la religión se sirve por necesidad del arte y de la ciencia para humanizar sus símbolos.

La diferencia real está en el sujeto: según la aptitud espiritual predominante en cada individuo, el mundo se muestra en una u otra forma, y todos ellos, bajo distintos aspectos y con diversa energía, producen el mismo resultado útil: la dignificación del hombre.

ANGEL GANIVET.



presentó a los médicos alienistas estaba hábilmente fraguada; y depositó a cuenta de honorarios, doscientas guineas, para inspirar mayor confianza.

Por lo que he podido averiguar del director del sanatorio, la Penélope estaba bien posesionada en su papel cuando representaba a la desconsolada aristócrata, aterrizada ante la idea del escándalo. Lo demás, para una dama bella y fina como ella, resultó relativamente fácil. Teniéndole a usted atrapado, era un inocente juego de niños sustraer las perlas de su estuche. Y, naturalmente, cuando más violento se ponía usted, más se convencían los médicos de que estaban tratando con un demente.

—¡Ese médico alienista — declaró Cassillis, con acento de rencor, — es un gran imbécil...!

Saladen suspiró lánguidamente.

Y fué entonces cuando acudió otra idea al cerebro de Cassillis.

—¿Cómo me explican ustedes, entonces — indago — el asunto del retrato que se publicó en "The World"?

Sin contestar, el inspector Logan tomó un diario de su escritorio: Era "The World"; y el inspector al entregárselo a Cassillis, le indicó un párrafo.

"Mucho lamentamos el error que se ha deslizado en nuestra edición del miércoles último — leyó Cassillis, asombrado, — en la cual, equivocadamente, atribuimos una fotografía, que no era la suya, a la conocida aristócrata norteamericana señora Margarita Van Raalte Burmester".

Saladen volvió a suspirar.

—¡Penélope!... murmuró. — Es la primera fotografía suya que veo en los últimos cinco años.

Un colono alemán descubre una tribu de pigmeos

Según informaciones de Melbourne, un colono alemán llamado Eidelberg, que había emprendido la tarea de remontar el curso del río Samú a través de regiones aun inexploradas, ha descubierto a cerca de doscientos kilómetros de toda civilización un pueblo habitado por una tribu de pigmeos.

Los hombrecitos, el mayor de los cuales no tiene cuatro pies y medio de altura, son de piel blanca y viven en medio de pantanos, en una especie de ciudad lacustre, construida de chozas con tierra y cañas. Se alimentan con la caza y la pesca, aunque sus armas son de lo más rudimentarias: arcos y flechas.

Después de haber manifestado un gran espanto a la vista de los hombres normales, que les parecieron gigantes, se mostraron conciliadores y hospitalarios.

El combate de Trafalgar

LA MUERTE DE NELSON

(El día 21 del corriente se han cumplido ciento veintiséis años de aquella acción naval la más formidable que registra la historia y en la que la suerte de las armas consolidó el poder marítimo de Inglaterra. Con tal motivo creemos oportuno reproducir el siguiente fragmento, tomado del interesante libro "TRAFALGAR", obra debida a la pluma del teniente de navío de la armada argentina, César A. Silveyra.)

Nelson ha dado orden de que en las cofas de sus buques no se haga uso del fuego de mosquetería; y la razón es obvia: una descarga mal dirigida basta para determinar un incendio, que encuentra rápido incremento en la madera y cabullería de la arboladura. En el *Redoutable*, al contrario, las cofas están atestadas de fusileros que barren la cubierta del *Victory*. De 110 hombres que este buque poseía antes de entrar en acción, apenas quedan 20 para servir las piezas. La primera batería es un insaciable tragadero de muertos y heridos.

En medio de esta carnicería, pisando charcos de sangre, cubriendo su pecho las condecoraciones ganadas en inmortales lides, Nelson, acompañado de Hardy, se pasea por el alcázar. De repente ¡fatal momento para Inglaterra!, el almirante palidece, tambalea y cae. Una bala anónima y brutal salida de la cofa del *Redoutable*, le ha atravesado la pala de la charretera izquierda y se ha alojado en la espina dorsal.

Hardy, que no se ha apercibido del suceso porque su mirada está fija hacia popa, se da cuenta de lo que ocurre y más lívido que Nelson mismo: "Espero milord — le dice con angustia — que no estaréis herido de peligro!". "Han terminado conmigo, Hardy — le responde el almirante, — tengo la espina dorsal atravesada".

El sargento Seeker y dos marineros levantan entonces enmudecidos aquella preciosa carga, y silenciosos, con ese silencio propio de las grandes consternaciones, descienden paso a paso por la escala como si llevaran consigo la esflinje de la patria muerta...

El reloj de la historia marca en ese momento la 1 y 25 p. m.

La brisa siempre débil y traicionera sólo ha podido traer al campo de la vanguardia a cinco navíos de la columna de Nelson, que llegan ¡ay! sin saber que en un oscuro rincón del entrepuente del *Victory*, en medio de una muchedumbre de heridos, respirando un aire mefítico, se encuentra agonizante el jefe querido, el amigo de todos los momentos!...

El *Redoutable*, más rabioso que nunca, clava sus abordajes en el *Victory* para que no se le escape. La cubierta de este último buque se encuentra desierta. El fuego que desde sus cofas hace el navío francés, ha producido este resultado.

El *Redoutable* es un navío de dos puentes; el *Victory*, de tres. Sobre la borda del primero queda aún una alta muralla que escalar, y el abordaje, ese abordaje con que el francés sueña, no puede producirse sin vencer grandes dificultades.

Pero la palabra imposible no ha sido inventada por el bravo Lucas. Inmediatamente hace concurrir a cubierta las dotaciones de las piezas, forma con ellas las brigadas de abordaje, hace cortar las arraigadas de la verga mayor y establece así un puente volante entre un buque y otro, para lanzar por él a sus intrépidos marineros...

Un esfuerzo más y el *Victory* cederá ante aquel irresistible empuje, cuando de repente, y en una primera andanada, 200 franceses caen fulminados sobre cubierta... Es el navío inglés *Temeraire* que llega a tiempo para evitar la profanación!

Con sus cañones desmontados, su maniobra incendiada, su popa y costados despedazados, su palo mayor abatido y pendiendo del costado como guirriapo de un cuerpo mutilado, con dos navíos por banda que lo acribillan a balazos, el *Redoutable*, el legendario *Redoutable*, resiste todavía. Pero tamaño esfuerzo tiene que traer aparejada la postración, y a la 1.50 p. m., cuando ya no quedan brazos para manejar los cañones, hace entrega Lucas de aquel humeante despojo que su tenacidad ha erigido en trono del heroísmo. Lucas ha de sobrevivir al desastre para exclamar más tarde, satisfecho, que "nunca Nelson podía sucumbir, combatien-

do con enemigos más dignos de su coraje".

Unidos por los mástiles abatidos, que han caído de un navío sobre otro, el *Victory*, el *Redoutable* y el *Temeraire* forman una isla flotante que cae siempre en deriva hacia la retaguardia.

Aquel traslado involuntario, trae al informe grupo sobre la proa del *Fougueux*. El *Temeraire* dirige sus cañones de estribor sobre este nuevo adversario, y aunque aquel navío francés ha sostenido ya un combate con el *Royal Sovereign* y con el *Belleisle*, aborda sin hesitar a su provocador a pesar de que las heridas recibidas en la lucha lo tienen ya postrado.

El capitán Baudoin y su segundo, el capitán de fragata Bazin, se encuentran heridos, 400 hombres están fuera de combate; la resistencia es imposible después de este postrer esfuerzo. Los ingleses lanzan un estrepitoso hurrah y, saltando por las mesas de guarnición a la cubierta del navío francés, arrian por sus propias manos el pabellón, que aún flota en el astabandera de popa, como cubriendo orgulloso aquel cuadro de gloria.

Tal es el aspecto que presenta el centro de la flota combinada desde el instante en que el *Victory* ha cortado la línea, pagando Nelson con su vida la temeridad de su propósito.

En la retaguardia hemos dejado al *Royal Sovereign* batiéndose en duelo singular con el *Santa Ana*, mientras recibe el fuego de los navíos que lo rodean. El *Belleisle* ha sido el único que ha podido seguirlo de cerca pero recibiendo serias averías del *Fougueux*, que dificultan su gobierno, ha venido a caer dentro de un círculo enemigo que se estrecha cada vez más.

Quince minutos transcurren sin que se resuelva esta difícil situación. El *Santa Ana*, tan desmentado como el *Royal*, se encuentra convertido en un pontón raso. Ala-

FOTOGRAFADOS

CONFECCION DE CLISES,
PARA REVISTAS, CATA-
LOGOS, FOLLETOS
Y OTRAS
PUBLICACIONES.

Ryol. Marrens

PRECIOS
SIN COMPETENCIA
TRABAJO GARANTIZADO
ENTREGA INMEDIATA.

B. MITRE 1259

U. 38 MAYO 2589

va y Gardoqui han caído heridos; —las baterías están inundadas de sangre; los cuerpos despedazados yacen al pie de los cañones. La enseña de la patria aún flota en lo alto para animar a los que sobreviven al desastre... pero detrás del *Belleisle*, en tropel, con las fauces abiertas, llegan el *Mars*, el *Tonnant*, el *Bellerophon* y el *Colossus*, que caen en masa sobre aquella parte de la línea.

El *Revenge*, el *Swiftsure*, el *Defiance*, el *Thunderer* y el *Defence* se apartan del camino que traen los anteriores, y derribando hacia el Sur, se proponen doblar la retaguardia del enemigo para tomarle entre dos fuegos.

El *Santa Ana*, entonces, tiene que rendirse al buque de Collingwood, mientras que muy cerca, el *Belleisle*, después de rechazar al *Fougueux* soporta el fuego del *Aigle*, del *Achille* y del *Neptune*, sin arriar su pabellón que aún permanece izado sobre un trozo de su palo trinquete.

La situación del navío inglés es muy comprometida; sus cañones están a punto de enmudecer, pero bien pronto llega el *Polyphemus* y se coloca entre él y el *Neptune*; el *Defiance* lo escuda contra el fuego del *Aigle* y el *Swiftsure* se encarga del *Achille*.

Mientras esto ocurre, corriendo hacia el extremo de la línea aliada, el *Mars* y el *Tonnant* se traban en lucha con el *Pluton* y con el *Algéciras*. En este duelo, el *Mars* pierde a su comandante y Cosmao con su *Pluton* trata de tentar el abordaje, cuando un nuevo refuerzo de los ingleses le obliga a desistirse de su propósito.

Abordado el *Algéciras* por el *Tonnant* tiene la desgracia de que su bauprés se enrede en las jarcias del navío inglés, de modo que mientras este último lo fulmina con su artillería, se encuentra imposibilitado de dar un efecto útil a su fuego.

Celoso Magón de que la posteridad recoja su nombre, se encuentra a la cabeza de los restos de su tripulación para dirigir en persona el abordaje, que se presenta. Con la clavícula partida y un brazo roto, ebrio de dolor y de ira rehúsa abandonar su puesto de honor. Por fin una bala destroza su pecho y mata su sublime terquedad. El Al-

PENSANDO

Por el amor lo aprenderemos todo, y sólo por la contemplación de la belleza, nos haremos perfectos y buenos.

Para muy pocas personas existe "una última esperanza".

Platón, es algo así, como la continuación de Sócrates, pero Sócrates, no es el único principio de Platón...

Aunque no exprese nada, un verso musical es un verso perfecto para las naturalezas sensibles; siempre las emociona.

Que Nerón, ni con sus versos, haya podido hacer abjurar de su fe a los mártires cristianos, es casi increíble.

Para las personas que no dudan, creer es ser.

Del amor del hombre ha nacido el arte.

La belleza, y sólo la belleza, es el centro de todo amor humano.

CARLOS MARIA PODESTA.



geciras se rinde entonces y los ingleses toman posesión de él después que la muerte ha sentado sus reales en aquel amasijo informe, que antes ha sido orgullo de una flota y ahora es tumba de un valiente.

Al sur de Algeciras, cuatro navíos franceses: el *Aigle*, el *Swiftsure*, el *Berwick* y el *Achille* sostienen también un combate encarnizado, pero la fatalidad persigue a los franceses y bajo los repetidos golpes del *Bellerophon*, *Revenge*, *Defiance*, *Defence*, *Colossus* y *Achille*, caen los tres primeros en poder de los ingleses. Uno solo escapa a la potente garra del inglés: es el *Achille*. Rodeado por el *Swiftsure*, por el *Polyphemus* y por el *Prince* que están apurados por terminar su obra de destrucción, con su arboladura devorada por el incendio, sin tener un solo navío amigo que venga a aminorar su peligro, con su comandante Denieporte muerto y con un solo *enseigne*, que como último representante de un grupo de héroes mantiene el honor de la defensa, el *Achille*, el glorioso *Achille*, es ya una brasa roja, que obliga al enemigo a retirarse para evitar los efectos de una inminente explosión. Pero los más horribles dolores tienen su término, y aquel centauro indómito vuela por fin hacia el cielo, llevándose consigo los inmaculados colores de su bandera.

Antes de producirse este trágico suceso, los navíos asaltantes han introducido el desorden en la retaguardia de la línea franco-española.

El *Monarca*, ha resistido y contestado por largo rato al fuego del *Tonnant*, pero el *Bellerophon* cae de refresco y tiene que rendirse. Las heridas de Argumosa le impiden dar mayor vuelo a su bravo espíritu y las más profundas sufridas por su buque, testifican que no se han escatimado los esfuerzos para dejar incólume el honor de la bandera!

El *Bahama*, después de combatir con dos o tres navíos enemigos, mantiene un duelo singular con el *Colossus* que han venido a cortarle la retirada. Una bala de cañón reclama la cabeza de Alcalá Galiano. Su cuerpo se oculta a la tripulación para encubrir tamaña desventura y la rendición del *Bahama* se produce como corolario obligado de su desproporcionado duelo. La orden de Galiano se ha cumplido; la bandera española ha descendido del mástil donde estaba clavada, para servir de mortaja a los valientes encargados de su defensa!

La avalancha aplastadora sigue engrosando: el *Argonauta*, después que quedar desmantelado por las repetidas andanadas del *Achilles* que lo ha tomado en buena posición para sus punterías, tiene que soportar el fuego del *Bellerophon* y del *Defence*;—la cubierta en la parte del alcázar se encuentra hundida; 78 cadáveres yacen en sus baterías; Pareja y 94 de los suyos se encuentran heridos; la resistencia es imposible: la bandera se arrija...

El *San Juan Nepomuceno* ha rechazado el ataque del *Achilles*, del *Polyphemus*, del *Prince* y del *Defence*. El *Dreadnought* viene a ultimarlo:

El noble Churruca, no deja por eso de blandir su espada para animar a sus hombres. Una bala de cañón lo derriba. *Esto no es nada—dice el inclito guerrero—siga el fuego!*... pero ya el *San Juan* se encuentra exhausto. Su segundo co-

mandante, el bizarro Moyna, ha muerto; el mando recae en el teniente Falcón, que herido también tiene que llenar el penoso deber de arriar la bandera... después que Churruca muere. Los botes que forzando remos vienen de los navíos ingleses, para amarinar al *San Juan*, traen a cinco oficiales que al saltar en cubierta se disputan la espada del héroe caído. Falcón es tomado como juez. "Esa espada es de todos, les dice, pues a uno solo jamás se hubiera vendido el *San Juan Nepomuceno*!" Y como los hijos de la noble Albión, son también grandes, cuando el infortunio les conmueve, disponen una guardia de honor en la cámara, para que vele los restos del grande hijo de Guipúzcoa.

y el *Neptune* siguen sus aguas, mientras que allá a la distancia y en dirección a la costa, la mortecina luz del día diseña sobre el fondo negro del cuadro, las escasas velas de los navíos *Argonaute*, *Indomptable*, *San Leandro*, *San Justo* y *Montañés*, que también se retiran, cumpliendo con el mandato del general español.

La retaguardia de la flota combinada ya no existe. Collingwood ha llenado honrosamente su misión. De los 20 navíos franco-españoles que han combatido, 12 caen en su poder y sólo 8 escapan a su persecución.

Con todo, la jornada no está perdida; la cola está cortada pero la cabeza de la inmensa serpiente aún puede hacer daño. Allí Dumanoir se mantiene intacto con 10 navíos,

descender al entrepuente, para aumentar la muchedumbre de mutilados.

La tempestad de hierro sigue rugiendo. El general Cisneros, gravemente herido, imparte la orden al 3er. comandante para que reuniendo en el alcázar a los oficiales delibere sobre la rendición. El aspecto del navío ahorra toda discusión: 400 muertos y 200 heridos forman una cifra más que elocuente para que aún se piense en resistir. La bandera se arrija y los afortunados vencedores se hacen cargo del coloso caído.

La espesa nube de humo que rodea al *Bucentaure*, oculta a la ansiosa mirada de Villeneuve el resto de su línea de batalla. En un instante de breve tregua la espesa cortina se aclara... y divisa a la vanguardia, en su puesto, inmóvil, sin volar en su socorro!

Aún queda un resto de palo que las balas han respetado. En él envurga el infortunado almirante la última señal a Dumanoir para que vire y salve el honor de la bandera, pero la nube vuelve a envolverlo y queda a solas con su aflicción.

El destino tiene sus leyes fatales! En Aboukir, Villeneuve abandonó a Brueys. Las sombras de la noche aminoraron siquiera su acción, pero, aquí, en Trafalgar, queda desgraciadamente bastante luz para alumbrar aquella deserción, vedada al soldado, vedada al honor!...

Los palos, la cabullería y las vergas, están esparcidas en confuso montón sobre la cubierta del *Bucentaure*, y como los brazos de un gigante caído, penden del costado las velas desgarradas, disminuyendo considerablemente los medios de defensa del navío, pues los escasos cañones que quedan montados no encuentran juego fuera de sus troneras, y no hay tiempo para desembarazarse de tal obstáculo.

Villeneuve, que desde el comienzo de la acción ha demostrado un valor a toda prueba, domina sereno aquel triste escenario. "El *Bucentaure* ha llenado su misión — dice — la mía no está concluida todavía". Y bajo la excitación nerviosa de aquellos angustiosos momentos, ordena que se le prepare un bote para trasladarse con su insignia a uno de los buques de la vanguardia. Con el refuerzo que ellos presentan, aún puede hacer algo para arrancar la victoria de manos del enemigo... pero las balas no han respetado nada y el batel salvador no se encuentra.

Se pide a gritos al *Santisima Trinidad*, que está por la proa, que envíe una embarcación para llenar el ardiente deseo del general en jefe... pero el *Trinidad* no responde: el coloso ha enmudecido; ha lanzado su postrer bocanada de hierro y duerme sobre sus ruinas!

Villeneuve, mide entonces la magnitud de su desastre. Se ve encadenado a bordo de un buque que ya no puede moverse, mientras que un tercio de su flota se bate todavía y otro tercio permanece sin combatir, y costreñido a olvidar a los demás navíos para pensar solamente en el suyo, llegando a sus oídos los ayes de 200 heridos, víctimas expiatorias de su error, ordena al capitán Magendie que haga arriar el pabellón.

El hurrah prolongado con que los tripulantes del *Victory* celebran la captura del *Bucentaure* llega a oídos de Nelson, que se agita en

FUGACIDAD

Para FRAY MOCHO.

...Pasará del amor, el fuego intenso
que en el humano corazón gravita...
se irá apagando paulatinamente,
hasta quedar tan solo las cenizas...
También se apartará de nuestro espíritu
esta quietud bendita;
y los atardeceres,
sahumados por la esencia de glicinas,
ya no tendrán el misterioso encanto
de la hora evocativa
cuando el rumor amable de las frondas
nos impregnaba de ternura íntima.

Pasará la embriaguez arrobadora
y la emoción de la primer caricia
y se irán deshojando los recuerdos,
...como una margarita...
Se agotará la linfa tersa y clara
de "aquella" ensoñación, pura y magnífica
y en la dulzura del recogimiento
mi alma doliente, acallará su cuita.

...Pasará el doloroso escepticismo
que me inspira la vida,
muy lenta... nuevamente,
se inundarán las ánforas divinas
las ánforas sublimes
de las mis ya perdidas alegrías...
¡y la luz refulgente de los astros
no me verá abismada y pensativa!

MARIA ANGELICA TRAUT ORTIZ.

En el último grupo de la retaguardia, Gravina ha mantenido en fermentación los ímpetus de sus subordinados. Su buque, el *Príncipe de Asturias* se ha batido desesperadamente con el *Defiance*, *Revenge*, *Dreadnought*, *Polyphemus* y *Thunderer*. El *San Justo*, el *Neptune*, el *Pluton* y el *San Idelfonso*, han venido en su defensa, pero este último, menos afortunado que los demás y más fatigado, cae bajo los cañones del *Defence*, que lo amarina.

La victoria se diseña ya en favor de los ingleses. Gravina, que así lo comprende, hace envengar la señal de reunión general para apartarse del sitio, donde todo sacrificio resulta estéril. La fragata *Thémis* rompe entonces la barrera de fuego que circunda al navío español y le da remolque. El *Pluton*

mientras que el *Bucentaure* y el *Santisima Trinidad*, en los estertores de su agonía, vomitan las últimas balas que les quedan contra los navíos *Neptune*, *Leviathan*, *Conqueror* y *Africa*, que los rodean.

El *Trinidad*, conservando todavía arriba sus palos, masteleros y vergas, menos la de velacho, se ha visto precisado a presenciar la destrucción del *Bucentaure*, recibiendo y contestando el fuego del *Temeraire*, *Victory* y *Neptune*. Su defensa es desesperada y bien pronto cae abatida su arboladura. La toldilla, alcázar, combex y castillete, están sembrados de muertos y heridos. Desde el general hasta el guardia marina, ha hecho cada uno entrega de su generosa sangre. Sólo queda en pie el brigadier Uriarte, pero éste mismo recibe una herida de astilla en la cabeza, y tiene que



Esta graciosa señorita ostenta un rico collar de perlas Nacarfine, especialidad de la Casa Scarinci.

PRIVILEGIADA RELOJERIA LONGINES CASA SCARINCI

Florida 142

Buenos Aires

La Gran Moda de las Perlas se impone cada día más. Para tener un Collar de Perlas que conserve su lindo oriente, debe usted comprar la Perla "Nacarfine". Es la única Perla que el más experto la confunde con la valiosa Perla Fina.

A los lectores de FRAY MOCHO ofrecemos el descuento del 10 o/o sobre los siguientes precios:

Collarcito de Perlas macizas, con Broche, apropiadas para Nena, desde \$ 10; con Broche Fino, 18 K., desde \$ 30 con DIAMANTES FINOS.

Collarcito para Niña, con Broche Artístico, Plata Fina, desde \$ 15.

Collarcito para Señorita o Señora, con Broche Oro, Platino, Brillante y Diamante Finos, desde \$ 50; 75; 100, etc.

Collarcito para Señorita o Señora, con Broche Artístico imitación, Fino, desde \$ 10; 15; 20; 25; 30

Sautoir con Perlas "Nacarfine" EXTRA, desde \$ 150; 100; 60; 50; 40.

" " " " LA REINA, desde \$ 50 hasta \$ 30.

" " " " PRINCESA, desde \$ 40 hasta \$ 20.

" " " Maciza marca SANGEN, \$ 15; 10; 7; 5.

Al efectuar su pedido telegráfico o por carta sírvase citar Precio y Categoría **EXTRA, REINA, PRINCESA, SANGEN**, dirigir a **CASA SCARINCI, Florida 142, Buenos Aires.**

las ansias de la muerte. Manda llamar a Hardy:

—“Y bien, Hardy, — le dice, — ¿en qué estado se encontrará el combate, es nuestra la jornada?”

—“Sin duda alguna, milord — le responde el fiel capitán: — 12 ó 14 navíos están ya en nuestro poder, pero 5 navíos de la vanguardia parece que se vienen sobre nosotros. He hecho llamar a tres de los nuestros que se encuentran todavía intactos, y con los cuales les prepararemos una ruda acogida...”

—“Espero, Hardy — agrega el almirante, con voz desfallecida, — que ninguno de los nuestros arriará su pabellón.

—“Estad tranquilo, milord—contesta el interpelado — nada hay que temer por ese lado.”

Nelson, entonces, con tembloroso brazo, alejando de su espíritu la principal preocupación, atrae hacia sí al capitán del *Victory* y con un acento que es apenas perceptible, le dice:

—“Hardy, soy hombre muerto. Siento que la vida se me escapa... Unos minutos más y todo habrá concluido... Aproximáos, escuchad Hardy, cuando haya dejado de existir, cortaréis mis cabellos y se los daréis a mi querida lady Hamilton... y... no arrojéis mi pobre cuerpo al mar!”

Hardy, ahogado por la emoción, estrecha la mano del ilustre moribundo y se apresura a subir a cubierta.

Dumanoir, entre tanto, como lo ha manifestado Hardy, ha dado comienzo a la virada deseada.

Cifando el viento a barlovento de la que antes fué línea franco-

española, el *Scipion*, el *Duguay-Trouin* y el *Mont-Blanc* vienen siguiendo al *Formidable*, insignia de Dumanoir. El *San Francisco de Asís*, el *San Agustín*, el *Rayo* y el *Heros*, cortan el camino y se dirigen sobre el *Bucentaure*, creyendo que llegaran a tiempo para salvarlo.

El *Neptuno* y el *Intrepide* han debido seguir las aguas del *Formidable*, pero Valdez e Infernet se han negado a ello. Si Dumanoir queda borrado del libro de oro de la inmortalidad, ellos no pueden dejar de inscribirse en él, y cuando el jefe francés les pregunta por señales: “a dónde vais”, ellos responden con una frase de espartano laconismo: “Al fuego”. Y al fuego van, porque es el único que puede ungirlos con la absolución!...

Desgraciadamente, tan laudables propósitos no podrán llenarse. El *Britannia*, el *Ajax*, el *Agamemnon*, el *Orion*, el *Leviathan*, el *Africa*, el *Conquerour*, el *Minotaur* y el *Spartiate* ocupan el desecho campo de batalla y esperan amenazadores a los que avanzan. El *Rayo* y el *San Francisco de Asís*, después de responder al fuego del *Britannia* van a reunirse a la división de Gravina que navega siempre hacia la costa. El *Heros*, que trae muerto a su comandante Poulain y a 34 hombres de su tripulación, resiste por breve rato los fuegos del *Leviathan* y del *Britannia* y sigue su ruta al sur.

Los navíos enemigos que el *Heros* deja por su popa, atacan entonces con furia al *San Agustín* que aún no ha concluido de virar. En las primeras andanadas queda el navío español con 180 hombres muertos, con 200 heridos y con gran número de contusos, y sigue luchando, hasta que postrado se entrega al *Leviathan*.

Igualmente infortunados el *Intrepide* y el *Neptuno*, hacen desesperados esfuerzos para romper el círculo de hierro que los rodea. Infernet y Valdes, son dos hombres que la crónica del combate recogerá

para transmitirlos a la posteridad... El *Intrepide* y el *Neptuno* se rinden cuando el número de los muertos y heridos hace imposible la lucha!

Los cuatro navíos de Dumanoir han llegado entre tanto a la altura del *Bucentaure* y del *Trinidad*. Triste espectáculo el que presentan!

Como los lobos que guardan las osamentas, después de devorar las presas, los vencedores protegen con sus flancos a aquellos gloriosos trofeos de la batalla.

El *Victory* y el *Temeraire*, a pesar del debilitamiento en que se encuentran sumidos, arrojan de sí dos cadáveres: el *Redoutable* y el *Fougueux*, aclaran así sus baterías y rompen el fuego sobre los importunos huéspedes.

Pero estos aprestos son innecesarios. Dumanoir vira de bordo, y cifando el viento, se aleja del teatro de la lucha, llevándose consigo la sentencia que la historia le prepara.

La victoria cierra sus alas sobre aquel vasto campo de la muerte para otorgar las palmas al inglés.

De los 33 navíos franco-españoles que unas horas antes ofrecían combate, 11 se retiran a Cádiz, 4 —menguados— van con el contraalmirante Dumanoir y 18 han sucumbido.

Libre ya Hardy de toda preocupación, despacha al teniente Hills del *Victory*, para que comunique al almirante Collingwood el triste suceso que embarga todos los espíritus a bordo del buque jefe: la caída de Nelson. Y desciende por segunda vez al entrepuente, que tiene ya todos los lineamientos de una tumba. Una vaga esperanza hinche su corazón: aún puede la noticia del triunfo operar una reacción favorable en el estado del ilustre moribundo!...

Al través de la multitud de heridos que cubre la tablazón de las baterías, Hardy se abre camino y llega junto al lecho de dolor de su jefe querido.

Con palabra breve y ansiosa transmite la grata nueva. Según sus cálculos, 14 ó 15 navíos enemigos se han rendido.

—“Está muy bien, le responde Nelson... pero no son 20!” Y después de una breve pausa: “Hay que dar fondo, Hardy; hay que dar fondo!”

—“Supongo milord, — se aventura a observar el fiel capitán — que el almirante Collingwood asumirá ahora la dirección de todos los asuntos...”

—“Mientras yo viva, no — responde vivamente el almirante — dad fondo, Hardy...”

El triste final se aproxima: las sombras de la muerte velan ya la mirada del héroe. Este atrae hacia sí a Hardy y con voz apenas perceptible:

—“Cuidad a mi querida lady Hamilton — le dice. — Besadme... Dios os bendiga, Hardy!...”

Y Hardy, arrodillado, recibe su bendición...

—“Ahora — dice Nelson — estoy satisfecho! — E incorporándose penosamente: — Gracias, mi Dios, exclama, he cumplido con mi deber!

Transcurren unos minutos, unas cuantas palabras ininteligibles salen de sus labios y después, sin sacudidas, con la beatitud de los buenos, entrega su alma a Dios.

El sol desciende ya hacia el horizonte, su luz se extingue, y sus rojizos reflejos alumbran todavía un mar que será un santuario para las generaciones venideras.



Los cazadores de crías de fieras

Desde que el presidente Roosevelt puso de moda el deporte cinegético en el continente negro, los hombres de todas las razas y todas las latitudes se han dedicado, con toda pasión a la cacería, prefiriendo, desde luego, el África, tanto por ser el continente del día para este deporte, cuanto por esconder en sus selvas la casi totalidad de los ejemplares de las fieras existentes en nuestra época, y ofrecer más brillantes oportunidades a la aventura y emociones fuertes.

Sin embargo, debido a las condiciones anormales creadas por la guerra, la pasión de la cacería de las fieras se vió seriamente decaída, siendo raro encontrar las antiguas partidas de entusiastas cazadores, y muy especialmente en el África Oriental y la región denominada Rhodesia. Y bien hacía falta este descanso, pues los naturalistas ya habían predicho, que dentro de unos cuantos años más, no existiría en aquel poblado continente, casi ninguna fiera sobre la que poder comprobar el poderío de las armas modernas. Antes del fin de este siglo, declaró enfáticamente un sabio alemán, el año de 1912, las enormes bandadas de animales salvajes que pueblan las selvas africanas habrán desaparecido, y de tanto ejemplar, bello aunque peligroso, no quedará más que el recuerdo.

Pero la guerra, como hemos dicho antes, ocasionó un benéfico descanso y una relativa paz para los animales del bosque africano, especialmente para los grandes carnívoros. Sólo los nativos continuaron en sus correrías; pero si se tiene presente el poco poderío de sus armas, y la preferencia que ellos dan a la captura de las crías, antes que a la caza de los progenitores, se comprenderá que el deporte cinegético en forma tan primitiva, no podía jamás constituir una amenaza para la perdurabilidad de las especies.

Sin embargo, a pesar de todo, no faltó uno que otro fanático que haciendo abstracción de la gran catástrofe mundial, continuó con su carabina a la espalda, lista para seguir combatiendo a las fieras, sin pensar para nada, que los hombres en su gran locura, se dedicaban en esos momentos a cazarse los unos a los otros con la mayor ferocidad y el más despiadado ensañamiento.

Así, por ejemplo, el señor Kittenberg, famosísimo cazador húngaro, se negó terminantemente a atender a las órdenes del estado mayor de su patria, el entonces imperio austro-húngaro, en el sentido de que se enrolara en las filas de su nacionalidad y fuera a los ensangrentados campos de Europa a cumplir con el macabro deber de matar el mayor número de semejantes que pudiera.

El señor Kittenberg, con concepto muy diferente sobre sus relaciones con los demás hombres, concepto contraído en el curso de 20 años de cazador, viviendo en hermosa comunidad con la naturaleza y lucha con los animales dañinos, no creyó que era su obligación el emplear la serenidad de su pulso para hacer blanco en el corazón de

un semejante, por la sola razón de haber nacido en otro país y hablar otro idioma. En respuesta a las terminantes órdenes y amenazas de las autoridades alemanas del África Oriental, contestó internándose en la selva, con una cartuchera repleta de proyectiles y media docena de magníficas armas de repetición. Si se quería llevarle a Europa a matar hombres, era necesario primero matar a las fieras que lo rodeaban en los bosques, y luego encontrar su madriguera en la selva.

En la región del lago Victoria-Nyanza, África del Este, temida por sus fieras, sus negros peligrosamente agresivos y la malignidad sin paralelo de un clima mortífero, el famoso deportista húngaro, ha abatido, según sus notas y diario personal, en el curso de 10 años, más de 400 leones, 350 elefantes, una centena de rinocerontes y una cantidad igual de girafas. En cuanto a las zebras, antílopes y otra caza que no es de peligro sino de destreza, el señor Kittenberg ha perdido toda cuenta.

¡Cuántas veces, con un concepto de humanidad que llegaba hasta las bestias, después de matar a los progenitores en su cubil, el cazador húngaro ha cargado con las crías, a las que ha cuidado cariñosamente, soportando desvelos y mortificaciones para hacerlas llegar a grandes y obsequiarlas a los parques zoológicos de diversas ciudades de Europa!

Es a este hombre a quien se debe el descubrimiento de que muchas fieras pueden ser lactadas por animales no solo de diferente especie, sino de clase opuesta, y por el cual se ha comprobado, que también puede emplearse la alimentación artificial con biberón y leche condensada! Los lince, las jirafas, los pequeños rinocerontes e hipopótamos, los leones, los tigres y los leopardos, en fin, todos los más peligrosos animales, cuando pequeños, han sido mantenidos pacientemente a fuerza de mamadera y leche de lata.

Y la situación se complica si se tiene presente, que en aquellas apartadas regiones, la leche natural, de cualquiera clase que ella sea, es bastante escasa. La leche condensada, de uso exclusivo de cazadores y exploradores, más de una vez fué totalmente cedida a las crías de las fieras, mientras los hombres se contentaban con contemplar la fruición con que las pequeñas bestias se prendían golosamente de los biberones.

El hipopótamo pequeño, por ejemplo, es el animal que siente más pasión por esta alimentación. Puede asegurarse, sin lugar a dudas, que un hipopótamo chiquito, no vacila entre la ubre materna y una botella con su chupón, llena de magnífica leche condensada y desleída en agua.

En la Rhodesia, existe un pueblo que vive exclusivamente de la cacería de fieras, y de manera muy especial, de la captura de crías que después son vendidas a los circos o jardines zoológicos.

Los llamados ojeadores entre esa tribu, son los individuos más distinguidos de la misma, tanto por su habilidad y valor, cuanto por su astucia y conocimiento de las costumbres de las bestias feroces o no. Armados apenas de una lanza rudimentaria, sin más defensa que un mezquino escudo de cuero de tigre o de pantera, se aventuran dentro de los antros donde se esconden los felinos, para, mientras los ojeadores luchan con los padres, los auxiliares de la partida se roban las crías. Raro es que alguno de estos hombres perezca entre las garras de sus adversarios, cosa que como es natural suponer, debe atribuirse a su destreza y vasto conocimiento de las costumbres de sus enemigos. Pero ellos no piensan así. Sus triunfos, el salir completamente indemnes de una lucha que haría vacilar al más valeroso europeo auxiliado por las más poderosas y modernas armas, y hasta su agilidad inconcebible, la atribuyen a sus amuletos milagrosos de los cuales van materialmente cubiertos en sus correrías. Entre estos amuletos se cuenta como el más raro, y más eficaz, los dos incisivos de una venenosa serpiente, incisivos que llevan colgados al cuello, como collar, con otros varios talismanes. Y ciertamente, es muy raro que un nativo que lleve estos

colmillos se vea picado por alguna serpiente, mientras que los europeos son blanco constante de los ataques de los ofidios.

Rivaliza en hermosura

con el carácter



Oprima Ud. el Aspirador de Presión; meta la pluma en la tinta, suelte el aspirador y cuente hasta 10, mientras la Parker Duofold se llena.

"Lady Duofold", como complemento del vestido o de adorno en el escritorio.

Conteste sus Cartas Via Parker Duofold

No hay carta tan personal ni tan encantadora como la que se escribe a mano.

ESTA bella pluma-fuente impulsa a escribir: la simetría y equilibrio de su cañón y su tersa y enojada pluma quitan todo acalambamiento a los dedos y toda fatiga a la tarea.

¡Se garantiza la perfección mecánica de su pluma y SU USO durante 25 años! Rogamos a Ud. que acepte nuestra invitación de pasar a probar la Parker Duofold en la primera buena tienda en que las vendan.

THE PARKER PEN COMPANY
Hay Lapiceros Duofold, que hacen juego con las Plumas.

Lady Duofold \$10. "Junior" grande \$11.50.
"Big Brother" grande \$13.50.

Distribuidores:

RIVER PLATE SUPPLY CO.,
Cazzana y Cia., 769 Moreno 775,
Buenos Aires

Parker Duofold TRADE MARK
Con la punta que dura 25 años
Duofold, Jr., \$16. Lady Duofold, \$20.
Igual, pero más pequeña Con oro para cadencia

LOS ÑANDÚES

El imperio del Inca, era un modelo de gobierno. Cuánta enseñanza nos reportaría el estudio de los primitivos indios, hijos del Sol.

No conocían ellos el dinero, la mentira, ni el robo, y fueron quienes crearon el correo.

Por los dos caminos del imperio corrían los ágiles postillones, relevándose, llevando noticias de un cabo al otro del país, por la vera del mar o por sobre el rudo espino del Ande.

Cuando el extranjero vino a civilizar, suponiendo que los correos pudieran ser guardadores de secretos de los escondidos tesoros, intentó aprisionarlos para darles tormento y arrancarles la confesión ansiada.

Ellos, para escaparse, volviéronse ñandúes y aun, soñando con los buenos tiempos idos, corren veloces, imaginándose que llevan un parte, una orden, una noticia.

MONTIEL BALLESTEROS.

Los perfumes y las buenas costumbres.

Roma, a partir del Imperio, es decir, desde el momento en que empezó a declinar en sus costumbres, tuvo una verdadera pasión por los perfumes. Recuérdense los baños perfumados de Nerón; las lluvias de rosas... En una sola fiesta gastó cuatro millones de sextercios para la compra de rosas. Sobre la sepultura de Popea vertió toda la producción de incienso de Arabia de varios años.

El Renacimiento hizo revivir la moda de los perfumes. Los Médicis, en particular Catalina, fueron decididos partidarios de las bolsas y guantes perfumados. La época de Luis XV fué derrochadora de esencias; se dice que la Pompadour gastaba al año en ellas.

En suma; se puede establecer un paralelo entre el decaimiento de las buenas costumbres y la ascensión en el uso de los perfumes. "El abuso de ellos — ha dicho un insigne escritor — embota el sentido del olfato y enerva el cuerpo". Puede decirse que son el refinamiento supremo de la sensualidad.

Las piedras preciosas perduran; las sedas y abalorios tienen cierta permanencia; los perfumes se evaporan mientras se los utiliza.

Parece ser como un incienso que el hombre prodiga a su cuerpo. Es la adoración de la carne por la carne misma. Hemos llegado a una época en que la vida se ha materializado totalmente. Gozar y enriquecerse para gozar; éste es el único móvil de la sociedad actual. De ahí todas las luchas de los de abajo con los de arriba, de los de arriba con los de abajo. El bienestar material es el dios del siglo veinte. Por ello está en alza lo que responde a los apetitos de la carne, y en baja lo que es postulado del espíritu. La historia se repite; cuando se carece de altos ideales de sacrificio y rectitud, se nos echa encima el embrutecimiento.

Comunicación entre insectos.

¿Comunicanse los insectos entre sí por ondas hertzianas? Esta cuestión ha intentado resolverla un reputado técnico norteamericano, L. Horle.

Teóricamente, nada se opone a que la contestación sea netamente afirmativa. Ciertos insectos, como son por ejemplo las luciérnagas, producen radiaciones visibles, que como se sabe son formas energéticas de alta cualidad. Constituyen en realidad la luz fría, tan ansiosamente buscada y con un rendimiento infinitamente superior al de nuestros focos luminosos más perfeccionados. Pues bien, de una radiación visible a una radiación hertziana, no va más que una diferencia de longitud de ondas, y ya se admite que la onda hertziana, por su naturaleza, está más cerca de la electricidad que de la luz, ¿acaso no conocemos esos animales tan curiosos, los peces eléctricos, el gimnoto entre los más célebres, que parecen en su organismo una serie de pilas capaces de

dar descargas de un alto potencial, que son producidas por una verdadera pila eléctrica?

Queda sentado, por tanto que, luz, electricidad y, por analogía, las ondas hertzianas, son capaces de producir las los animales por sus propios medios, no existiendo razón alguna que se oponga a la emisión de esas ondas a voluntad por el espacio.

Además de estas inducciones de orden físico, los naturalistas han hecho comprobaciones muy llamativas. Han notado desde hace tiempo que ciertos insectos, en especial las falenas, pueden atraerse o llamarse desde distancias considerables. Investigaciones muy precisas han demostrado que no les guiaba ni el olfato ni el sonido.

Una hembra aislada en una caja y protegida contra estos dos elementos, logró atraer al macho a pesar de todas las precauciones tomadas para evitarlo.

Por último, cuando se observa una falena macho, se ve que antes de emprender el vuelo se orienta moviendo las antenas como se hace con un radiogoniómetro, para buscar la procedencia de la onda hertziana y después parte en línea recta hacia el lugar donde está su compañera.

Todo esto, el propio Hertz lo observó, y el detector, que construyó a raíz de sus célebres experiencias sobre la recepción de las ondas electromagnéticas, tenía un gran parecido con la antena de esos insectos, tanto que de ahí deriva el nombre clásico de antena, que se da a los aparatos receptores de ondas.

Como se ve, la suposición tiene sólida base. Y como el técnico, actualmente en estos estudios, comprendió que, para hacer aceptar sus experiencias como verídicas, era preciso vencer la incredulidad de las gentes, ha emprendido la construcción de un delicadísimo aparato capaz de captar las ondas hertzianas, que él cree emiten esos insectos.

La cosa no es tan cómoda, pues si en realidad existen estas ondas, verosíblemente serán infinitamente más cortas, y por consiguiente más rápidas que las hasta ahora conocidas. Con el receptor telefónico sensibilísimo, que ha establecido en la vecindad inmediata de los insectos, ha podido percibir ruidos especiales, que es necesario atribuirlos, pero hasta ahora nada puede en definitiva afirmarse. El porvenir será quien decida.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Amadeo Natale
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7362, Avenida

Dr. Juan E. Carulla
Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi
OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan
DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 210
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini
Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y oídos del Hosp. San Roque
VIA MONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto
Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUGIA
DE SENORAS
B. MITRE, 1256. U. T. 422, Adrogué
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO
Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club.
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. Chacrita 2612

Una planta que molesta.

Nadie diría que las ortigas, que muchos persiguen y desprecian, es una planta de excelente utilidad.

En muchos pueblos franceses, y en gran parte de Suecia, se cultiva esta planta para forraje, a causa de su cultivo fácil y su rápida reproducción, que permite cinco o seis siegas en verano.

Cortadas a su tiempo debido, retiradas del campo en seguida, las vacas las comen con avidez, y hay quien asegura que sujetas a esta alimentación dan más leche y de mejor calidad, incluso con mayor proporción de caseína.

EPIFANÍA

En mi lira está intacta la cuerda del amor
fácil ¡pobre flor de una tarde, quizás,
que anochecido, muere su preciado color,
su corola se cierra, su perfume es fugaz!...

En mi lira está intacta la cuerda del amor
que gime por el sexo y simula adorar;
¡sólo sigues, humano, en la fecunda unión
las leyes perentorias del impulso animal!

En mi lira ha vibrado la cuerda del amor
indescifrable, manso, sereno, como el haz
de luz tenue y doliente que ilumina la faz
cuando apaga sus fraguas el moribundo sol...

ALBERTO J. FREIRE.

Dejando secar los tallos en verano se puede obtener de ellos una hilaza que, aunque inferior al cáñamo, puede servir para cuerdas, redes, papel y telas bastas.

En Alemania se ceba con ellas las ocas, y cocidas y picadas se dan también a las gallinas.

Para los pavipollos, que son tan difíciles de criar, el mejor alimento es ortigas cocidas y mezcladas con huevos duros, todo muy picado.

En Suecia, Noruega, Dinamarca y regiones del norte de Europa, se comen las ortigas condimentadas como las espinacas. Los griegos, según un clásico, se las comían a menudo.

En Francia se sirven los aldeanos de la raíz de ortiga para teñir de amarillo los huevos de Pascua, añadiendo un poco de lumbre y sal corriente.

De su solidez dicen bien algunas momias descubiertas de egipcios, que están fajadas con telas hechas del hilo de esta planta.

Los holandeses han sido los primeros que han sabido utilizar las cualidades textiles de este vegetal.

Hoy en día los habitantes de la Siberia hacen cuerdas y redes con esta hilaza.

En medicina se ha aplicado la ortiga para producir con sus picaduras irritaciones sobre ciertas partes del cuerpo sujetas a reumatismos crónicos o parálisis, y también en la repercusión de enfermedades cutáneas.

Esta operación, que se hace flagelando con ortigas frescas y que los galenos llaman *urtigación*, puede reemplazar a los vejigatorios, sinapismos y linimentos, de cantáridas y amoníales.



Hace poco tiempo se paseaba por Nueva York un individuo a quien llamaban "Jaime Diamante", que llevaba encima más joyas que cualquier bajá de la India.

Acudía a todos los estrenos de los teatros y se sentaba en la primera fila de butacas luciendo uno de sus 44 juegos de joyas.

Cuando asistía a las reuniones de consejeros (era uno de ellos), de las Compañías de Ferrocarriles, el rico y excéntrico hombre de negocios llevaba el juego que él llamaba de "transportes".

Todas las joyas eran de diamantes y platino, y cada una de ellas tenía relación con los diferentes modos de transporte conocidos: trenes, tranvías, vagones, ruedas, tanques, carretones, caballos, camellos, etc. En la botonadura de su camisa figuraban dos bicicletas, un automóvil, un aeroplano y un búfalo.

La cadena de su reloj era una serie de ruedad de ferrocarril, y así todas las joyas que llevaba. La sortija era una rueda de más de cuatro centímetros de diámetro, con un enorme diamante azul en el centro, uno de los más grandes que se conocen. El juego completo pesaba cinco libras.

Entre hombres, este alarde de joyas es rarísimo hasta en los Estados Unidos. De los cuatrocientos cincuenta millones que se gastan anualmente en joyas en Yankinlandia, el 95 por 100 es en alhajas femeninas.

La expedición enviada a Mesopotamia por el Museo de la Universidad de Oxford encontró en Kish, ciudad que floreció tres mil años antes de Cristo, las ruinas de un hermoso palacio, y en los tocadores y departamentos de las damas, joyas y ornamentos con las mismas piedras preciosas que hoy se usan.

El dinero cambia constantemente de valor, pero el de las gemas es casi siempre el mismo o fluctúa muy poco. En los tiempos de grandes revoluciones, las joyas han salvado el porvenir de muchas familias.

Un lapidario ruso que preveía la revolución compró gran cantidad de esmeraldas a bajo precio. Se procuró un gran carretón para viajar con su familia y arregló su interior con todo el confort posible.

Al estallar la revolución se dirigió con su familia hacia la Siberia en aquel carro de feriantes.

Al pie de la estufa llevaba varios leños para alimentarla, y en uno de ellos había abierto un hueco donde guardó sus esmeraldas.

Como en Rusia se le conocía por hombre rico, los bolcheviques registraron el carro muchas veces, pero no encontraron las gemas, pues no se les podía ocurrir que en un leño chamuscado se encerrasen tan preciadas y preciosas joyas.

Al cabo de año y medio la familia llegó a China, y de allí el lapidario pasó a los Estados Unidos,

Anécdota sobre piedras preciosas

Lo que nos dice un experto en gemas

donde las vendió a buen precio, y aunque perdió todas sus propiedades, aseguró el porvenir de su familia con los doscientos cincuenta mil pesos, producto de sus esmeraldas.

Casi todo el mundo cree que el diamante es la piedra preciosa de más valor; pero quilate por quilate valen más el rubí, la esmeral-

trado en el Africa austral en 1905. Parecía un pedazo de hielo y pesaba libra y media.

Fué dividido en nueve pedazos, de los cuales los dos mayores pesaban 516,5 quilates, y 309 3/16 quilates, respectivamente.

Todos ellos figuran hoy entre las joyas de la corona de Inglaterra, en la Torre de Londres.

¿Qué sabe usted de esto?

¿SABE USTED que la gelatina substituye a otros alimentos, ayuda a su digestión y aumenta su valor alimenticio?

Por este motivo, además de hacer agradable el alimento, hay otras razones para emplear la gelatina.

¿SABE USTED que la leche es uno de los alimentos que pueden ser substituidos con gelatina?

Por este motivo, se recomienda agregar gelatina a la leche de vaca para los niños de pecho.

¿SABE USTED que un poco de gelatina en el helado evitará que se haga basto y granular, y se podrá conservar algún tiempo?

Por este motivo, la gelatina agregada al helado, antes de congelarse, además de aumentar su valor alimenticio, mejora su calidad.

¿SABE USTED que es la gelatina de la carne y de los huesos lo que da a la sopa la mayoría de su valor alimenticio?

Por este motivo, la sopa del cocido necesita hervir lentamente para sacar de la carne toda la gelatina.

¿SABE USTED que se encuentra mucha más materia para hacer gelatina en los huesos y tejidos de los animales jóvenes que en los que son ya maduros?

Por este motivo, se adquieren frecuentemente los huesos de ternera para agregar a la sopa.

¿SABE USTED que la piña en bruto contiene un fermento que derrite la gelatina?

Por este motivo, debe calentarse piña fresca antes de agregar la mezcla de gelatina.

da y la perla. En el valor acusa, pues, el diamante, el cuarto lugar.

Las mejores perlas son las del Golfo Pérsico. Las hay negras, amarillas, asalmonadas, rosa, rojas, verdes, púrpuras y de otros varios matices. Las de color rosa son las más apreciadas entre las 100 diferentes clases que se conocen.

El diamante más grande conocido es el llamado Cullúcan, encon-

La moda es un gran factor en el precio y talla de las piedras preciosas. Hoy exige la talla esmeralda en todas las gemas. Hace veinticinco años las curvas eran lo elegante porque las mujeres presentaban más curvas; hoy domina la forma oblonga, porquela forma del cuerpo y del vestido de la mujer así lo exige.

Hasta hace quince años la talla

de piedras preciosas era un arte que sólo dependía de la maestría del artífice. Hoy se tallan con micrómetros con asombrosa exactitud.

Unas dos terceras partes del tamaño del diamante en bruto se pierden en la talla a causa de los pelos o jardines, es decir, defectos que se encuentran en las piedras en bruto. Es difícilísimo dar con záfiro o esmeralda completamente limpio.

Las perlas, como producto animal que son, requieren más cuidados para conservarlas que las otras gemas.

Las perlas pueden cambiar de forma; cuando el propietario duerme con un collar de ellas suelen perder la forma redonda y volverse ovaladas por el continuo roce de unas con otras, y por la mayor cantidad de ácidos que exhala el cuerpo humano. El remedio que hay que hacer es pelarlas para darles de nuevo la forma redondeada.

Es un proceso delicado que sólo se puede hacer con las uñas y con una navajita muy afilada.

Cuando se guarden las perlas hay que limpiarlas con un trapito suave para quitarles el polvo y el ácido que las corroe y desgasta.

Las piedras preciosas se imitan hoy día admirablemente.

Las perlas se conocen fácilmente si son buenas o falsas, para lo cual basta restregar la perla suavemente sobre los dientes de la mandíbula inferior. Si es falsa, su roce será suave y liso; las perlas verdaderas producen el efecto de raspar la dentadura.

Casados y divorciados en unas horas

Cerca de Odesa ha ocurrido un caso de rapidez para el matrimonio y el divorcio, que bate el "record" norteamericano.

Un funcionario soviético vió en el campo a una pastora y quedó prendado de sus hechizos. Ella correspondió al amor del burócrata, e inmediatamente se concertó el matrimonio y se llevó a la práctica, celebrándose la fiesta en casa de la novia.

Cuando durante la comida era mayor la alegría de los invitados, el nuevo matrimonio anunció que inmediatamente de acabar el condumio se divorciarían. Se tomó a broma el anuncio, pero era una realidad. Al fin de la comida los recién casados acudieron a las autoridades, plantearon el divorcio de común acuerdo, y su solicitud fué atendida en el acto, quedando libres ambos para contraer nuevas nupcias.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . \$ 2.50	Trimestre . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 3.00
Semestre . . " 5.00	Semestre . . " 6.00	Semestre . . " 4.00
Año " 9.00	Año " 11.00	Año " 8.00
N.º suelto . . 20 cts.	N.º suelto . . 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tome \$ 12.—	8.70
Tapas sueltas " " chico	" " " 8.—	3.—
" " " grande	" " " 9.—	2.—
" " " chico	" " " 9.—	1.50

PAPEL Y TINTA

«Desamparados», por Fermín Estrella Gutiérrez.

El autor de «El Cántaro de Plata» y de «Canciones de la tarde», Fermín Estrella Gutiérrez, que consiguió con ambas obras un puesto en el escenario de nuestros poetas consagrados, nos ofrece ahora un volumen de cuentos con el título de estas líneas.

Ya en oportunidad, en estas mismas columnas hicimos resaltar la emotividad de los poemas de Estrella Gutiérrez, y ahora nos resta decir ante su libro de cuentos que el escritor nos ofrece, que la misma observación y subjetividad que encierra en sus versos, pone de manifiesto en estos cuadros camperos, algunos, y otros de índole distinta.

Estrella Gutiérrez tiene una prosa sencilla y descriptiva. No abusa de palabras rebuscadas, de las que se valen ciertos escritores para rellenar pasajes o robustecer una oración. Sus cuadros nacen espontáneos, observados y llenos de una profunda emoción. El autor de «Desamparados» ha sentido sus cuentos, no hay en ellos una nota que caiga en la falsedad, en lo vulgar. Así como aquel inicial de la obra lleva una tristeza latente, tristeza que fluye de ese personaje de raro contorno que el autor denomina «El jorobado», hasta la última de las narraciones, se ve el trazo cercano al alma, el conocimiento del ambiente y la seguridad en la descripción.

Otra cosa digna de hacer resaltar en el autor, es la sobriedad en sus temas, cosa que les resulta difícil conseguir a los poetas, porque generalmente la fantasía los pierde. Pero el autor de este libro, que maneja también la prosa como el verso, ha cuidado esto en grado sumo, y aún en sus narraciones sobre la naturaleza, no se deja llevar por la imaginación, y nos pinta los atardeceres serranos, los cambiantes estados de esos parajes dignos de los pinceles de un artista, sin abusar en manifestaciones pantelistas.

Luego si nos ponemos a analizar sus cuentos «El viático», «El amor en Mar del Plata» y «Demasiado tarde», donde impera la nota sentimental y amorosa, vemos que el espíritu del escritor cambia de ruta, y tal vez protagonistas de esas escenas tan bien delineadas, con un sentimentalismo profundo, nos hace evocar pasajes de la vida, girones de amores nuestros.

También en los «Fragmentos del diario de Raymundo Borges», el autor deja ver su espíritu inquieto, embebido ante el encanto de unos ojos que lo despiertan para la plática.

«Desamparados», coloca al exquisito poeta a la altura de nuestros mejores prosistas. No sólo porque sus cuentos reúnen belleza, observación y color, sino porque el señor Estrella Gutiérrez no ha falseado sus temas, como la mayoría de los escritores, que reflejan motivos camperos sin conocer ese ambiente propicio para la observación.

El autor de este libro ha escudriñado el alma de sus protagonistas, como en aquel cuento «Bajo la lluvia». Quien recorra estos pasajes desarrollados en plena selva de Montiel, verá la simplicidad y nobleza del viejo Prudencio, espíritu fuerte y grande, que en contacto con la naturaleza, bajo la lluvia, unificaba su peculiar observación a la emoción despertada en el autor, ante la elocuencia de la selva armoniosa, que mucho puede decir al alma que ama e interpreta la belleza.

«Desamparados» es un libro bellísimo e instructivo, no sólo es capaz de conmover a los seres que sienten la idealidad, de los que saben expresarse, sino también para el que guste conocer algo de la vida serrana, tan distinta a la de las grandes ciudades.

F. B. V.

Se venden los clisés utilizados en esta Revista

Dirigirse a la Administración de
FRAY MOCHO

Bolívar, 879

Buenos Aires

«Psicología de Rosas», [por José de España.

El editor don Manuel Gleizer, que lleva publicados para bien de nuestra literatura un gran número de obras nacionales, ha lanzado últimamente a la publicidad un libro sobre Rosas, debido a José de España, y el cual, como todos los que se ocupan de este personaje, ha de llamar poderosamente la atención.

Se trata de una obra de méritos grandes — aun cuando disintamos en buena parte con su doctrina, — para tratar la vida, con su debido detenimiento, nos veríamos precisados a ocuparnos de cada uno de sus capítulos, pues todos ellos sacuden por igual las fibras de la curiosidad y provocan el comentario, ya sea para rebatir o aprobar sus diversos razonamientos.

Es ésta, una producción compleja y bastante completa, que denota afanes favorables al restaurador, lo cual toma de sorpresa al lector desprevenido, que más bien pensó hallar la faz psicológica de Rosas, con el pro y el contra de su carácter, de su actuación y de su gobierno.

Sin embargo, la posible reivindicación del dictador, que podría desprenderse de su texto, no se produce, si se tiene en cuenta que el autor se propone demostrar que la actuación de Rosas no fué fruto de su locura o de sus anormalidades psicológicas, puesto que según el señor de España, no fué ni un loco, ni un anormal, con lo cual, como muy bien lo expresa al final, la responsabilidad del dictador crece desmesuradamente al no poseer los atenuantes o eximentes de orden neuropatológico, que un estudio médico-legal podría arrojar.

Las calidades del contenido de este libro son bien definidas y saltan a la vista desde la lectura de las primeras páginas, que denotan un espíritu avezado a estas lides y dotado de una vasta cultura.

En los últimos años, acaso como contrapeso a la gran cantidad de obras casi contemporáneas a la dictadura que arrojan sombras enormes sobre ese sangriento período de nuestra historia, han aparecido producciones en las cuales los tintes sombríos se amortiguan, casi hasta desaparecer, cuando no, en otras, surge hasta la apología de los fines de la tiranía y de lo que ella representa frente a la anarquía.

Advertimos en esas obras, evidente afán de trocar el anatema por la loa, pues si bien estamos persuadidos que sobre la figura de Rosas se han propalado numerosas especies que no son exactas, también estamos convencidos que la enorme cantidad de víctimas que a su sombra se segaron implacablemente, serían la acusación más terrible cuando en pos de «snobismos» o de olvidos censurables, pretendiéramos hacer oídos a justifi-

una característica de la época...», etc. Este argumento no nos llega a convencer. En un medio igual, — salvo detalles — se educaron muchos próceres de nuestra independencia, militares y civiles, y su modo de ser no manifestó la crueldad de Rosas. Mientras Rosas y la mayor parte de los caudillos, tenían casi como norma la ejecución capital, Lavalle, Paz y otros distinguidos militares, sólo por excepción y con ánimo de hacer justicia la permitieron.

Para cerrar nuestras consideraciones sobre el fondo de esta obra, con el cual, como ya lo hemos dicho, no estamos de acuerdo, transcribiremos unas líneas del famoso discurso que pronunciara don José Manuel Estrada, rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, con motivo de la muerte de Rosas, en 1877.

En uno de sus párrafos decía: «Desgraciados los pueblos que olvidan!, aquellos de cuyo corazón desaparece la memoria de sus bienhechores, como inscripciones sepulcrales que borran los vivos al pasar: aquellos de cuya conciencia desaparece el odio hacia los grandes malvados... Demos gracias al cielo porque sabemos glorificar a San Martín; démosle gracias porque sabemos execrar a Rosas, y levantemos al pie del altar la plegaria cristiana por todos los que resistieron a la corrupción y cayeron bajo el puñal».

«...la conciencia cívica no perdona a los tiranos, ni la muerte les substrahe del anatema transmitido de una edad en otra edad. Rosas, que perseguía el cadáver de Lavalle para deleitarse como un chacal sobre sus carnes descompuestas; Rosas, que daba a la muerte el feto palpitante en las entrañas de una mujer... no, no será perdonado»...

Para terminar, diremos que «Psicología de Rosas» es una obra escrita correctamente, en un estilo claro, elegante y lleno de mesura, que contribuye a hacer más interesante su lectura.

R. DE CASTRO ESTEVES.

«Petalos», por Rogelio A. Duro. Editorial Tor. - Buenos Aires.

Rogelio A. Duro, con este su volumen de sonetos conquista un envidiable título: el de poeta de las mujeres. Artista delicado, sabe hacer vibrar las cuerdas de su lira y cantar cosas tiernas y bellamente dichas en loor de las mujeres que, por nacionalidades, cada cual con su temperamento, van desfilando en sus bien concluidos sonetos.

Críticos de la catadura de Roberto Giusti, al que no se puede tachar de benevolente, han hecho apreciaciones favorables a este joven poeta; publicaciones serias y prestigiosas han consagrado en sus páginas al autor de «Sonetos», libro de verdadero mérito artístico y que ha de llamar la atención tanto por su factura como por el tema que lo ha inspirado.

Noticias literarias

Carmen Luna.—

De nuevo en la brecha, habiendo terminado su labor educativa, ha entregado a la Editorial Tor los originales de su novela «Los últimos Avila», noticia que ha de satisfacer a sus numerosos admiradores.

EL CIRCUITO HARTLEY DE RECEPCION

Hemos ya visto en números anteriores, el circuito de recepción llamado Perry O. Briggs; veamos ahora, el circuito denominado Hartley, que no es más que una aplicación a la recepción, del circuito del mismo nombre que se emplea para la transmisión y que con distintas modificaciones se conoce con los nombres de Reynartz, Weagant, etc.

Este circuito, si se extrema la medida, es fácil notar, que es una modificación muy ingeniosa del circuito regenerativo común, del cual deriva en primer término y cuya explicación omitimos aquí por no corresponder a la índole del artículo.

El diagrama correspondiente al circuito citado es el que puede verse en la figura, el cual tiene los detalles necesarios para poder construirlo sin ninguna dificultad, como veremos luego.

El circuito de antena es sintonizado, es decir que este circuito se debe ajustar a la onda que desee recibirse, pero hay que tener en cuenta que no es nada crítico, por lo tanto no molestará mayormente la adopción de un tercer control. La bobina L1 tiene 20 vueltas, bobinadas en un tubo de 7 cms. o en forma de canasto; el alambre será de 0.5 mm. doble capa de algodón. El condensador variable, puede ser uno de 23 chapas o cualquier otro que se tenga a mano, pues como hemos dicho, la sintonía de este circuito no es sino aproximada.

Respecto a la bobina L2, es la llamada de sintonización y puede hacerse de varias formas que la inventiva del constructor del aparato desee, pero lo mejor es hacerla de la forma que se indica a continuación: Se toma un tubo de 7,5 cm. de diámetro y 10 cm. de largo y luego con alambre de 0,5 mm. doble capa de algodón, se bobinas 71 vueltas, sacándose una derivación en la espira 57, a contar desde el lado de la conexión de grilla, debe tenerse presente de no colocar goma laca ni barniz de ninguna clase, sino se desean introducir pérdidas de alguna clase.

El condensador C3 es el llamado de sintonización y en la adquisición del mismo es de mala política hacer economías de ninguna clase, pues de él depende el resultado de las audiciones, debiéndose adquirir al efecto uno de los llamados de pocas pérdidas y de buena marca. Este condensador va colocado shuntando las 57 espiras que se dejaron entre la conexión de grilla y la de filamento. El número de placas no es extremadamente importante, pudiéndose comprar uno de 23 chapas.

La reacción de esta clase de receptores no se obtiene variando el acoplamiento de la bobina de reacción sobre la de sintonía, como sucede en el Perry O. Briggs, sino que se efectúa variando la capacidad del condensador C2, que está en serie con la conexión de la placa; en esta forma, la reacción se hace en una forma más suave que con la forma anterior, aparte de tener la gran ventaja de no hacer variar la sintonía de la estación, para modificar la reacción; ésta es una condición muy importante

RADIOTELEFONIA



Es fácil, cómodo y agradable gozarse de la radio con un RECEPTOR MENTRUYT A CUADRO

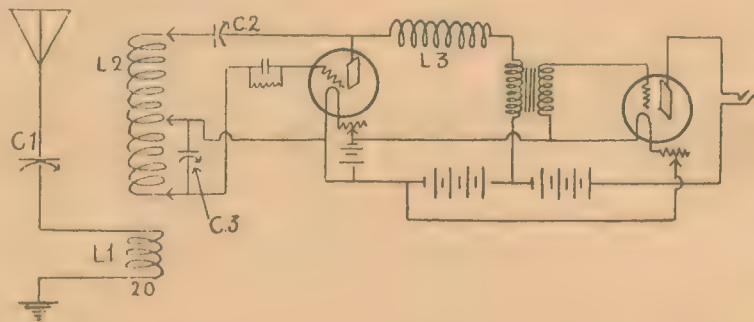
Para oír con alto-parlante hasta 50 kms. de Bs. Aires. - No necesita ninguna instalación de antena ni tierra. - No necesita acumulador.
Precio del Receptor Mentruyt a cuadro, completo, funcionando, es decir, con lámparas de consumo mínimo, pilas secas y alto-parlante. . . \$ 220.-

Pida detalles o una demostración sin compromiso a
MENTRUYT & CIA. - Calle Bolívar 181. - Buenos Aires
La casa de los aparatos y accesorios de radio de calidad

cuando se trata de estaciones lejanas en las cuales la sintonía es ya muy difícil de por sí, para complicarla con el manipuleo de la reacción. El condensador que debe emplearse para el caso es uno de iguales características del C3, es decir de buena marca y de 23 chapas, pudiéndose notar que aquí no es indispensable ni necesario que

nes que se dieran en oportunidad, es decir, que debe adquirirse uno de buena marca, si no se quiere que la audición resulte luego perjudicada. La adopción de una buena resistencia de grilla variable, es de gran conveniencia para graduar exactamente el punto de máxima sensibilidad del receptor.

Muchos son los tipos de lámpara



sea de los llamados de línea recta, pues no habiendo sintonización, no tiene importancia el grado de dial que corresponda a la mejor reacción, la cual por otra parte, varía según sea la estación y las condiciones de instalación, etc.

La resistencia de grilla y el condensador de grilla, no tiene mayor diferencia que los utilizados en cualquier otro receptor, pudiéndose aplicar aquí las mismas indicacio-

que pueden emplearse en este receptor, pero hay que atenerse siempre a las condiciones que éste deberá ser colocado el mismo, para poder aconsejar la lámpara indicada, pues el receptor si debe ser colocada en la campaña, donde el empleo de los acumuladores está prohibido por la dificultad para cargarlos, es fácil suponer que no podrá colocarse una lámpara detectora UX 200, que consume más

de medio ampere, teniéndose que usar entonces una de las lámparas de poco consumo.

Iguals consideraciones deberán hacerse con respecto a la lámpara amplificadora; sin embargo daremos aquí los dos tipos de lámparas, que dan más volumen y sonoridad, pero independientes del gasto de corriente de filamento que ellas producen. Cuando se trata de recepciones a larga distancia y el consumo de filamento, es una cosa que no preocupa al propietario, se deberá recurrir a la lámpara UX 200 o simplemente a la UX 201-A, o cualquiera de los tipos de Philips Telefunken, etc., de consumo medio. En cuanto a la lámpara adecuada para la amplificación, la de mejor rendimiento es la UX-112, pero su precio de costo y su consumo de filamento (0,5 amp.) la hacen muchas veces inadaptables a la mayoría de los receptores, pudiéndose en este caso sustituirla, por cualquier tipo de Philips, Metal UX-201-A, etc.

La bobina L3, es de las llamadas de Choke, es decir que su utilización es para evitar el pasaje o de Choke (en inglés); esta bobina se puede hacer también de varias formas, ya sea bobinando en un tubo de 10 cms. de diámetro, 200 vueltas de alambre de 0,2 mm., o bien colocando en su lugar una bobina Honey como de 400 vueltas, las cuales es fácil adquirirlas actualmente a precios económicos, debido a que esas bobinas ya no se utilizan en la forma que se hacía anteriormente. La colocación de la misma es de gran importancia para que produzca sus efectos, pues debe tenerse presente de que puede ser que directamente la misma cumpla su cometido, pero que por inducción pueda no producir sus efectos, por ello al colocarla se tendrá cuidado de no colocarla paralelamente a la bobina L2 y lo más alejados de ella que sea posible para evitar los efectos antedichos.

El transformador de baja frecuencia que figura en el diagrama debe ser de los comunes para el caso, recomendándose como siempre, que gran parte de la pureza e intensidad de los sonidos depende de la calidad de este elemento; hemos ya indicado en otra oportunidad los requisitos que debe cumplir un transformador de esta clase para dar buenos resultados; la relación mejor de transformación para este caso, es de 6 a 1.

Los demás elementos de este circuito no difieren mayormente de los demás utilizados en su similares, tales como las baterías, pilas, altoparlante, etc., debiendo las baterías y pilas tener los valores correspondientes a las distintas clases de lámparas que se utilicen.

Este circuito ha dado muy buenos resultados y en onda corta es universalmente utilizado por los aficionados de los distintos países, los cuales se comunican diariamente a grandes distancias, con solo dos lámparas: una detectora y otra amplificadora. Una de las grandes ventajas de este circuito es la de su fácil sintonía y la fijeza de sus elementos, pues no habiendo bobinas móviles, es fácil comprender que todos sus elementos pueden colocarse de manera que estén en la forma más segura posible, lo cual redundará grandemente en beneficio de la sintonía.

LAS ONDAS DE LA T. S. H.

¿COMO VAN HASTA LOS ANTI- PODAS?

Cuando se descubrió la telefonía sin hilos, una cosa sorprendió a los espíritus curiosos, y era la propiedad que tenían las ondas eléctricas de saltar por los obstáculos, montes y colinas que encontraban a su paso.

Pero las maravillas tienen de particular que aquellos que se asombraron en un principio son los que antes se familiarizan con ellas. Así, pues, pronto pareció muy natural que las ondas llegasen a todos los extremos de la Tierra, después de haber salvado la inmensa "joroba" de trescientos kilómetros de altura que separan a Europa del Nuevo Mundo, y cuando nos dicen que las ondas eléctricas de aquí emitidas se reciben en nuestros antípodas, lo encontramos como la "cosa más natural".

¿Cómo las ondas pueden llegar hasta el último extremo del mundo? ¿A través del aire? ¿A través de las aguas del Océano?

Las ondas eléctricas, como las de la luz, deben propagarse en línea recta.

Pues bien, si desde la torre Eiffel, por ejemplo, trazamos una línea recta que toque en la superficie del agua del Océano esta línea pasará a muchos kilómetros por encima de América, y sin embargo las ondas llegan perfectamente al Nuevo Mundo. Por consiguiente, estas ondas siguen la esfericidad de la Tierra. ¿Y por qué es así?

La razón es que las ondas eléctricas obedecen a las leyes que presiden a los movimientos de todas las ondas, en particular a los de las ondas líquidas, que se propagan en la superficie del mar. Estas también deben propagarse en línea recta, pero con tal que no encuentren obstáculos en el camino.

El murallón de un dique las contiene y las hace retroceder; pero si el obstáculo es de pequeñas dimensiones, las ondas dan la vuelta, lo rodean y continúan su itinerario.

Hay que tener presente, pues, el tamaño del obstáculo, que es siempre relativo.

Si se trata de ondas de luz tan cortas, un grano de arena, el hilo de una tela de araña serán un enorme obstáculo, pero no invencible. Al través de una fina red de líneas paralelas se ve, si se mira una luz alejada, una imagen coloreada de tintes irisados como los del espectro, porque cada uno de los colores cuyo conjunto forma la luz blanca se ha desviado diferentemente por obstáculos formados por las diversas líneas alrededor de las cuales ha tenido que pasar.

Este fenómeno, hoy perfectamente estudiado, se llama "difracción" y se produce con todas las ondas: líquidas, sonoras, luminosas o eléctricas, y se acentúa tanto más cuanto más largas son las ondas.

Podemos oír la voz de una persona que habla en la habitación contigua y, sin embargo, no la vemos; es que las ondas sonoras dan la vuelta a la pared y pasan por la puerta después de haber descrito un ángulo. Pues bien; las ondas eléctricas, esas olas de éter cuya longitud es de muchos kilómetros, pueden con mayor razón dar la vuelta alrededor de obstáculos como edificios, colinas y montañas, y no nos debe sorprender verlas franquear la curvatura de la Tie-

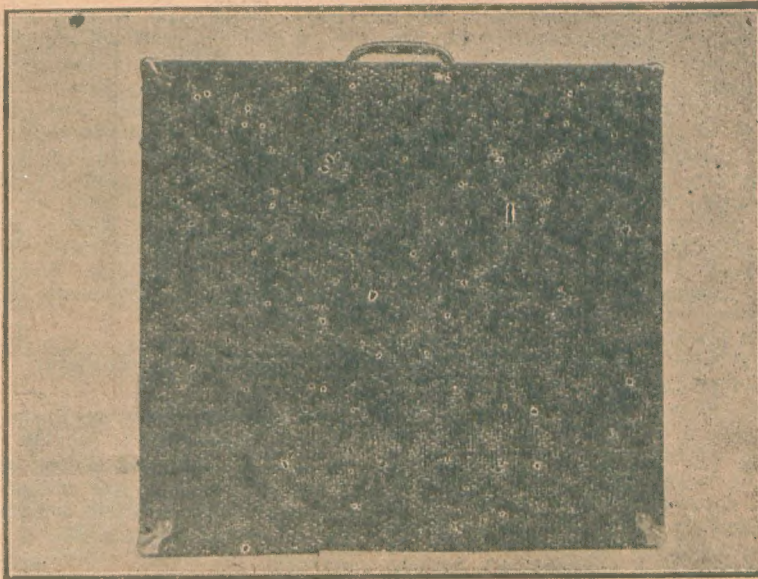
JAIME YANKELEWICH

ENTRE RIOS 940

U. T. Buen Orden 4645

No más antena...

Radio portátil "CONTINENTAL"



La radio - portátil cerrada.

Con este nombre se ha bautizado la valija portátil "Continental", que acaba de construir totalmente en sus talleres, la acreditada casa Yankelevich, y que se vende completa, es decir: con sus correspondientes válvulas, baterías, pilas y altoparlante, al irrisorio precio de

\$ 130.-

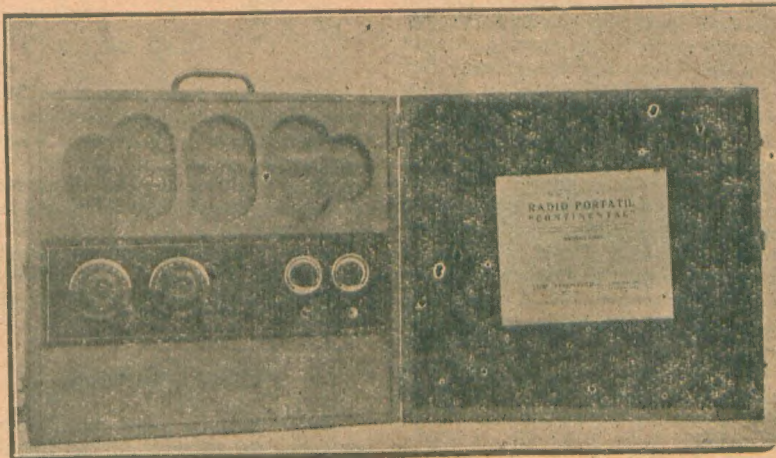
En cualquier punto en que se halle podrá usted escuchar las diversas transmisiones de las diferentes broadcastings de la capital, pues es un receptor construido de exprofeso para largas distancias y de una selectividad única.

Su tamaño es sumamente cómodo, pues mide 42 cms. de largo por 45 cms. de altura y 23 cms. de fondo, lo que da una idea acabada de este aparato.

Al construirlo se ha tenido sumo cuidado en la elección de los diferentes materiales que lo componen, siendo todos de la más alta calidad.

A los lectores de la capital que deseen una demostración de este receptor, pueden solicitarlo, ya sea por carta o telefónicamente al 4645 Buen Orden, que inmediatamente le enviaré un técnico para efectuar una demostración de esta maravilla, que ha venido a revolucionar la radio en lo tocante a recepciones.

Al interior se remite contra giro bancario o postal, o contra reembolso. Todos los pedidos sin excepción son despachados en el día.



La radio - portátil funcionando.

Si usted desea algún otro dato sobre este aparato, solicítelo hoy mismo, que gustoso le contestaré en el día.

Así mismo podrá usted encontrar en mi casa cualquier clase de receptor o material de radio, desde el más insignificante artículo hasta el de más óptima calidad.

JAIME YANKELEWICH

Unico distribuidor para la América del Sud, de los afamados transformadores: "CONTINENTAL MODELO 712".

Entre Ríos 940 BUENOS AIRES U. T. Buen Orden 4645

Solicite una lista de precios.

rra, salvando la distancia enorme de un hemisferio a otro. Sin embargo, esa facultad de salvar obstáculos no explica completamente la propagación lejana de las ondas eléctricas. Una vez dada la vuelta al obstáculo, sólo una parte de su energía continúa propagándose en línea recta y un nuevo obstáculo absorbería más energía, acabando por reducirla así a cero. La adfreción sólo no basta para explicar esta desviación, tanto más cuanto que estas ondas maravillosas no sólo llegan a América por encima de una curvatura de 300 kilómetros sino que llegan a los antípodas, salvando una giba de 6.360 kilómetros de altura. Para explicarnos esto necesitamos algo más, y este "algo más" es la reflexión de un espejo.

¿Qué es un espejo?

Es una superficie plana, cóncava, convexa o de cualquier forma que refleja la luz, pero cuyas rugosidades inevitables son minúsculas con relación a la longitud de las ondas que caen sobre él. Para reflejar las ondas luminosas, que son pequeñísimas, es necesario que las rugosidades de la superficie sean de una dimensión muy inferior a una milésima de milímetro; pero para las ondas eléctricas, que son millones de veces más largas que las luminosas, la rugosidad de la superficie reflejante puede ser mucho más fuerte, de tal forma que un enrejado de hilos metálicos puede constituir para ellas un espejo.

Las capas superiores de la atmósfera que rodea la Tierra desempeñan el papel de espejo reflector de las ondas eléctricas. Bajo la acción de los rayos ultravioleta, los gases de la alta atmósfera se "ionizan", es decir, que un gran número de las moléculas gaseosas que la componen se asocian a estos "átomos de electricidad" que se llaman electrones, y desde el momento que las moléculas se han asociado a los electrones, es decir, cuando se han electrizado, reflejan las ondas eléctricas como lo haría un espejo metálico absolutamente continuo.

La televisión a domicilio

ANTES DE UN AÑO
ESTARA RESUELTA

El inventor de la televisión, Mr. J. L. Baird, ha celebrado una entrevista con un redactor del "Daily Graphic", de Londres, en la cual le ha manifestado que hace veinte años fué el primero que se ocupó en descubrir los secretos de la visión a distancia; pero que hasta hace solamente cuatro años no se dedicó de lleno a tan importante asunto.

Hace poco realizó un ensayo en el Museo de Ciencias de Kensington, que dió sorprendentes resultados. Ahora manifiesta que antes de un año tiene la seguridad de que la televisión, del mismo modo que la comunicación inalámbrica, podrá instalarse en todas las casas particulares, como en la actualidad el teléfono.

"HA ENTRADO UNA MUJER", de ENRIQUE SUAREZ DEZA, EN EL AVENIDA.

La compañía Plana Díaz, cuya actuación en anteriores temporadas ha merecido siempre el favor del público, se presentó en el Avenida con un conjunto algo modificado, pero que conserva, aparte de la decisiva influencia que le imprimen las dos primeras figuras, algunos muy valiosos elementos, con los que podrá desarrollar una actuación que siga mereciendo elogios y aplausos.

Para eso será necesario una escrupulosa selección del repertorio, eliminando de su cartel las obras demasiado conocidas y no dando acceso al mismo a piezas no calificadas, ya que es peligroso realizar tentativas cuyo resultado desfavorable puede malograr los esfuerzos de los actores.

Algo así ha ocurrido con la pieza elegida para debut. "Ha entrado una mujer", según las referencias que se tienen, pertenece a un novel escritor argentino radicado en España. A pesar de su edad, que se asegura ser extremadamente juvenil, no demuestra este escritor en su obra, ni las inquietudes, ni las inseguridades, ni la generosa y valiente espiritualidad que han caracterizado siempre a los años floridos de la vida. La pieza es de fondo melodramático, carece de pasión humana, es arbitraria y por momentos absurda; está repleta de viejos recursos y de latiguillos hartos explotados y si en ella hay algo que merezca un elogio ser la corrección y aún en ciertos momentos la elegancia de la frase, si ésta no se encuentra al servicio de ideas flojas y prejuicios anticuados, que restan toda simpatía a una labor primogénita de un muchacho que se inicia con tanta precocidad.

Se hace acreedora la pieza a cierta severidad por el énfasis con que están encaradas ciertas situaciones y por el moho literario que trasciende de toda ella y que da la impresión de una minúscula primavera que explotara bruscamente en la celda de un trapense.

El público acogió con gran simpatía a los actores y ello puede beneficiar por reflejo a la obra, pero no faltará ocasión para comprobar el escaso valor literario de la misma cuando lleve varias representaciones.

El conjunto Plana Díaz actuó en forma que merece elogio, destacándose aparte de los dos primeros, el actor Pérez Avila.

"EL RIVAL DE VALENTINO", de ALEJANDRO E. BERRUTI, EN EL SMART.

Los afortunados hermanos Ratti no necesitan ciertamente circunstancias extraordinarias para que presencie sus representaciones una concurrencia numerosa. Pero si a esta situación de favor de que siempre goza, se une el anuncio de una función de beneficio, el estreno de una pieza de firma autorizada y esa pieza lleva de intento un título sugestivo, aunque no tenga absolutamente nada que ver con el asunto, se explica el total agotamiento de las localidades y el entusiasmo que reinaba en la sala. Este elenco ha conseguido en su actual temporada mantener animado el Smart, a pesar del escaso mérito de la mayor parte de las producciones que ha estrenado.

No puede incluirse "El rival de

TEATROS

Valentino" entre la mediocre balumba de obras que nos han obligado a conocer este año en ese teatro. Fuera de la evidente concesión al público femenino, que implica ese título de dudoso buen gusto, "El rival de Valentino" es una producción amable y simpática, bien escrita, espiritual en todo momento y jugada con soltura, dentro todo de una finalidad volandera y sencilla, como corresponde a la ocasión, a los actores y al público para los que estaba destinada.

El conflicto se reduce a las incidencias a que da lugar la tenoríesca afición de un médico que cuenta con una numerosa clientela femenina, a la que en vez de curar de hipotéticas dolencias les inculca el virus amoroso en largos besos cinematográficos de la escuela "valentiniana". La esposa ingenia una treta para impedir los avances de su marido y si bien logra dispersar la romería de enamoradas, es a costa de la pérdida total de la clientela del médico. Desaparecido el conflicto, los esposos vuelven a disfrutar tranquilamente de su sincero y noble cariño.

Pepe Ratti, que celebró con esta obra su función de honor y beneficio, estuvo muy eficaz y cosechó muchísimos aplausos y obsequios. El público le testimonió largamente la gran simpatía que siente por él. Su hermano César le secundó muy graciosamente en un papel cómico y Chela Cordero desempeñó el suyo con la habilidad y acierto característicos en esta distinguida actriz.

Los demás, bien.

POR EL ATENEO

La temporada de Camila Quiroga es siempre una de las que más interés despierta y desde luego, la que se encuentra en condiciones de dar una nota más alta en el noble género de la comedia. Otros elencos, ya sea porque se dedican preferentemente al género festivo, ya porque no cuentan con un conjunto bien dotado o porque cultivan el teatro por horas, no pueden realizar tentativas de importancia. Camila Quiroga, en cambio, cuenta con una compañía numerosa y disciplinada, con la adhesión de los autores que desean dar testimonio de una actividad superior a las exigencias de la boletería y por último, con la simpatía decidida del público, sobre todo, del público más capacitado para valorar una obra de arte. A pesar de todas estas circunstancias favorables, este año no ha respondido la temporada a lo que de ella cabía esperar. La razón de ello estriba en la falta de obras de éxito y no nos referimos al éxito bullanguero y fácil, sino al que proviene de valores positivos y reales.

"Noche del alma", de Vicente Martínez Cuitiño, y "La tierra en armas", de Juan Carlos Dávalos y Serrano, han sido las expresiones culminantes de la temporada, en lo que se refiere a la producción nacional. Ninguna de esas dos obras reunía méritos suficientes como para dominar el cartel durante mucho tiempo. Por eso hubo que echar mano al fácil recurso del teatro extranjero y de la reprise de obras del repertorio nacional. Con ellas ha podido mantenerse

animada la sala, pero dentro de un aspecto poco satisfactorio.

El 17 del actual dió sus últimas funciones la compañía en esa sala, abandonando después la capital en viaje a Chile, primera etapa de una larga jira que realizará por diversos países de América, para trasladarse después a España.

—El 19 debió presentarse en este teatro la compañía argentina de dramas que dirige el primer actor José Gómez, que se proponía continuar las representaciones del drama irreal de F. Defilippis Novoa, titulado "El alma del hombre honrado", obra que como se recordará fué estrenada con gran éxito en el Marconi.

TEATRO PICAresco

Se anunciaba para el sábado pasado el debut en el San Martín de una compañía de género picaresco, similar a las que actúan en algunos teatros de París, con obras de esa misma procedencia. Se ha formado un elenco especial para esa clase de representaciones, las que no son aptas para señoritas, según los avisos de la empresa. En esto de la aptitud de las señoritas para ciertos espectáculos, habría mucho que opinar, tanto desde el punto de vista de los espectáculos, como desde el de las señoritas. La novedad del anuncio es posible que despierte el interés del público masculino y de buena parte del femenino, de modo que si las obras responden realmente a una gracia picaresca, es posible que la temporada tenga éxito.

SAINETE LIRICO-CRIOLLO

La compañía que dirige Ivo Pelay en el Nuevo, está realizando su agosto en pleno octubre. El éxito de "Amalia", "Gorrión y Palito" y "Así terminó la fiesta", fué seguido por el de "El Fortín", de Vaccarezza y se anunciaba la reposición de la opereta de Pelay, Insausti y Payá, titulada "La mujer de nadie".

UN TEMPORAL BENIGNO

Santa Rosa tiene una fama bastante ingrata para los que gustan de los espectáculos al aire libre. Generalmente se anuncia con tormentas y lluvias, pero al presentarse bajo techado en el Nacional, "La fiesta de Santa Rosa" ha sido todo un acontecimiento de alegría para el público que festeja este sainete de Vaccarezza y lo aplaude sin reservas.

PARA COMENTAR

En el número próximo nos ocuparemos del estreno que ha debido tener lugar en el Apolo. Nos referimos a la novela escénica de Pablo Suero, titulada "La vida comienza mañana".

UNA NUEVA REVISTA

La empresa del Maipo tiene en preparación una nueva revista que se dará a conocer en breve. Nada se sabe de ella a no ser la fe que inspira a los de la casa.

Con esta nueva obra se incorpo-

rá a este elenco el actor Casarabilla, que hasta hace poco actuaba en la compañía De Bassi.

REVISTAS EN EL SARMIENTO

Terminada la temporada de comedias en este teatro, ha sido ocupado por un conjunto nacional de revistas que se encontraba actuando en el Pueyrredón de Flores. La presentación tuvo lugar con las piezas "A las nueve en el Sarmiento" y "Nos tiramos un lance". Ninguna de ellas aporta nada nuevo al género, pero están discretamente presentadas, figuran en el conjunto algunos buenos elementos y no escasean las caras bonitas y las líneas más o menos escultóricas. Con todo ello puede hacerse una temporada primaveral fructífera.

LIRICA POPULAR

La compañía de ópera del Marconi está realizando una temporada brillante. Es verdad que el cartel se renueva continuamente y que las huestes que actúan bajo la tutela del maestro De Angelis despliegan una actividad inusitada y dan pruebas de mucha resistencia vocal y muscular. Lo más florido del "bell canto" está pasando por la escena del Marconi. Plácemes a Miguelito.

UN ESTRENO

El viernes pasado debió estrenarse en el Buenos Aires una pieza en un acto, dividido en un prólogo y cuatro cuadros, que firman M. Romero y M. Benard, con el título de "Los muchachos de antes no usaban gomina". Se tienen referencias de que la pieza está bien hecha y que gustará. Allá veremos aunque no nos parece, por de pronto, que el título sea un acierto.

EL CONJUNTO DE PALMADA

Fué reprisado en el Mayo con mucho éxito por la compañía de José Palmada, el sainete lírico de Arniches, Estremera y maestro Guerrero, "Don Quintín el amargao", que ya habíamos visto representar por la compañía de Losada en la Comedia, alcanzando mucho éxito. Como primera novedad se anuncia el estreno de una pieza de los hermanos Quintero, con música del maestro Font, titulada "La muerte de Lepolillo".

GRAN SPLENDID

Al interés que despiertan siempre los programas de esta sala, se une el entusiasmo que ha despertado el concurso de tangos organizado por la casa Glücksmann. Por eso es que no decae la afluencia de público selecto a este cine privilegiado.

CAPITOL

Las más acreditadas marcas y las últimas novedades de films, cuya exclusividad tiene esta sala, atraen a ella gran cantidad de público que a más de gustar un buen espectáculo, se deleita con la buena orquesta numerosa y competente de que dispone.

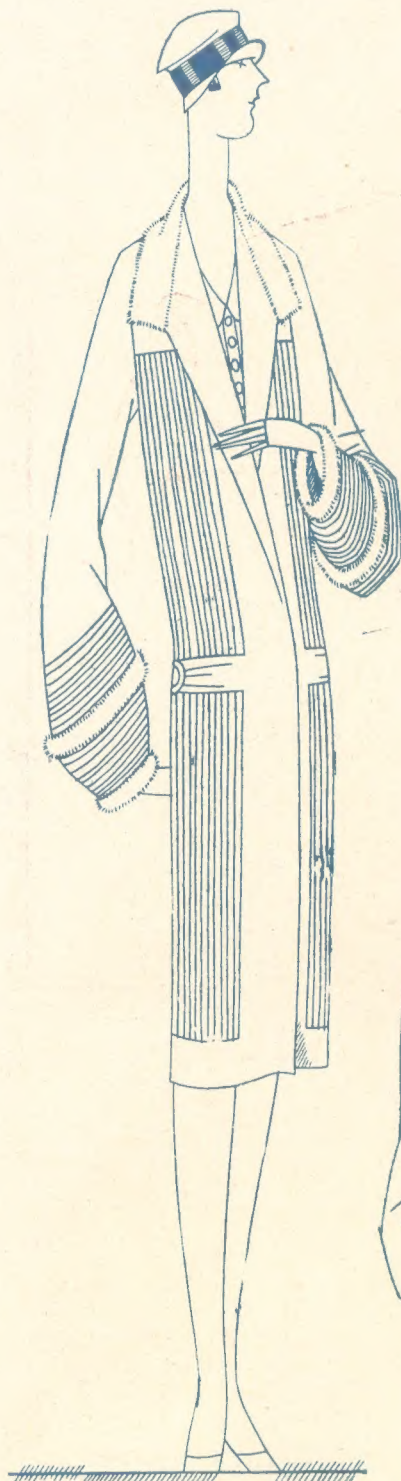
CINE PARC

Como siempre, las más distinguidas familias del barrio de Palermo se dan cita en este cine para pasar una velada agradable y entretenida.

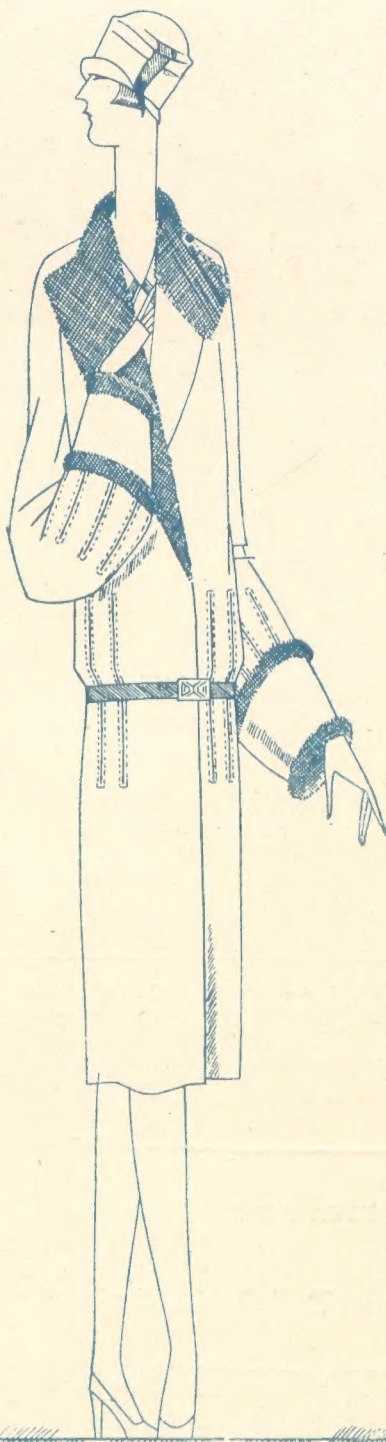


Ultimas creaciones de la moda femenina

Estos modelos, que han sido especialmente ejecutados para FRAY MOCHO por la afamada casa **Philippe & Gastón**, 120, Av. des Champs Elysées, París, son los que, en los momentos actuales, imperan en la capital de Francia



MODELO "POUCH". — Abrigo de lana, color verde, adornado con piel de topo de igual tono.



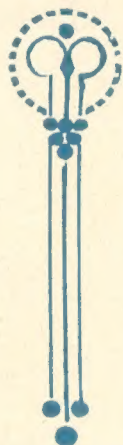
MODELO "SABLAISE". — Abrigo confeccionado en kasha color beige, adornado con pespuntos y castor.

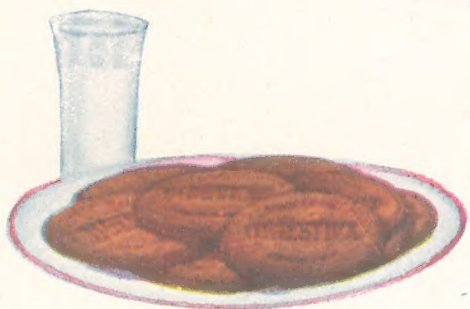


MODELO "SEMIRAMIS". — Abrigo confeccionado en kasha color rosa, adornado con piel de liebre y pespuntos.



MODELO "TU LA VOIS". — Vestido de tarde confeccionado en terciopelo color azul marino, adornado con encaje blanco.





Galletitas
Digestiva
Bágley

Exquisitas galletitas elaboradas con trigo entero, poco endulzadas, sumamente nutritivas por la cantidad de vitaminas que contienen.



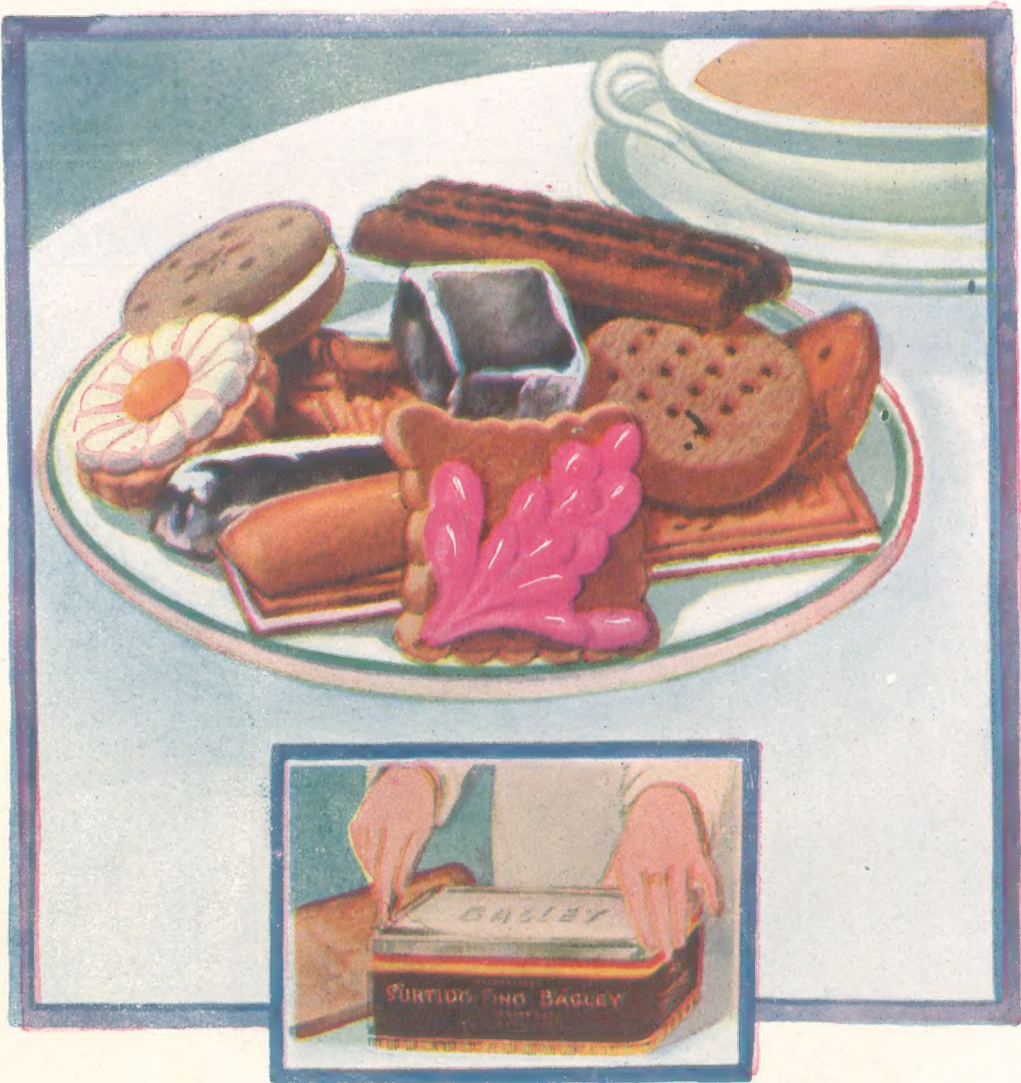
GALLETITAS
CON CREMA
"AMOR"
BAGLEY

Deliciosos bocados rellenos con crema, de exquisito y variado gusto. Especiales para postre y para el té con leche. Satisfacen gratamente el gusto más delicado.



Bizcuelos
BÁGLEY

El riquísimo bizcochuelo que contiene mayor porcentaje de huevo. Sanos, nutritivos y livianos; son deliciosos tomados con leche.



Una deliciosa selección de exquisitos bocados

Las visitas expresan invariablemente su satisfacción cuando la dueña de casa les sirve con el té, el chocolate, el café o la copita de licor, los apetitosos bocados que constituyen el Surtido Fino Bágley.

Es una selección riquísima y delicada de 21 de las clases de Galletitas Bágley de más esmerada elaboración e incomparable finura.

IMPORTANTE. — Desde hace tiempo, la casa Bágley presenta sus galletitas en envases herméticamente cerrados con doble tapa, la primera de ellas bien remachada. Este cierre es el mejor que se conoce para conservar las galletitas en perfecto estado en climas como el de la Argentina. Prefiera galletitas Bágley a las que se venden sueltas, expuestas al manoseo y a la humedad del clima. Además de obtener un producto fresco y delicioso, adquirirá usted galletitas tan excelentes como las importadas.

EN VENTA EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

GALLETITAS **SURTIDO FINO** BÁGLEY

TAIL. GRAE A. GARCIA & Co. - PATAGONES 2700
INDUSTRIA ARGENTINA